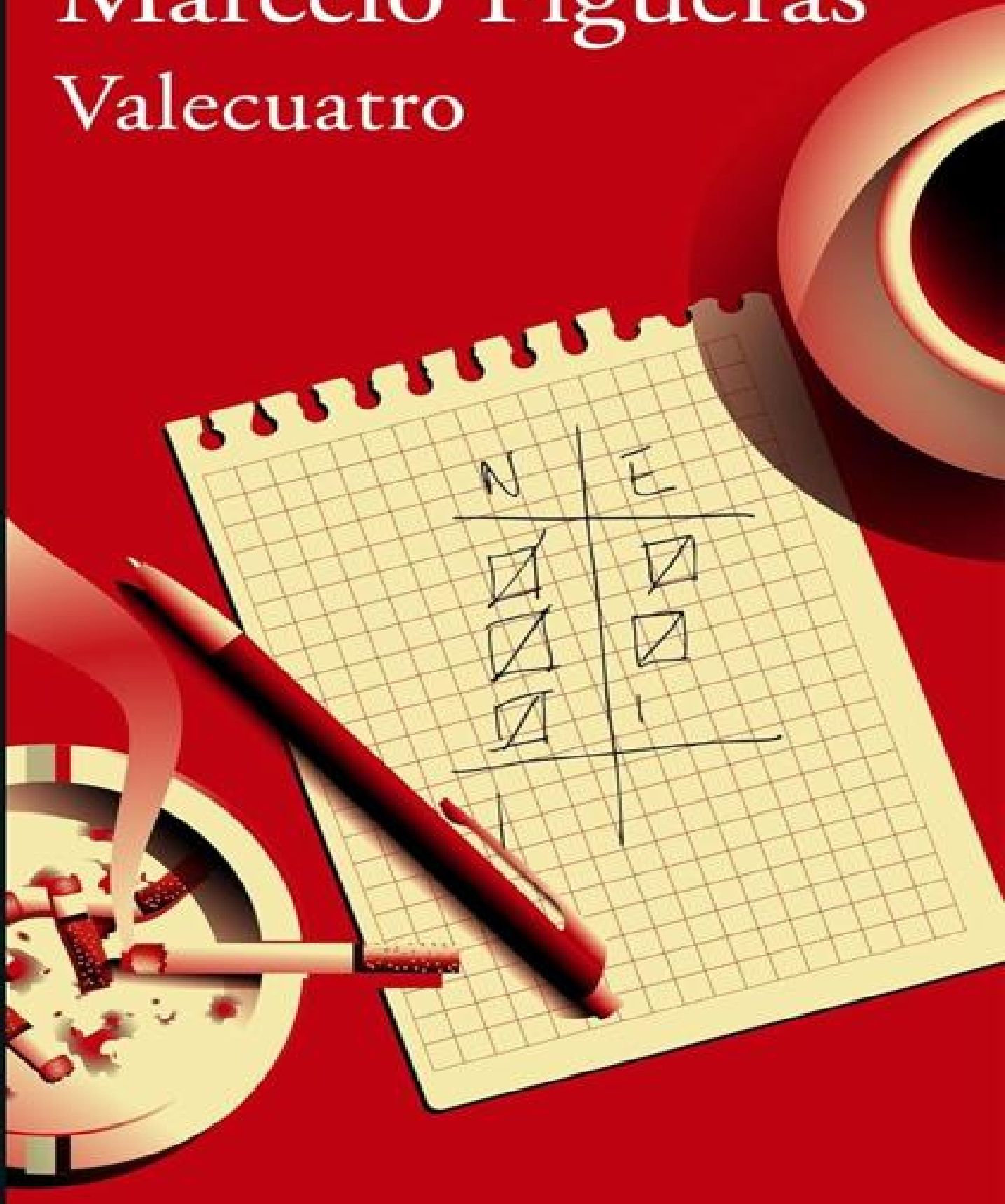
ALFAGUARA

Marcelo Figueras

Valecuatro



Narrativa Hispánica

Marcelo Figueras

Valecuatro

ALFAGUARA

Cuarenta naipes han desplazado a la vida.

JORGE LUIS BORGES, "EL TRUCO"

En mi juventud yo acostumbraba
a complacer, cada vez que podía.
Y a cambiar, con cada uno que pasaba,
para acomodarme a sus teorías.

Pero ahora sé las cosas que sé
y hago cosas que definen quien soy.
Y si no te gusta esto que aquí ves
pues al demonio, mi amor, con vos.

DOROTHY PARKER

Se tarda mucho en llegar a ser joven.

PABLO PICASSO

La primera

Era una noche maravillosa, como solo puede serlo cuando somos jóvenes, querido lector.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI, *Noches blancas*

1. El reo se enfrenta a su sentencia

—¿Estás listo? —preguntó mi madre. Me obligaba a caminar por la plancha o tablón, como si ella fuese pirata y yo un condenado.

Allá abajo, la superficie del agua era una tela negra con pespuntes de espuma. ¿Cómo saber qué profundidades escondía? ¿Qué clase de criaturas esperaban en su seno, entre indiferentes y ávidas?

Por favor, no tome lo que digo al pie de la letra. (A usted le hablo, lectora o lector.) Ni mi madre era discípula de Barbanegra ni el tablón existía en el mundo material. No estábamos en el Caribe del siglo XVII, sino en la Argentina de los 70. Pero mi posición era precaria, eso es verdad. Y yo la vivía como una historia de Stevenson y Salgari, a quienes —expertos en tibias y calaveras— debía parte de mi educación.

—Te queda bien el blazer —agregó mi madre. En sus labios bailaba un Jockey Club, marcaba el tempo de la sinfonía matinal.

La emoción que predominaba en mi alma era el miedo. Y a la vez deseaba saltar a la aventura, aunque suene contradictorio. Para la condición humana, todo límite es una tentación, la invitación a transgredir. Si yo le sugiriese, lectora, lector, que no cruce esta línea de puntos porque, de leer las palabras que siguen, ya no podrá escapar...

... Y sin embargo, sigue usted aquí. Algo de lo que dije resonó en su alma. ¡Esto lo demuestra!

Odio la corbata azul que aprieta mi cuello. El pantalón gris pica un montón, me crispa los nervios.

Desde la calle llega un sonido de bronces. La bocina del Dodge Coronado. Mi padre está impaciente.

Si asomó usted a este texto, lectora, lector, es porque —presumo— considera la posibilidad de jugar conmigo. De ser así, las reglas deberían quedar claras desde el principio. En este juego —*truco, quiero retruco, ¡quiero vale cuatro!*—, la sinceridad no es un valor. Al contrario, gana quien finge como un campeón, aquel que miente mejor. Pero, por tratarse de la primera mano, correré el riesgo de ser candoroso.

Yo no estaba listo. Para nada. ¿Lo está usted? Nunca estamos listos para ciertos trances: el primer contacto sexual, la muerte.

Y comenzar la secundaria en una escuela nueva, a los doce años, era dramático. No me diga que no.

Frente al peligro, la vida corriente pierde entidad, se desintegra; y el abismo de lo desconocido llama de forma irresistible, como las sirenas de las leyendas. Lo que existe a nuestras espaldas se convierte en pasado, pretérito perfecto simple (¿acerté esta vez, profesor Farré?): *fue*. Mientras que el vacío que se abre a nuestros pies convoca con el poder del indicativo futuro, de lo que no tolera negativas, de lo que sí o sí *será*.

¿Querrá usted jugar conmigo? Todo juego de azar apela a la simbología de la vida y la muerte. Y este texto supone un lance de

vida o muerte por partida doble.

Por un lado está la partida que ahora se inicia: el pacto invisible que ofrece cada libro, entre autor o autora y lector o lectora, según el cual me comprometo a entretenerlo, ¡como mínimo!, y usted a dedicarme tiempo. Por eso he repartido ya —soy pie— y usted recogió sus cartas, que espía en este instante, tal como husmea estas primeras páginas. Baraja española: espadas, bastos, oros, copas. Naipes creados por colonos que pasaban meses en el mar, a la espera de llegar a América. Reflejan lo que ocupaba sus mentes: tajos, garrotes, codicia, embriaguez.

Por el otro lado existe la partida que esta historia cuenta. Un juego que empezó en marzo del 74, al filo de un otoño que devino invierno sin orillas. Hubo de todo entonces, ya lo verá: esqueletos, inundaciones, litros de Nesquik, vino berreta, indios huarpes, chancros sifilíticos, fusilamientos, hechiceras, explosiones de semen, combinados Winco, copas del mundo y más. (¡Hasta un cameo de la familia Von Trapp!)

Hablo de una partida cuyo resultado conozco, porque estuve entre quienes la jugaron. No revelaré el final pero diré, sí, que no involucra tan solo muertes simbólicas.

Juego fuerte porque —dicen los que saben— la primera vale oro.

2. La buena nueva del clérigo virtual

Yo no era un adolescente formal, siquiera, cuando empecé la secundaria en marzo del 74. Tenía doce años flamantes, cumplo a fines de enero.

Dicen que amaba los libros y que pedí que me enseñasen a leer tan pronto aprendí a expresarme. En virtud de esa precocidad, me mandaron al jardín de infantes a los cuatro y a los cinco estaba en primer grado.

Imagino que a mi madre le convino, también —de paso, cañazo—, porque ansiaba recuperar su independencia en casa. Cantar a los gritos encima de los discos, leer y hacer crucigramas sin estar pendiente de nadie o que se le demandase nada. Lo pagó caro, porque quedó embarazada otra vez cuando yo me despedía del jardín y, en materia de delantales, estaba a punto de cambiar cuadrillé por blanco. La llegada de mi hermana postergó la reconquista de su libertad, que estuvo al alcance de los dedos... para evaporarse otra vez, como un espejismo.

Lo concreto es que la criatura que entró al Colegio de la Buena Nueva, como arrojada a las arenas del Coliseo —*ave Cesar, morituri te salutant!*—, era un niño, todavía. Petiso, morochón, de una timidez que hoy sería sospechada de autista. (La misma modestia,

lectora, lector, que medio siglo después me compele a tratarlo de *usted*.)

Comparado con la pública donde cursé primaria, la Buena Nueva era monumental. En escala futbolística, mi primera escuela fue como la cancha de Ferro —a cuya colonia mi madre me enviaba el verano entero, para no alterar su promedio en materia de verticales y horizontales— y el Colegio era River Plate: un anfiteatro de dimensiones olímpicas, como el Flavio de Roma, donde osos y leones merendaban cristianos. Ocupaba casi una cuadra sobre Rivadavia, a la altura de Caballito. Una mole azul y gris, como los uniformes que nos forzaba a vestir.

Entrabas por un pasillo con algo de tracto uterino y desembocabas en el patio descubierto donde, llegada la hora, se te invitaba a formar y cantar el himno de la casa.

Esa mañana me perdí entre el gentío. Seiscientos jovencitos —*Korynetes caeruleus*, escarabajos azules de patas grises—, a razón de tres divisiones de cuarenta por cada año. Y yo no conocía a uno solo.

Gravité hacia el sector donde se apiñaban los más bajitos. Pronto identifiqué dos rostros, los recordaba del día del examen de ingreso. Un rato más tarde, ya en el aula, aprendería sus nombres. El esmirriado con cara de Felipe de *Mafalda* —angulosa, una constelación de pecas— se llamaba Alarcón. El rubión, petiso y compacto era Diodati. Cruzamos miradas donde leí reconocimiento.

Los profesores empezaron a arrearnos, ordenándonos por divisiones. Casi todos los docentes eran varones, y muchos de nacionalidad española, como se percibía a simple oída: religiosos y curas de la orden de la Buena Nueva —*bonanovistas*.

Paré la oreja hasta que un profesor convocó a Primer Año B. Era un argentino joven, esmirriado, de saco cruzado que le quedaba grande y bigote que impostaba autoridad. Sería nuestro tutor durante ese ciclo inicial, además de profesor de Biología y ERSA (Estudio de la Realidad Social Argentina, materia que reemplazaba a Moral y Civismo). Pronto supimos que su apellido era Giliberto y que le decían Palito —era una mantis con mostacho.

Palito nos conminó a formar. El acto de inicio del ciclo lectivo arrancó con la canción patria y, a continuación, el himno de la escuela, que desnudó una primera división social. Los alumnos de Primero, como Alarcón, Diodati y yo, desconocíamos ese himno. Pero los compañeros que habían cursado la primaria en el Colegio y seguían allí —la mitad del curso, escarabajo más o menos— se lo sabían de memoria. ¿Cuántas otras cosas sabrían que los novatos ignorábamos a nuestro riesgo?

Tardé pocos días en aprender el himno. Estaba dedicado a Jean-Loup de l'Esplanade, clérigo francés que fundó la orden de la Buena Nueva a comienzos del siglo XIX. Desterrado de su patria por los jacobinos, llevó la franquicia espiritual a España. Según la versión que nos adoctrinaba, a su paso por Zaragoza había sido asaltado por una visión: la de una edición de los Evangelios, que le salió al paso en un camino oscuro y flotaba en al aire.

Para poner a prueba el espejismo, De l'Esplanade eligió en su mente un pasaje evangélico. Romanos 10, versículo 15, que dice: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!" Acto seguido, la visión hizo correr las páginas como si dispusiese de un dedo invisible, y se detuvo en la que reproducía el pasaje invocado. Eso explicaba la obsesión de la

orden por las Buenas Nuevas. Pero también cabía pensar que el objetivo de la visión había sido otro.

—Para mí que se equivocó, el Yanlú —me dijo una vez Pafundi, a quien llamábamos Lito. Ese día estaba en la fila, a mis espaldas, pero todavía faltaban un par de años para que nos ligásemos como amigos. El Lito era de analizar cada cosa a partir de su potencial, o no, para sacar provecho económico—. Tendría que haber abierto una cadena de negocios de podología, como los de Dr. Scholl's. Sería un buen *slogan*, ese: *¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz!*

La cita era esotérica. ¿Cuál era la importancia de que los que anunciaban la Buena Nueva tuviesen bellos pies? El himno del Colegio brindaba una pista de lo que, tiempo más tarde, coagularía como certeza: somos gente rara, los católicos. Nos colgamos del cuello un cadalso, actuamos como caníbales al devorar el cuerpo y la sangre del Salvador y, aunque prohibimos que las mujeres jueguen en primera, veneramos a un tipo de Roma que viste polleras.

Años más tarde me reí a lo pavo, cuando entendí que Pafundi, el Lito, le había errado por poco. Si su intuición hubiese sido más precisa, se habría convertido en un megamillonario a lo Bill Gates.

Jean-Loup de l'Esplanade dijo que la visión le había inspirado la creación de la orden. Pafundi pensaba que la cadena a lo Dr. Scholl's hubiese sido mejor negocio, pero erró el vizcachazo. La visión insinuaba un negocio más grande.

El libro que se abría solo en la página que elegías no era un anuncio religioso. Era una visión profética de lo que hoy conocemos como Internet.

3. El pasado, Perón y una pija

En 1974 no había Internet, claro. El mundo era distinto.

Los teléfonos estaban atados a las paredes. Los ligaba un cordón umbilical, casi siempre ensortijado.

La televisión era en blanco y negro y solía depender de una antena, que si tenías suerte instalabas en la terraza y, si no, encima del aparato. (Si habrá pasado horas arriba, mi padre, mientras desde el patio gritábamos: "Ahí se ve mal. Ahí un poco mejor. ¡... Ahí empeoró, volvé, volvé!") Reproducía apenas cuatro canales y un quinto a gatas —el 2 de La Plata, cuando la antena estaba inspirada —, y solía tener problemas horizontales o verticales, la variante televisiva de un episodio psicótico.

No existía nada parecido a un control remoto. Para cambiar de canal, había que levantarse y girar una perilla. Eso explicaba la tendencia a que las familias optasen por una emisora, como se elige un equipo de fútbol, y dejasen el dial clavado allí. Mi abuela paterna, por ejemplo, se había afiliado al Canal 9, en cuyo elenco había un cómico que se hacía llamar Calígula pero que para ella fue siempre Clavícula.

Los diarios también eran en blanco y negro, y solo existían en formato papel. A casa llegaba la edición vespertina de *La Razón*,

mediante *delivery* del kiosquero Fernández, que deslizaba debajo de la puerta revistas como *Gente*, *Anteojito* y todo lo que existiera en materia de crucigramas y juegos de ingenio. (Mi madre era fan de una que se llamaba *Joker*.) Lo único que me interesaba de los diarios era la página de historietas y la sección Espectáculos. El resto de la realidad me tenía sin cuidado, a no ser que irrumpiese en mi mundo privado. Todavía recuerdo la tarde de 1980 que pasé ante el combinado Ken Brown, vencido como sauce sobre el cauce de papel que anunciaba el asesinato de Lennon.

Los colectivos se pagaban en metálico, a cambio de lo cual el conductor cortaba y entregaba un boleto identificado con un número que, si había suerte, era capicúa —se leía de idéntica forma de atrás para adelante, ejemplo: 803308. (Si vivió ese tiempo, lectora, lector, estoy seguro de que conservó uno de esos durante años... si es que todavía no atesora uno.) Por la esquina de casa pasaban el 92 y el 113, pero para llegar al Colegio debía caminar hasta Rivadavia y elegir entre el 1, el 2, el 86, el 132...

En términos físicos, mi mundo era diminuto. Cabía dentro de una bola de cristal de esas que se agitan para que simule nevar. Había transcurrido entre puntos neurálgicos del barrio de Flores: mi casa en Boyacá y Avellaneda, la de los abuelos maternos en Fray Cayetano al 800, la de mi abuela paterna en Ensenada 96 y mi escuela primaria, la Leandro N. Alem, que era pública y quedaba enfrente de la plaza. Ahora se extendía a Caballito, que formalmente era otro barrio pero que estaba tan cerca como antes lo había estado la plaza Flores. La diferencia era de orientación. Antes salía de casa por Boyacá y, al llegar a Rivadavia, debía doblar a la

derecha, en la esquina de la confitería Londres. A partir del ingreso a la secundaria, mi zona de interés giró hacia la izquierda.

Durante el 73 hice un esfuerzo que pudo alterar mi destino. Se me había metido en la cabeza ir al Liceo Naval, a cuenta de razones que tenían el espesor de mis once años: porque quería acompañar a mi primo postizo, Ramirito; porque me atraía la idea del contacto con el mar y porque en el Liceo enseñaban esgrima. (Más culpas que endilgar a Salgari y a Stevenson.) Mis viejos aceptaron a regañadientes, porque el tema entrañaba un gasto que no estaban felices de solventar. Y como había que dar un examen de ingreso con fama de estricto, me enviaron a una academia que preparaba para el test. Quedaba lejos de casa: sobre la avenida Callao, antes de llegar a Corrientes. O sea que, durante algunos meses, después de la escuela merendaba en casa, subía al 172 y combinaba con el subte hasta Congreso —toda una aventura.

Una de esas tardes, camino a la academia, choqué contra un gentío que se apiñaba en la puerta del Hotel Savoy. Con la curiosidad propia de mis años, me mandé a preguntar a qué se debía.

—¡Es Perón! ¡Se hospeda acá, está adentro! —me dijo un viejo, o lo que yo consideraba un viejo por entonces. (Capaz que tenía cuarenta años.)

Yo no sabía mucho sobre Perón, y en consecuencia no podía emocionarme. En la escuela, la historia argentina nunca había avanzado más allá de Roca. Me constaba que el tipo había sido presidente y que vivía en España desde hacía mucho, pero nada más. Mi familia había sido gorila —antiperonista— siempre, aunque en grado leve, y por aquel tiempo atravesaba una fase revisionista.

Una tarde de ese mismo año, escuché a mi madre decir en lo de Ramirito: "Si el Viejo decide volver a esta altura de su vida, será porque quiere hacer las cosas bien". Esa fue la razón por la que me quedé a chusmear. Con un poco de suerte, al llegar a la casa podría decirle a mi madre: "¿A que no sabés a quién vi?", y arrancarle una sonrisa.

Esperé unos minutos —mi margen para llegar a la academia era escaso— sin ver nada alentador. Del otro lado de las puertas vidriadas no había nadie. El lobby estaba vacío, cosa que comprobaba a duras penas, cogoteando, porque todos eran más altos que yo. Decidí irme, pero el viejo me retuvo con una mano en el hombro.

—Quedate, que ya sale —dijo.

No tardé mucho en advertir la presión de algo sólido a la altura de mi culo. A pesar de lo primitivo de mis nociones sexuales, entendí que el viejo me apoyaba con su pija. Y forcejeé para irme, cosa que no pudo evitar: si yo empezaba a gritar, la multitud lo cagaría a piñas. Así que me escabullí y seguí camino, aunque el temor de haber quedado embarazado me duró semanas. (¿Ve que no exageraba, cuando dije que mis conocimientos en materia sexual eran precarios?)

Pero no era esto lo que quería contar. Lo que me disuadió de entrar en el Liceo fue otra cosa. Comprendí que lo más factible era que reprobase el examen, porque no encontraba la vuelta a lo que enseñaban en la academia. Mucha matemática, cosa que odiaba, pero además no daba pie con bola. Al alumno de diez le estaba yendo mal por primera vez en su vida. Eso me abochornaba.

La razón era orgánica. Cuando yo llegaba desde Flores, el aula estaba casi llena y no quedaba lugar más que en los bancos del fondo. Y desde ahí, yo no veía una mierda. Tenía una miopía acendrada pero no lo entendía, todavía estaba convencido de ser normal. Y en consecuencia copiaba mal cifras y signos y todos los resultados me daban chingados.

El cóctel de mis cortedades me sentó fatal. La timidez patológica me impidió explicarme ante el profesor y obtener un asiento cerca del pizarrón. Y el orgullo mal entendido hizo que disimulase mi desempeño, que oculté a mis padres. Preferí decir que lo había pensado mejor y asumido que el Liceo Naval no era para mí.

Tardé años en comprender que la miopía me había salvado de mucho más que el Liceo Naval.

Estábamos al filo de un tiempo durante el cual, para sobrevivir, convendría no ver mucho más allá de las propias narices.

4. Entra el elenco docente

Los primeros meses transcurrieron sin sobresaltos. No diría que fui feliz, ni siquiera relajé del todo. Pero la situación no resultó tan tremenda como había temido. Parte de mi energía se fue en adaptarme a la plétora de profesores, que contrastaba con el unicato de la escuela pública, donde una maestra, o a lo sumo dos, concentraban las materias importantes. Los profesores de la Buena Nueva no solo eran muchos: constituían un elenco diverso, con actores a cuál más exótico —un popurrí de pétalos académicos.

A cargo de Historia estaba Gioffré, que explicaba cada tema como quien cuenta una película. Tenía una sintaxis propia, que derivaba del cuantioso kilometraje —del hecho de haber contado las mismas películas tantas veces— y eliminaba todos los conectores innecesarios, la grasa del relato. En su voz de fumador consuetudinario —era un dandy, Gioffré—, la muerte de Julio César podía ser consignada de este modo:

—*Idus* de marzo... Foro romano... Llega don Julio... Los senadores le entregan una petición, que se pone a leer... Siente un tironeo... *Ista quidem vis est?* Asoma Casca, faca en mano, paf: cuchillada al cogote. Revuelo, gritos. *Adelphe, boethei!* Todos pelan sus dagas, se le van al humo. ¡Chaf, chaf, chaf, chaf! —decía, mientras producía el

acting de las puñaladas. Lo cerraba con un chiflido, un gesto lúgubre con ambas manos cubriendo al caído y la expresión final—: ¡... Fiambre!

El profesor Zelasqui sobrellevaba la tarea de impartir Actividades Prácticas y Caligrafía. Era un hombre elegante, que hablaba con acento provinciano que nunca asocié a provincia definida alguna. Cuando nos guiaba en el discutible arte de dibujar lo que llamaba "letra inglesa", se cuidaba de distinguir los trazos que "suben para *ayiba*" de los que "bajan para abajo". Lo respetábamos a pesar del absurdo de las tareas que encomendaba. No hay otra forma de explicar por qué cuarenta monos de escrotos peludos tolerábamos tallar jabón y tejer con aguja veloz.

El Muerto Mónaco enseñaba Geografía. Era un tipo agradable, de pelo engominado, que se ganó el apodo porque faltaba cada dos por tres a causa —según el rector, al menos— de la muerte de un pariente. Al principio nos acongojamos, porque Mónaco parecía tener la familia más numerosa y también la más desventurada del mundo. Pero pronto empezamos a sospechar de sus excusas.

Un día, con esa insensibilidad propia de la adolescencia, alguien prendió unas velas en clase y propuso que, cuando el Muerto llegase, actuásemos como en un velorio. Y así fue. Mónaco abrió la puerta para encontrarnos a todos llorando alrededor de los pupitres adornados por velas. Pero conservó la dignidad y, sin hacerse cargo de la afrenta, produjo un silencio durante el cual nos fue calando una helada vergüenza. Con el tiempo entendí que el Muerto estaba al tanto de su fama y que disfrutaba de ella con un humor tan truculento como el nuestro.

Cierto mediodía frenó su Citroën mafaldesco sobre Rivadavia, donde Pafundi y yo esperábamos el colectivo, y se ofreció a llevarnos. Yo subí atrás y el Lito se sentó a su lado. Apenas arrancó le dijo a mi compañero, con esa gravedad de siempre, casi uruguaya:

—En ese mismo asiento viajaba mi hermano cuando murió.

Lito tragó saliva. El resto del viaje transcurrió en silencio, mientras el Muerto —estoy seguro— se descostillaba por dentro.

5. Fusilado por los tiempos verbales

De la rama española del gremio, quien me impresionó fue el profesor Farré, titular de Lengua. Bonanovista culto y simpático, desarrollaba la tarea más funesta con una sonrisa. Se proponía convertirnos en expertos en tiempos verbales, y para ello nos ponía a prueba a diario. Obligaba a que nos parásemos, espaldas contra la pared, rodeando el perímetro del aula. Entonces tiraba un verbo y comenzaba una ronda de preguntas relámpago.

—¿Pretérito pluscuamperfecto del indicativo? ¿Futuro compuesto del subjuntivo? ¿Imperativo?

A la más mínima vacilación, al primer *eeeeh*, te eliminaba gritando:

—¡Siguiente!

Era un fusilamiento simbólico.

Yo mismo, que me consideraba entre los más leídos, fui ametrallado por Farré en múltiples ocasiones. Es que no lograba convencerme de la utilidad del ejercicio. Lo fundamental es conjugar bien los verbos aunque se te escape el nombre propio de cada tiempo, ¿o no? (Todavía hoy, lectora, lector, soy perfectamente incapaz de identificar una conjugación por su apelativo.) Pero, donde manda capitán...

A consecuencia de mis fracasos, las calificaciones bajaron hasta un nivel peligroso. Por eso me prendí de la oportunidad que Farré brindó a quienes necesitábamos levantar el promedio. Imaginando que de paso instaba a la lectura, el profesor invitaba a charlar sobre libros que tuviésemos frescos. Y yo decidí que podía hacer del placer una oportunidad, y pedí turno para comentar lo último que me había zampado.

Por aquel entonces había evolucionado de Salgari y Stevenson a las novelas de James Bond que heredé de mi abuelo. Farré toleró la presentación sobre 007 con sonrisa socarrona. Comprendió que podía analizar un texto y expresarme articuladamente. Por eso obsequió la nota que me sacó de la zona de riesgo, pero no se privó de recomendarme que leyese algo más elevado.

Et tu, Farré? ¿Qué existía más elevado que Bond, que lo tenía todo: espionaje, *dry martinis*, escenarios internacionales, villanos con tres tetillas y sombreros mortales, armas de oro, *geishas* —y por supuesto: sexo a carradas? ¿Qué podía ser más educativo que las novelas de Ian Fleming, que enseñaban cosas utilísimas —como que existía una técnica oriental para que los testículos subiesen del escroto a la ingle y así protegerte del dolor que estalla cuando te golpean las bolas?

Nada de eso dije entonces. La prioridad era elevar mi promedio.

Con el tiempo empecé a leer otras cosas. Primero *fantasy* y ciencia ficción, por influencia de mi amigo Froi, y más tarde Hesse, Cortázar, Genet, Camus, los autores del *boom* latinoamericano. En su biblioteca, mi madre conservó un libro de Haroldo Conti aun después de que lo secuestraron y desaparecieron.

No sé si Farré definiría esas lecturas como elevadas. Lo indiscutible es que, en la Argentina que estaba *ad portas*, terminaron por convertirse en algo más peligroso que las novelas de James Bond.

6. Agarro la pala

La convivencia entre veteranos y nuevos fluyó sin altercados. La alentaba Palito, que en su rol de tutor de Primero B aleccionaba con discursos cuya destilación era la muletilla *ustedes mismos*. De tanto insistir que lo esencial dependía de *ustedes mismos* —las notas, el orden en la clase, el buen humor general, el clima, el horóscopo, el futuro de la humanidad— logró inspirar un espíritu de cuerpo, aunque más no fuese por cansancio.

Una instancia transformadora fue el primer campamento. No fuimos lejos: a Florencio Varela, provincia de Buenos Aires, donde los bonanovistas regenteaban otro colegio. Entonces surgió una divisoria más, que difuminó la frontera que separaba a nuevos de veteranos. A la hora de armar las carpas, encender fogatas y cocinar, se tornó evidente la diferencia entre quienes teníamos experiencia y los que debutaban en la materia.

Yo me encontraba en el primer equipo gracias a mi madre, que durante los veranos me encadenaba a la colonia de Ferro. ¿Un pibe que esperó el año entero para despertarse tarde, leer a destajo, dibujar y ver la tele, despachado a correr y embarcarse en competencias deportivas? Esa había sido mi triste rutina de alumno primario entre enero y marzo. Pero —debo admitirlo— los

campamentos de la colonia tenían gracia, porque apelaban a mi sed de aventura. De esas excursiones salí curtido por un fuego al que me entregué a gusto. Caminé distancias inhumanas, escalé, me habitué a comer porquerías, a lavar ollas gigantescas y a batallar contra un ejército de abejas armado con mi bolsa de dormir. (En Tandil, un compañero saltó sobre una colmena que existía debajo de cortezas de árbol y desató una lluvia de aguijonazos.)

Ese rodaje me permitió identificar a los inexpertos, no bien llegamos a Varela. Eran aquellos que no sabían armar una carpa, que habían llevado pijama y hasta su almohada y que, a la hora de prender el fuego, apilaban cinco palos gruesos y les acercaban un fósforo.

Me tocó un grupo donde había tanto veteranos como nuevos que ignoraban cómo sobrevivir a la intemperie. Hice mi parte sin quejas, lo cual incluyó tensar la carpa y encender la fogata con la ayuda del colchón de hojas secas que había por doquier. Quiso la mala fortuna que en la madrugada lloviese copiosamente, y que las carpas que habían quedado mal armadas incorporasen una ducha en su interior. A consecuencia de lo cual Palito decidió arrearnos a la capilla que existía en el lugar.

Nunca antes había dormido dentro de una iglesia, más allá de las cabezadas que indujeron ciertas homilías. Como la tormenta interrumpió además el suministro eléctrico, no quedó otra que echar mano a las velas de las ofrendas. Lo cual redondeó la mística de la escena: tumbados sobre nuestras bolsas de dormir, nos custodiaban santos, vírgenes y sombras.

El infortunio de aquella noche no terminó ahí. Antes de que amaneciese, la digestión de muchos compañeros se declaró en

rebeldía y detonó una sucesión de vómitos en cadena. Tal vez sea esa la razón por la cual *El exorcista* —que se estrenó en el 73, pero yo vi después del campamento— me impresionó menos que a la media de mis coetáneos: yo ya había presenciado escenas similares, multiplicadas por treinta.

Era obvio que habíamos cenado algo en mal estado. Sin embargo, mis vísceras soportaron el chubasco, fogueadas en materia de comida de mierda por tanto campamento. Razón por la cual me puse a disposición del atribulado Palito, que no sabía cómo lidiar ni con los lamentos ni con los surtidores de vómito.

El piso de la capilla se convirtió en una sopa de Vitina digna del libro Guinness. Y para colmo no contábamos con elementos de limpieza, razón por la cual debimos arreglarnos con lo que había.

¿Hago mal, lectora, lector, en presumir que hasta hoy no conocía usted a nadie que hubiese levantado vómito con pala durante horas?

Me lo imaginaba.

7. El ser del umbral

Aquellas horas repugnantes tuvieron contraparte luminosa. A cuenta de la vulnerabilidad de tantos y de la solidaridad que practicó el resto, cundió la buena voluntad. Cuya autoría se arrogó Palito, no bien se sobrepuso al campamento que encarnó la pesadilla de todo profesor.

Pero yo me llevé a casa algo más que una anécdota asquerosa. La excursión me ayudó a reparar en un compañero al que, hasta entonces, no le había prestado atención. Y no a causa de mi distracción —durante esos meses fui un par de ojos vampíricos, que absorbían cada detalle de la nueva realidad— sino a consecuencia de una de las características de Froi (porque se llamaba Froilán, pero le decíamos Froi o Fro o Froid, jocosamente): su discreción —o, para ser más preciso, su afinidad con las sombras.

Esa noche asumí el primer turno de las guardias. Cualquier cosa era mejor que tolerar quejas por la dureza del suelo, los ronquidos y la toxicidad de los pedos dentro de la carpa. La perspectiva de quedarme solo frente al fuego se me antojó una bendición. El fuego fue la primera televisión que conoció la humanidad: corazón de cada casa, que bailaba para deleite de sus custodios; una pantalla ígnea sobre la que proyectar fantasías y temores.

Me quedé así un rato, oyendo el crepitar y metido en el trance de su danza, hasta que comprendí que no estaba solo. Froi se había detenido a cuatro metros de la hoguera, enmarcado por el bosque, con la capucha puesta y las manos hundidas en los bolsillos del buzo. Sus ojos azules brillaban en la penumbra con luz propia. Porque era una criatura rara, Froi: morocho como yo, y además de labios gruesos, pero con pupilas azules: los ojos de Paul Newman en la cara de Sal Mineo.

—¿Te molesto? —preguntó—. No puedo dormir.

Lo invité a acercarse.

Se sentó al otro lado del fuego, con las piernas cruzadas a lo Buda.

Restablecido el silencio, repasé lo poco que sabía respecto de Froi. Era nuevo como yo, pero no lo recordaba socializando. Se sentaba al fondo de la clase. Casi siempre lo veía en un rincón del patio durante los recreos, leyendo algún libro. Y cuando se cansaba de leer, metía las manos en los bolsillos del blazer y entrecerraba los ojos, como quien contempla la comedia humana a través del humo de un cigarro imaginario.

Las únicas ocasiones que lo empujaban a la sociedad tenían que ver con efusiones humorísticas. De tanto en tanto, a Froi le daba por algún exabrupto. Improvisaba una gracia siempre chancha, de temática sexual. A veces podía ser discreto, como la vez que se rellenó el calzoncillo con papel higiénico, insinuando que tenía una pija del tamaño de un chihuahua. Pero otras veces podía ser escandaloso. Cantaba a gritos versiones guarras de temas en inglés. (Recuerdo una versión de "Mandy" que en lugar de *how happy you made me* decía *the japi you gave me*, convirtiendo a la Mandy de

Barry Manilow en una travesti.) Froi jugaba con la zona gris que se creaba entre el inglés y lo que los profesores entendían, siempre podía alegar que lo habían malinterpretado; pero de cualquier modo, cuando le daba por ahí su proceder era temerario. Y nosotros nos cagábamos de risa, convencidos de que estaba loco, o por lo menos de que era inimputable.

Supuse que buscaba compañía y que no se animaba a romper el hielo, así que tomé la iniciativa.

—¿A qué escuela fuiste en la primaria?

Levantó la mirada, que había enfocado en el núcleo de la combustión, y me dijo, con la mueca de quien se aviene a contestar algo absurdo:

—Voy al Colegio desde primer grado.

Me desconcertó. Si Froi era un veterano de la Buena Nueva, ¿por qué andaba solo?

Todos los alumnos viejos se comportaban de forma similar. Estaban divididos en dos bandos, a quienes yo llamaba Los Callejeros y Los Señores, y cada comunidad tenía a su vez dos líderes.

Los Callejeros contaban con Klaus —Claudio, se llamaba, pero le decían Klaus—, un rubio morrudo, compacto y de mandíbula cuadrada que era el perfecto *poster boy* de la fuerza bruta, y con Ricky, que era un morocho pícaro e inteligente —nuestro Artful Dodger. Parecían carecer de casa propia, o por lo menos de interés por regresar a ella. Dos veces pasé por el barrio a media tarde, llevado por cometidos paraescolares (por ejemplo, a la óptica que produjo mi primer par de anteojos), y durante ambas los vi dando vueltas por Caballito. Todavía vestidos de uniforme, aunque más

descuajeringados que de costumbre, entraban o salían de la confitería El Greco, fumando como la Oruga de *Alicia*.

Los Señores estaban liderados por Katona. (A quien rebauticé Catón a pesar de su prosapia húngara, ya verá usted por qué.) Era un flaco alto de labios concupiscentes, que podía cambiar de corbata pero no se desprendía nunca del broche con que las adornaba, coronado por una perla. Catón se movía como si estuviese imbuido por la autoridad celestial, o lo estuviesen filmando constantemente para una superproducción de Hollywood. El otro líder era Font Leroy, a quien terminé apodando el Pequeño Lord, porque tenía modales exquisitos y su apellido remitía a una novela de Frances Hodgson Burnett editada en la colección Robin Hood. Este bando conservaba impecables sus uniformes e iba de casa al trabajo y del trabajo a casa, como recomendaba el General, con la salvedad de las actividades extracurriculares. (A Font Leroy, por ejemplo, me lo cruzaba en la academia donde estudiábamos inglés.)

Alrededor de los núcleos dobles de cada uno de estos átomos orbitaban los demás veteranos. En distintos grados de proximidad respecto de sus líderes, dos nebulosas de entre diez y doce alumnos cada una, que se desplazaban por los patios durante los recreos, sin tocarse, y solo en uno de los casos se disolvía a la salida.

Pero Froi no formaba parte de ninguno de esos clubes, o por lo menos yo no recordaba haberlo ligado a ellos. El único veterano a quien sabía excluido de ambos bandos era Zerpa, un electrón liberado que circulaba por todas partes, en busca de un nuevo campo de atracción. (Tardé un tiempo más, todavía, en entender a qué debía su ostracismo.) Froi, sin embargo, había actuado siempre

como alguien que no conocía a nadie... ni estaba interesado en conocerlo.

¿Lo habrían marginado a cuenta de su origen? Durante los primeros días, como un par de pibes lo llamó Froi, yo pensé que su apellido era Freud. Después me enteré de que su nombre completo era Froilán Aramayo Chalar. Yo no conocía a ningún otro Froilán de nuestra edad. Apenas había oído mencionar al piloto González, a quien nunca vi correr. Y sus apellidos sonaban a peruanos o bolivianos, aunque su acento era tan porteño como el mío. Me sonaba a personaje de esos libros de Arguedas o Scorza que mi madre amaba pero a mí me daban paja. Pero no me animé a preguntárselo. Lo último que quería era que se ofendiese, pensando que yo también lo discriminaba por latinoamericano.

Tal vez porque percibió mi desconcierto, preguntó a qué escuela había ido yo.

Soy, y he llegado a serlo aún más, un tipo parco, de esos que solo hablan cuando sienten que tienen algo valioso que decir. Pero en esa ocasión, los nervios me empujaron a soltar una parrafada sobre mi escuela de Flores y las maestras divinas que había tenido. Terminé yéndome por las ramas, hablando del libro sobre mitología griega que una de ellas me había regalado para mi comunión.

—En esas historias —dije, embalado por mis obsesiones literarias — está el germen de casi todo lo que la humanidad siguió contando de ahí en más, con mínimas variantes. Superman, por ejemplo, es una variante de Apolo.

—A mí también me gustan —dijo Froi, sorprendiéndome otra vez. En mi experiencia, uno no hacía amigos hablando de cosas como esas—. ¿Cuál es tu personaje favorito?

—Ulises —dije, sin dudar—. Odiseo, bah: Ulises es la versión romana del nombre.

Froi asintió, como quien certifica la propiedad de una elección. Ulises no era la respuesta más común a esa pregunta. Los muchachos tendían a inclinarse por Hércules (Heracles, bah), porque podía fajar a cualquiera: o por Perseo, que degolló a Gorgona y satisfacía las ansias de aquellos con proclividad al *gore*; o por Aquiles, que era invencible más allá de un molesto defecto de fábrica. Pero Froi entendía que Ulises era la elección adecuada para aquellos que valorábamos la inteligencia y la imaginación.

—¿Y el tuyo, cuál es? Tu personaje favorito —reciproqué.

Froi volvió la mirada al fuego y dijo:

—Hades.

No fue la réplica que yo esperaba. Existiendo tanto héroe disponible, ¿qué clase de persona se inclinaba por el patrón del infierno, por el rey de los muertos? Hoy no llamaría tanto la atención, lo tengo claro: en estos días los villanos son más populares que los justicieros. Con perspectiva histórica, tal vez podría pensar en Froi como un protoemo. Pero en el 74 no existía nada parecido.

—Ojo, que Hades no es un villano —dijo Froi, como si hubiese leído mi mente—. Es un dios, hermano de Zeus y de Poseidón. Y él no eligió el Inframundo. Terminó ahí porque jugó con sus hermanos para ver quién se quedaba con qué dominio: el cielo, los mares... Y eso es lo que le tocó.

—O sea que tuvo una suerte de mierda.

—No vayas a creer. Los otros dos, Poseidón y Zeus, tienen quilombos cada dos por tres. Pero Hades la pasa bomba. Y además ligó de los cíclopes el más piola de los accesorios: un casco de

invisibilidad. ¡Si no querés que nadie te hinche las pelotas, no existe nada mejor!

Me dejó mudo. No sabía qué me desquiciaba más: que a Froi no le perturbase la idea de vivir entre los muertos, o haber dado con el único pendejo que, además de Claudio María Domínguez —el pibito que ganó el concurso de *Odol pregunta*—, podía humillarme en materia de mitología griega.

La lluvia interrumpió mi ofuscación. Froi volvió a su carpa, sin darme tiempo a blanquear, siquiera, que nunca antes había sostenido una conversación así de rara en un escenario tan especial.

Volví a verlo fugazmente cuando ya nos habíamos refugiado en la capilla. Me encontraba abocado a palear flujos gastrointestinales. De repente alcé los ojos, y allí estaba. Amparado por las sombras —su sitio favorito—, todavía encapuchado y con las manos en los bolsillos. Me contemplaba fijamente. Sus labios exhibían una ligera torsión, que no llegaba a definirse como sonrisa.

¿Se estaba riendo de mí, de la indignidad de la tarea que había asumido? La idea me golpeó, llevaba un rato ilusionándome ante la posibilidad de que Froi se convirtiese en un amigo interesante. Abrí la boca para protestar, pero entonces sentí un goteo sobre una de las zapatillas y comprendí que la pala chorreaba vómito —ajeno, para colmo— encima de mi pie.

Cuando mis ojos volvieron a buscarlo, Froi ya no estaba ahí.

8. Las películas mienten siempre

Un día se murió Perón. ¿Debía importarme? En el 73 había ganado la presidencia por tercera vez, sí, pero estaba viejo. La gente vieja se muere siempre. Y si además se trata de viejos que, en vez de jubilarse, se consagran a sacarnos adelante —justo a nosotros, los argentinos, que somos más complicados que hacer gárgaras con talco—, es lógico que lo inevitable se precipite.

Según el diario y los noticieros, el viejo se había comprado todos los boletos. Su parte médico era un *Greatest Hits* de enfermedades, con abundancia de términos acentuados de manera grave y esdrújula. *Cardiopatía isquémica crónica. Insuficiencia cardíaca. Disritmia cardíaca. Insuficiencia renal crónica. Broncopatía infecciosa.*

No percibí conmoción dentro de la burbuja de mi cotidiano. Mis padres asimilaron la noticia como una más. Yo celebré el feriado sorpresivo, durmiendo hasta tarde. Aproveché para rescatar la novela que mi madre acababa de despachar: *Tiburón*, de Peter Benchley, en una de esas ediciones coquetas —tapa dura— del Círculo del Libro al que mi progenitora se había asociado. Retomé desde el punto en que el alcalde, para no espantar al turismo,

impide que el comisario Brody cierre las playas de Amity, y le metí duro hasta el final.

Otra cosa no se podía hacer. Las imágenes del velorio habían copado la televisión, dejándome sin *El santo*, sin *Meteoro*, sin *Misión imposible* y sin *El avispón verde*. Admito que el espectáculo que transmitían era digno de verse. Al viejo lo exhibían en un cajón abierto, flanqueado por granaderos. Había tanta gente en las calles, esperando ver el fiambre o el paso del cortejo —mucha gente humilde, mucho llanto—, que parecía que se había congregado el país entero.

En un momento salí a la vereda, por joder nomás. La ciudad estaba vacía. El kiosco de Fernández había cerrado, la Shell y la pinturería y la panadería de enfrente también. ¡Menos mal que el duelo nos agarró con la heladera llena! De no ser por el vehículo ocasional que pasaba por Avellaneda, era como si una invasión marciana hubiese desintegrado a la población.

Cuando regresé al colegio, fue como si no hubiese ocurrido nada. Rutina total. Como decíamos ayer...

Ahora nos gobernaba la Señora, técnicamente. Se llamaba María Estela pero le decían Isabelita, nunca entendí por qué. No parecía la lamparita con más watts pero correspondía que se hiciese cargo, para algo se la había elegido vicepresidenta. Además la asesoraba López Rega, al que le había dado por vestirse de milico o de comisario. Supongo que para subrayar que era más poderoso que un civil. El tipo me llamó la atención desde el principio, porque tenía los ojos del villano Ming de *Flash Gordon*. Era igualito al diseño de Alex Raymond, solo que afeitado al ras.

Y la vida siguió adelante, retomando su melodía hecha de fútbol, Mirtha Legrand, secuestros, *Porcelandia*, bombas, Juan y Juan, Carlitos Balá, ejecuciones en plena calle, la guitarra de Cacho Tirao, *Argentinísima,* Bárbara y Dick, el Lole Reutemann y enfrentamientos en los que perdían siempre los terroristas, como Dios manda.

La novela termina con el tiburón comiéndose a casi todos, incluyendo a mi personaje favorito, el ictiólogo Hooper. Tiempo después llegó la película, que no solo pasó por alto el hecho de que Hooper se trincaba a la mujer del jefe Brody, sino que además le salvó la vida. Durante un rato parece que el bicho se lo ha morfado con jaula y todo, como en el libro, pero al final reaparece intacto y se va nadando con Brody. *Casablanca* en el agua: el comienzo de una bella amistad.

Debería haberme ofendido, esa falta de apego al original. Pero a esa altura entendía, ya, que las películas no cuentan nunca la verdad.

9. Pato flambeado

Aprobé algunas materias por un pelito —entre ellas, la de Farré—, pero sobreviví a Primer Año. En la columna del haber sumé además a Diodati y Alarcón, a quienes ya reconocía como amigos. También había hecho migas con Font Leroy, que empezó a saludarme en la academia de inglés y vino a casa una vez a tomar Nesquik y ver *Scooby-Doo*. Para Font Leroy era una actividad irónica, una forma de tomar distancia de las pavadas que hacíamos cuando niños. Yo fingía la misma liviandad, pero en el fondo seguían gustándome tanto los dibujitos del perro tonto como el Nesquik con leche helada y grumos de chocolate.

Por entonces flotaba en el aire la posibilidad de un tercer grupo o nebulosa, donde algunos de los integrantes de Los Señores —porque Font Leroy tenía satélites, venía con yapa humana— se sumaban a representantes de los todavía nuevos. Pero en la columna del debe seguía listando a Froi, que después del campamento volvió a su postura reticente. Cuando en pleno recreo advertía que lo estaba mirando, saludaba con un gesto de su cabeza y volvía a concentrarse en su novela de ciencia ficción.

El que correspondió a Segundo —1975— fue un buen año. Hasta glorioso, diría. Nos tocó un aula en la planta baja, porque uno de

mis compañeros se quebró una pierna y las muletas le complicaban el uso de escaleras. Era un aula que por lo general quedaba vacía, donde se acopiaban sillas y mesitas descartadas de otros lados por estar cachuzas o faltas de tornillos. Circunstancia que, ni lerdos ni perezosos, utilizamos en nuestro provecho.

A medida que esos muebles se rompían del todo, reclamábamos reemplazo mientras apilábamos la chatarra en el fondo: mesita sobre mesita, silla sobre mesita... Con la colaboración de aquellos que ya aspiraban a ser ingenieros, armamos una pirámide de muebles rotos que dependía tan solo de un punto de apoyo, por lo general una mesa, a cuya pata atábamos un tramo largo de hilo sisal, convenientemente camuflado. Cuando la situación se ponía espesa para alguien —por ejemplo, si te convocaba un profesor para dar una lección que no habías estudiado—, quien fuera que estuviere a mano en el fondo tiraba del sisal. Entonces la pirámide se derrumbaba y todos nos levantábamos de un salto, diciendo qué barbaridad, mirá lo que pasó, y fingiendo colaborar con el armado de una nueva pirámide con sospechosa torpeza, de modo de perder tiempo hasta que sonara el timbre o alguien soplase la respuesta al interrogado que seguía al frente.

A esa altura me sentía como en casa, familiarizado con el personal. Durante Segundo conocí a la parte del elenco que recién entonces entró en escena, empezando por otros cuatro gallegos.

El profesor de Matemáticas se llamaba Eleuterio Cruz, y le decíamos Ele a secas. Era un tipo grandote, macizo y atolondrado, que además fungía como secretario del colegio. Un fenómeno climatológico a escala personal: así como el personaje Pig Pen de la historieta *Peanuts* vive rodeado por una nube de tierra y mugre, Ele

llevaba encima una nube de polvo de tiza. Había respirado micropartículas durante tanto tiempo, que terminó por generar su propia atmósfera. Exhalaba tiza, transpiraba tiza. Aún cuando no lo habías visto tomar una para escribir, si tocaba tu brazo para indicarte algo dejaba sobre la manga una mancha blanca.

Fue durante Segundo que el colegio compró un grabador de esos que en los Estados Unidos llaman *boomboxes*, para que en los actos y las ceremonias sonase el Himno Nacional. Ele estaba chocho con la adquisición. Le preguntamos de qué marca era y respondió, encantado: "¡Autostop!" Ese era el cartel más grande que tenía el grabador, en efecto, que en realidad era un Sony: la palabra que indicaba que la máquina se paraba sola cuando la cinta llegaba a su fin. (Esto no es un chiste de gallegos, lectora, lector. Es la pura verdad.)

Química era la materia de Remo Juliá, un señor que tenía forma de palo de bowling gigante: cuerpo oblongo como pelota de rugby, coronado por una cabeza chiquita. Remo vino de fábrica con el termostato roto. Vestía un guardapolvo blanco por encima de una camiseta sin mangas, aunque estuviésemos en el patio descubierto, durante lo más crudo del invierno. Lo considerábamos un excéntrico, pero tenía su costado rudo. Uno de los días de la semana lo recibíamos en lo que se llamaba "prehora": en vez de arrancar a las ocho de la mañana, debíamos empezar siete y cuarto. Como todavía era de noche y el Remo no aparecía, decidimos apagar las luces del aula y trancar la puerta corrediza. La idea era que el Remo pensase que no había llegado nadie, que el aula estaba vacía y cerrada y que asumiese que se había confundido de día.

Lo vimos aparecer a través del cristal esmerilado y luchar en vano para deslizar la puerta. Contener la risa fue dificilísimo. Al final, la imagen del tipo de guardapolvo blanco y gafas forcejeando como poseso inspiró carcajadas que estallaron, ya sin disimulo. Y entonces el Remo nos dejó mudos. Advertido de que estábamos adentro y de que se trataba de una broma, agarró la puerta corrediza —que debía medir casi dos metros de ancho y pesaba un quintal—, la arrancó de su eje con un crac, dejó a un costado e ingresó al aula como si no hubiese ocurrido nada.

El tercero de este elenco era el profesor de Anatomía, el Pato Gómez. Un español afable, que usaba anteojos con cristales gruesos como culo de botella y aún así no veía nada. Para escribir en el pizarrón, necesitaba poner la jeta a cinco centímetros de la superficie opaca. Una vez que estaba así pegado, lanzábamos una lluvia de tizas a su alrededor. Era una salva de metralla, ping ping ping, que rebotaba contra la pizarra negra. Entonces el Pato se daba vuelta, nos señalaba con la tiza y decía:

—Ustedes se creen que no me doy cuenta de que está pasando algo. ¡Pero me doy cuenta!

Después de lo cual retomaba la escritura y nosotros reíamos, porque en torno suyo el pizarrón desbordaba de marquitas blancas.

Como lo teníamos de profe en la primera hora, pedía que ahorrásemos tiempo y fuésemos a buscar el esqueleto a la Secretaría. Era un ejemplar a escala real, sostenido por un eje que concluía en una base con rueditas, que usaba para enseñarnos la osamenta humana. De esa tarea —buscar al Señor Huesos, para que estuviese en el aula cuando el Pato llegase— terminé encargándome por default, lo cual generó un hábito del que hablaré más adelante.

Lo que quiero contar ahora es la mañana en que el Pato se demoró y nos entretuvimos vistiendo al Señor Huesos con ropas de invierno: sobretodo, bufanda, gorro de lana y hasta un pucho encendido entre los dientes amarillos.

El Pato llegó hecho un remolino, consciente de su tardanza, para descubrir una montonera de pibes en el frente del aula. Nos mandó a sentar y obedecimos. Pero el Señor Huesos, totalmente vestido, no podía desplazarse solo.

—Usted también —le dijo el Pato—. ¿Acaso no me ha oído?

El estallido de nuestras risas le reveló qué clase de alumno era aquel. Aturdido, reclamó que desvistiésemos al Señor Huesos mientras le quitaba el cigarrillo y lo guardaba en el bolsillo de su saco de invierno.

Tuvimos que avisarle que el cigarrillo estaba encendido, para impedir que se convirtiese en un Pato *flambée*.

10. Contar el cuento

El cuarto gallego era la rueda floja del carrito del súper. Se llamaba Ampurdán y, a diferencia de los otros, no formaba parte de la hermandad bonanovista. Estaba casado y tenía hijos. Nuevo profesor a cargo de Lengua, su estilo contrastaba con el de Farré como un albino en Nigeria. Ampurdán era un chiquilín, nunca le había dicho adiós al niño que otrora fue. Podía estar explicando un tema con seriedad, y en mitad de la cosa agarrar la muleta de Suárez —el compañero con la gamba rota— como si fuese una metralleta y, con un barrido, apuntar al curso entero diciendo:

—¡...Ra ta ta ta ta! ¡Los maté a todos, ah ja ja!

Ampurdán solía encargarnos "composiciones", la escritura de textos a partir de diversas consignas. Dado que escribir se me daba bien, eso garantizaba que no terminaría el año cortando clavos con el orto, como había pasado con Farré. Lo que no previ fue que Ampurdán celebraría una de mis composiciones, al punto de leerla en voz alta delante de la clase.

Por suerte la interpretó con gracia, actuando cada personaje y subrayando el drama con el tono más grave de su registro. Había solicitado composiciones sobre la creación y/o destrucción, y yo aproveché para llevar el asunto en la dirección de lo que por

entonces me divertía escribir: cuentos de ciencia ficción. Era la historia de una expedición que arribaba a un planeta lleno de humanoides toscos y, por cierto, bastante sucios.

Los astronautas trataban de ser pacientes con esos muñecos, que los respetaban tan solo porque les temían. Después de todo, eran gente que había llegado desde el cielo y que contaba con armas que disparaban rayos. En medio del asunto, el jefe de la expedición descubría que su esposa, la científica de la nave, lo estaba corneando con el primer oficial. (La parte de los cuernos, inspirada por *Tiburón*, suscitó entusiasmo entre mis compañeros.) Furioso, el jefe de la expedición —que se llamaba Harvey— decidía irse del planeta, abandonando a los dos amantes. Y desde el aire destruía una primitiva represa que los nativos habían construido, con la esperanza de que el agua hiciese lo que no se animaba a hacer cara a cara: matar a quienes lo habían traicionado.

El torrente mataba a muchos, mas no a los amantes, que se habían dado cita en una zona paradisíaca, a prudente distancia del poblado —y de la represa. Frustrado, Harvey optaba por regresar a casa, sabiendo que su ex y el primer oficial quedarían en pelotas, sin tecnología que les permitiese sobrevivir entre los nativos y, por ende, impedidos de informar a la Tierra sobre aquello que había intentado hacerles.

Ahí parecía terminar la cosa pero, claro, faltaba el final sorpresivo. (Un cuento sin final sorpresivo no calificaba como cuento, por entonces.) Cuando se ponía a pensar en lo ocurrido, Harvey comprendía que el planeta tenía muchas similitudes con la Tierra de siglos atrás —si es que no era, en efecto, la mismísima Tierra del pasado, a la que había regresado a través de un capricho del

espacio-tiempo. Y asumía que los lugareños recordarían lo experimentado y dejarían registro de lo más notable: el ser todopoderoso que llegó del Cielo, su enojo con los amantes, la inundación que desató para matar a todos y su decisión final de abandonarlos. Solo que, a su manera chapucera, nunca aprenderían a escribir su nombre, y en vez de Harvey lo llamarían Yahvé.

—Bastante bueno —dijo Froi, ya en el recreo—. Mezcla de Borges y el Antiguo Testamento, con un toque de *El planeta de los simios*.

Si en vez de Froi hubiese sido otro, me habría mosqueado que deconstruyese mi texto al vuelo. Pero se trataba de Froi, cuya aprobación me importaba más que la de Ampurdán.

Para ser sincero, Froi era parcialmente responsable de la historia. Era él quien me había llenado la cabeza de ciencia ficción, al recomendarme que leyese los títulos de la editorial Minotauro.

Un día me animé a preguntarle qué eran esos libros que llevaba encima. Respondió que eran novelas de ciencia ficción y quiso saber si me gustaba el género. Le dije que sí y me definí como fan de Julio Verne. Replicó que yo atrasaba un siglo. Y empezó a venderme la ciencia ficción deforme que era característica de Minotauro y a tirar nombres que yo no había escuchado: Olaf Stapledon, Kurt Vonnegut, Lovecraft...

El primero de esos libros que compré fue *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury, que venía con prólogo de Borges. Era el único ingrediente que se le había escapado a Froi en la deconstrucción del cuento: yo había mezclado en un bowl literario a don Jorge Luis, la Biblia y a Pierre Boulle, pero también a Bradbury. Mi intención inicial había sido que la historia sonase a capítulo perdido de las *Crónicas*.

—Me pareció osado el toque anticlerical —añadió Froi.

Yo asentí para ganar tiempo, porque me dio vergüenza preguntar a qué se refería. No recordaba haber criticado a la religión, solo me había apropiado de algún rasgo argumental.

—Eso de sugerir que Yahvé es un tipo caprichoso y vengativo... ¡Que encima nos abandona a nuestra suerte! —dijo—. Si la hubiese leído el padre Nacho, le daba un patatús. Menos mal que Ampurdán no es chupacirios. ¡Estuviste sagaz!

Le agradecí el espaldarazo y formulé una nota, en mi bitácora mental de Aspirante a Escritor: *Lo que se cuenta puede significar otras cosas, más allá de lo que uno pretende que digan.* Años más tarde le sumé una adenda a esa certeza, fruto de la experiencia: *Y nunca existe forma de controlar TODOS los significados de lo que escribís. Uno siempre cree que cuenta algo por cierta razón, hasta que el tiempo revela que en realidad la escribió por otra —que por cierto, es la verdadera razón.*

Le pregunté a Froi qué estaba leyendo en esos días. Pasamos el resto del recreo hablando de las catástrofes, que eran la especialidad de J. G. Ballard.

Seguí escribiendo en esa tónica durante el resto de la secundaria. Por suerte, una vez que Ampurdán quedó atrás, nadie me pidió composiciones ni leyó mis textos delante de la clase.

Solo le mostraba mis cuentos a Froi.

La idea de que otras personas se enterasen de lo que escribía (de lo que podía estar insinuando, sin siquiera advertirlo) había empezado a darme miedo.

11. El Señor Huesos

Los martes y jueves de Segundo no entro por el tracto uterino sino por la puerta principal y voy derecho a la Secretaría. En lo más cruel del invierno llego a las 7, cuando todavía es de noche, despidiendo nubes de vapor como un dragón en plena digestión.

A veces encuentro a Ele en la Secretaría. Otras me elude, ya no está allí pero percibo su colonia barata y las marcas de tiza que dejó a su paso. Al cruzarnos, no intercambiamos más que un saludo seco. Él sabe por qué estoy ahí y no demanda explicaciones. Yo voy directo al rincón donde me espera el Señor Huesos y lo empujo en dirección a la salida. Cuando Ele sigue ahí no digo nada porque me da vergüenza, pero en su ausencia me animo y saludo al Señor Huesos, le digo buenos días como corresponde, le pregunto si durmió bien, si pasó frío.

Después cruzamos el patio oscuro y desierto, él por delante y yo detrás, apurándolo. Todavía me lleva unos cuantos centímetros de estatura, somos como los Ratso Rizzo y Joe Buck de *Perdidos en la noche*.

El Señor Huesos hace música cuando se mueve, y si hay viento, más aún. Sus huesos se entrechocan, apurando un solo de marimba.

A veces chillan las rueditas por falta de aceite o exceso de polvo, sumando un coro agudo a contracanto.

Casi nunca nos cruzamos a nadie. A esa hora no circula más que el personal y los compañeros que llegan apurados. En invierno se desplazan como sombras, la cabeza hundida entre los hombros.

A veces cortamos camino por el baño que queda entre el patio descubierto y el patio cubierto que da a mi aula. Una mañana se me adelanta el Lito Pafundi pero, en vez de mear en un mingitorio, se mete en uno de los privados. Entonces le pido al Señor Huesos que sea discreto, lo empujo hasta el excusado y me cago de risa cuando Lito abre la puerta y se pega el susto del siglo.

Cuando sobra algún minuto —lo corroboro en el Seiko de mi abuelo, parte de la herencia que recibí a su muerte—, me siento en el banco de cemento del patio descubierto, aunque haga frío y se me congele el upite. Es un instante bendito, la mejor forma de empezar el día: tomándome un respiro, contemplando la nada —el patio vacío, el mástil, el friso de la Virgen— y gozando de la clase de silencio que solo comparten los amigos.

El Señor Huesos no se sienta. Prefiere velar por mí de pie, para poner el pecho si a alguien se le ocurre importunarme.

Le preguntamos al Pato en más de una oportunidad si los huesos del Señor Huesos pertenecían a una persona, a alguien que estuvo vivo alguna vez. Y siempre embarró sus respuestas, bufando, desviando la cuestión o haciendo espejito rebotín con otra pregunta. ("¿Y eso qué diferencia supondría, eh?") Aclaré la cosa apenas sentí que el Señor Huesos y yo habíamos construido una mínima confianza. Le pregunté si alguna vez había llevado un vestido de carne. Y él devolvió un silencio que no fue reticencia, sino la

confirmación de que me consideraba demasiado inteligente para no haber dado ya con la respuesta.

Con el correr de los años, la confianza mutua se incrementará. Llegado el momento aceptaré cualquier excusa y hasta inventaré una, de ser necesario, con tal de forzar un nuevo encuentro. Y cuando arribe a Quinto Año y todo se pudra a nuestro alrededor, lo llevaré a mi esquina para que me recomponga entre un round y otro.

En materia del largo *match* contra la muerte —créame, lectora, lector—, no existe mejor *coach* que el Señor Huesos.

12. Fabricamos bombas

En ese tiempo se hablaba mucho de bombas. Eran un recurso popular, parte de las herramientas retóricas en vigencia: en el ágora se discutía con palabras, con panfletos y carteles, con movilizaciones, con huelgas... y con TNT, o equivalentes. Las bombas cumplían una función similar a la de los signos de admiración, o las palabras reproducidas con mayúsculas o en letras cursivas: conferían énfasis. Para no ser menos, y como expresión del espíritu de superación que nos caracterizaba (todavía vivía en nosotros el grito de guerra: "¡Ustedes mismos!"), los de Segundo B confeccionamos Armas de Destrucción Masiva en el sótano del colegio.

Por aquel entonces parte del terreno estaba en obra. Se construía un pabellón nuevo, al que irían a parar las divisiones superiores. Decían que, además de las aulas, contaría con un patio cubierto para Cuarto y Quinto y con otro laboratorio. Mientras tanto seguíamos trabajando en el viejo laboratorio del subsuelo, que quedaba junto al vestuario donde nos cambiábamos para hacer gimnasia.

El lugar tenía un aura siniestra. Porque el vestuario apestaba a pata o a lavandina, pero apenas entrabas al laboratorio te asaltaba

un olor distinto: pungente, ambiguo. Para colmo había una estantería ocupada por frascos llenos de líquido ambarino, donde flotaban cosas macabras. Alguien sugirió (Catón, claro: ¿quién, si no?) que uno de los frascos guardaba genitales masculinos, a modo de advertencia para quienes considerasen descarriar. Dentro de otro flotaba algo que estábamos seguros de haber identificado, pero por entonces nadie se animaba a pronunciar la palabra *feto.*

Quien nos llevaba allí era el Remo, nuestro profesor de Química. Dedicó las primeras prácticas a familiarizarnos con las instalaciones y los peligros que entrañaban mecheros, fugas de gas y sustancias corrosivas. Un día, cuando ya habíamos aprendido a manejarnos en el laboratorio, uno de mis compañeros —Tolosa, que formaba parte de Los Callejeros pero cultivaba el perfil bajo— le preguntó al Remo si sabía qué componentes dotaban de sus cualidades apestosas a las "bombitas de mal olor". (Dígame que sabe de qué le hablo, lectora, lector. Me refiero a ese producto del rubro de los llamados *chascos*, caracterizado por su hedor espantoso.)

El Remo no perdió la oportunidad de demostrar sapiencia. Describió qué sustancias podían formar parte de una bombita de esas: cosas como sulfuro de amonio, propilenglicol, ácido butírico. Mientras tanto, dos o tres de los nuestros tomaban nota —para mayor seguridad, dado que se trataba de palabras difíciles—, confeccionando una lista.

No ese día, porque ya estábamos jugados, pero cuando llegó la clase siguiente, miembros selectos de Los Callejeros se aplicaron, lista en mano, a buscar los elementos que el Remo había mencionado. Los demás estábamos distraídos, empezando por el profesor, en la confección de una preparación más inocente. Y en

paralelo, a nuestras espaldas, la selección de taimados vertió el contenido de cada frasquito en un bowl grande: las sustancias de la lista y otras que se llamaban parecido, por las dudas, a medida que completaban la receta.

Las bombitas de mal olor que se compran en kioscos incluyen elementos químicos iguales o parecidos a los que detalló el Remo, solo que en cantidades ínfimas. Mis compañeros no se detuvieron en la minucia de las proporciones, y derramaron todo el contenido de los frascos.

Según confesaron después, ni siquiera hizo falta mezclar nada.

De un momento para otro, el resto de nosotros —incluyendo al Remo— descubrió que el laboratorio había sido copado por una nube de humo, y que esa nube olía a hemorroide de brontosaurio muerto.

Salimos como pudimos, tosiendo y produciendo arcadas, hasta que un conteo en el patio confirmó que nadie había quedado atrás.

El laboratorio permaneció cerrado durante días. Finalmente su atmósfera se despejó y el olor se volvió soportable, permitiendo que el personal de limpieza completase la tarea.

La pesquisa en pos de los autores de la aberración no llegó a ningún lado. Hubo presión por parte de las autoridades, pero nadie se quebró. Porque hasta los que no teníamos responsabilidad en el desaguisado estábamos orgullosos. Habíamos participado por acción u omisión de la creación de una bomba nuestra, de Segundo B, que interrumpió la rutina durante ese día y subsiguientes. Eso nos valió un reconocimiento silencioso, pero no por ello menos real, por parte de otros cursos. Durante algunos días, hasta los mayores nos miraron con respeto.

No habrá sido como esas bombas que aparecían seguido en diarios y noticieros pero, a su manera, también hizo ruido.

13. De los rituales de cortejo en la exótica región de Caballito

Las chicas aparecieron cuando estábamos en Segundo. Me refiero a chicas en sentido general —jóvenes ejemplares del sexo opuesto, mujercitas, un *bouquet* de mohínes, perfumes y dispositivos para domar la cabellera—, pero también en sentido particular: concretas, con nombre y apellido. Para fortuna nuestra, la zona abundaba en colegios de alumnado femenino. Y por intermedio de Diodati trabamos relación con un puñado que iba al Dámaso Centeno, a corta distancia de la Buena Nueva.

"Diodati proveerá", bromeábamos, porque en aquel momento tuvo la oportunidad de ser munificente y la aprovechó. Un día nos invitó a la quinta que su familia tenía en Canning, justo cuando su hermana menor —que también iba al Dámaso— había invitado a algunas amigas. Y allí empezó un cortejo que merecería ser descripto en la National Geographic, con la minuciosidad que reclaman los fenómenos socioculturales de rincones exóticos.

Durante horas, cada mitad de la manada se mantuvo aparte.

De un lado estábamos nosotros, los muchachos, concentrados en tareas que (aparentemente) nos convocaban: reír de manera estruendosa, descollar en el área deportiva. Es decir, cualquier

recurso que ayudase a llamar la atención de la otra mitad sin que pareciese que queríamos atraerla, al modo del macho pavo real que despliega su cola.

Del otro lado, a prudente distancia, permanecían las chicas, cuya única actividad era cuchichear y proferir risitas.

Al caer la tarde apareció el elemento congregante. Diodati instaló un equipo de sonido junto a la pileta —bandeja, amplificador, un par de bafles— y empezó a sonar la música. Había buenos discos, además. El padre de Diodati trabajaba en la industria del video y viajaba seguido, para regresar con vinilos importados. Durante una de nuestras conversaciones iniciáticas —a nada de arrancar Primero —, Diodati contó que su viejo acababa de traer un doble de una banda que tenía un nombre larguísimo, del que no se acordaba.

—Creedence Clearwater Revival —arriesgué yo, que ya me consideraba un melómano. A partir de entonces me convertí para Diodati en un tipo interesante.

Ambas mitades de la manada se encontraban junto a la pileta, todavía separadas, pero próximas. Ellas seguían estando impecables. Nosotros habíamos dejado atrás el *look* deportivo para apelar al elegante sport. (Aquellas eran épocas, lectora, lector, de pantalones de ancha botamanga.)

Transcurrió un tiempo eterno durante el cual las agrupaciones se ignoraron, como si la otra mitad no existiese. Solo nos rozábamos al aproximarnos a la mesa donde había gaseosas, papitas y chizitos.

Hasta que alguien —no recuerdo quién porque la reacción cósmica me dejó ciego, fue como asistir al nacimiento de una estrella— juntó el coraje de invitar a una de las chicas a bailar y, en cuestión de segundos, las mitades se disolvieron en un todo.

Es mi responsabilidad, como cronista aspiracional del Geographic, dar cuenta de las características de ese baile. Ya fuese porque la pareja inicial se movió así, o porque a alguien le constaba que aquella era la moda, todos nos pusimos a bailar de la misma, peculiar manera, que intentaré describir.

La pareja se plantaba de pie, frente a frente, separados el uno de la otra por al menos medio metro. Ambos giraban entonces, para presentarle al socio/a su flanco derecho. A continuación daban un paso de costado, en dirección a su pareja (primer movimiento). Después desandaban el paso y giraban para ponerse nuevamente frente a frente (posición inicial). Cara a cara daban un paso a la derecha (segundo movimiento), y desde esa posición replicaban el primer movimiento, solo que ofreciendo el flanco izquierdo (tercer movimiento). Era como si dibujasen con los pies las mitades complementarias de un rectángulo imaginario.

Un pasito, atrás, al costado, otro pasito, atrás, al otro costado.

Estuvimos haciéndolo durante horas. A partir de entonces lo practicamos noches enteras, repitiendo los mismos, mecánicos movimientos.

Los derviches giróvagos pivotean sobre su eje interminablemente, hasta entrar en trance al son de flautas, tamborines y atabales. Nosotros, en cambio, entrábamos en trance erótico dibujando rectángulos sobre el parquet del comedor, mientras “Satisfaction” o “Smoke on the Water” desconaban los parlantes.

14. Ser rana

Uno no piensa en la vida hasta que llega el secundario y descubrís que se convirtió en una materia y, peor aún, que es menester aprobarla. Porque en la primaria te dedicás al lenguaje y a las matemáticas, hacés gimnasia y actividades prácticas —mucha plasticola, cortar y pegar papel glasé de mil y una formas, témperas aguadas, se le dice *collage* a cualquier porquería— y recibís rudimentos de geografía e historia, ante todo local. Pero ¿y la biología? Y todo lo vivo que te rodea: plantas, bichos, animales, el Capitán Piluso, ¿nada de eso importa? Recién en la secundaria te dicen que sí, que la vida cuenta. Y a partir de entonces se dedican a abrumarte con nociones anatómicas, biológicas, zoológicas, que confunden más de lo que iluminan.

Pancho Azpilicueta, jovial bonanovista que nos abarajó en Primero, construía su doctrina a partir del más simplista de los apotegmas: "El hombre es un tubo que come y descome". ¿En serio, Pancho? ¿Era eso todo lo que había, la explicación última del fenómeno humano? ¿Cómo vinculabas el tubo con la Capilla Sixtina, el existencialismo francés, los goles de Pelé? ¿Qué relación tenían el comer y el descomer con Emma Peel, Chunchuna Villafañe y las manchas que exhibía el calzoncillo cuando despertabas, a no ser que

la razón de ser del tubito subsidiario que dormía acaracolado ahí adentro fuese engendrar nuevos tubos —la siguiente generación de caños compelidos a ingerir y excretar?

La vida debía ser mucho más que eso. No hacía falta remontarse a los orígenes del universo para comprender su naturaleza sorprendente, su capacidad de brotar donde menos se la espera. Durante Primero, por ejemplo, además del campamento nos llevaron a hacer un retiro espiritual. Y allí, gracias a los oficios guitarrísticos de un compañero llamado Trombetta, descubrí la música de Sui Generis. Me impresionaron "Confesiones de invierno" y "Rasguña las piedras", pero ante todo "Estación", donde Charly habla de una chica "que reía y se entregaba, desnuda sobre la arena". ¿Me ocurre a mí tan solo, lectora, lector, o usted también encuentra aquí un ejemplo de la creatividad inagotable de la vida? ¿Cuánta gente regresa de un retiro espiritual con fantasías eróticas flamantes?

Después del *rendezvous* en la quinta de Diodati nos arrimábamos al Dámaso cada vez que podíamos. Y cuando las chicas salían antes que nosotros, se acercaban y charlábamos a través del cerco de madera que oficiaba de frontera entre la calle y la parte del colegio que estaba en obra. Tenía su gracia, ese contacto. Nos pasábamos papelitos con mensajes. Nos mirábamos con avidez a través de las grietas entre los listones. Éramos como Steve McQueen y sus compañeros en *El gran escape*, solo que prisioneros del amor en vez de los nazis.

Casi de inmediato Diodati se enganchó con Eugenia y yo con Bárbara. Lo cual nos convirtió en los primeros del grupo en ser agraciados por compañía femenina estable. En Segundo ese grupo constituía ya una tercera célula social dentro del curso, a la que aún

no se me había ocurrido atribuirle nombre propio. Éramos unos cuantos de los nuevos, sumados a miembros selectos de Los Señores. Alrededor orbitaban microorganismos —otros de los nuevos, algún veterano suelto—, pero todavía faltaba para que los fagocitase el grupo mayor, cosa que recién ocurrió en Tercero.

Mi relación con Bárbara era apasionada y minimalista a la vez. Yo me decía enamorado, mi cabeza estaba en las nubes. Pero a la vez era tan tímido —me oprimía mi inexperiencia y me reprimían las convenciones sociales, la mirada de los otros— que nuestro romance era improbable como el de Marilyn Monroe con un samurái.

Todo se limitó a bailes en casas de familia, un puñado de palabras e infinitas caminatas entre el Dámaso y la casa de Bárbara, en cuyo umbral nos despedíamos. Durante esos paseos no hacíamos otra cosa que devorarnos con los ojos, porque ella era tan tímida como yo. (O esperaba que el macho tomase la iniciativa: algo que ocurre en muchas especies, explicó el Pato.) No hubo ni siquiera besos. Lo más ardiente que ocurría era el rozar de nuestras manos al bambolearse durante la caminata. Bárbara pensaría que yo era mudo, o casi. Mi pasión se conservó embotellada, salvo para los poemas que empecé a escribir en un cuaderno de marca apropiada (Gloria) y las poluciones nocturnas de mi tubito.

Fuimos una pareja tan breve como imposible, no estábamos cortados para durar. Ella era alta, rubia y de ojos claros, hija de un marino; yo era un morocho taciturno, hijo de odontólogos. Otra que Montescos y Capuletos: ella venía de la familia de Francis Drake y yo de los Tiradentes. Una vez, al llegar a su casa sobre Mariano Acosta, nos cruzamos con su hermano mayor, también rubio, alto, de pelo

cortísimo y blazer azul. No hizo otra cosa que mirarme, pero en sus ojos me sentí un criminal.

Y sin embargo, aun a pesar de la reticencia que definió la relación, hubo quien me acusó de ser lascivo, una reencarnación de Casanova —el epítome de la lujuria. Me refiero a Catón, que resentía el hecho de haber pasado de ser líder de Los Señores a convertirse en un microorganismo que rondaba el nuevo grupo, pendiente de aprobación. Ya entonces sembraba cizaña e intentaba regenerar su poder, a partir de la moralina que encarnaba. A mí no me molestaba que me tildase de concupiscente e impúdico, al contrario: ese tipo de fama le sienta bien a cualquier adolescente. Pero entonces me llegó la noticia de que cuchicheaba respecto de Bárbara. Decía que —Dios mío— le parecía hueca.

Mi indignación desbordó los diques, yo ardía por dentro. El hecho de no contar con pruebas para probarle que estaba equivocado —en mi frugalidad verbal, nunca había hablado con Bárbara lo suficiente para sondear su hondura— era lo de menos. Cavilé en torno a variantes del duelo de honor: qué clase de armas emplear, quién sería mi padrino. Pero la relación con Bárbara se disolvió antes de que arribase a una certeza.

¿Dije ya que era hija de un alto oficial de la Armada?

Según el Pato, las formas de probar que el fenómeno de la vida tenía lugar eran múltiples. Me interesó el tema, porque yo me sentía muerto por dentro y necesitaba demostrarme que no todo se había perdido. Un día propuso una experiencia. Íbamos a diseccionar ejemplares vivos de ranas, con un tajito en el tórax como medida inicial, para apreciar cómo sus corazoncitos latían allí adentro.

Llegó a la clase con un frasco enorme, lleno de ranas saltarinas. La idea era anestesiarlas antes de proceder con la carnicería, de modo que no sufriesen innecesariamente. Para ello trajo del laboratorio un segundo frasco que decía *cloroformo* y un paquete de algodón, del que arrancó jirones que procedió a embeber. Así húmedos, los echó dentro del frasco de las ranas y volvió a taparlo, a la espera de que surtiesen su efecto narcótico.

La cantidad de cloroformo fue demasiada. Las pobres ranas no se durmieron: murieron de sobredosis. Así que no pudimos contemplar sus corazoncitos batiendo en el pecho. Todo lo que vimos al abrirlas fue un botoncito de carne yerta y fría.

Dentro del frasco del Colegio, la vida continuaba.

15. Re, sol

Uno de los nuevos, que como yo entró al Colegio en el 74, me fascinó desde el arranque porque ya tenía claro qué hacer con su vida. Se llamaba Luigi Recanati —su padre era italiano— y todo lo que ambicionaba era ser músico.

Venía estudiando teoría y solfeo —en el Collegium Musicum, apropiadamente— y había empezado a diversificar, sumando clases de piano y armonía. A esa altura de mi historia, conocer a alguien de vocación definida era una novedad. Mi padre era dentista, como acabo de contar. (Mi madre también pero había desertado, ella siempre quiso ser otra cosa.) Una vez cuestioné a mi viejo de frente march, le dije: "¿Por qué decidiste pasar tu vida hurgando en bocas podridas?" Me costaba interpretar la odontología como una vocación. Un laburo digno, sí, pero ¿un llamado del cielo?

No obtuve respuesta satisfactoria y opté por no insistir. Nunca conviene poner de malas al tipo del torno en la mano.

Luigi Recanati era un sol. (Juro que escribí esto antes de comprender que podía leerse como una broma sobre la clave en que sonaba. No fue intencional, pero si a usted le sirve, lectora, lector, por favor tómela.) Siempre estaba de buen humor, tenía una risa cantarina. Con el tiempo llegué a pensar que ese estado de ánimo le

servía como coraza. Porque nunca se abatía, Luigi. Ni siquiera cuando le llovían las burlas, que podían ser muchas, cubriendo el espectro que existía entre el sarcasmo y la crueldad.

Es que Luigi exhibía una forma singular.

Era como si lo hubiesen esculpido sobre la base de dos macetones de terracota, uno al derecho y el otro puesto encima del primero pero con la boca para abajo, lo cual resultaba en un contorno de características romboidales. (Sé que le demando un esfuerzo de visualización, lectora, lector. Es parte de la gracia del juego en que estamos embarcados. ¿Cuál sería el mérito de limitarme a decir que Luigi era culón?)

Aunque eso no era todo, qué va. El instrumento que Luigi dominaba ya a esa altura, a través del cual había llegado al universo de la notación musical, era la flauta. Y no la flauta dulce, sino una larga y ancha como mi brazo, que tocaba con arte.

No hace falta que subraye que, ante una banda de machitos más burdos que sushi de mondongo, Luigi ofrecía un blanco móvil del tamaño de un alce. Pero él no se inmutaba. Seguía sonriendo y hablando de lo que fuere, sin mosquearse. Ni siquiera tenía el prurito de callar cosas que cualquier otro se hubiese guardado, como el detalle de lo mucho que le gustaba cagar mientras tocaba la flauta con el atril adelante.

Estas cosas me divertían, pero no porque se tratase de Luigi. La imagen del tipo sentado en el inodoro mientras lee la partitura y toca la flauta hubiese sido graciosa tratándose de cualquiera, incluso de Catón. (Para ser sincero, imaginar así a Catón era todavía más hilarante.) El hecho es que Luigi me simpatizaba tal como era, no encontraba nada que criticarle.

En mis ojos era solo un pibe agradable, cuya vocación preclara envidiaba. A veces compartíamos la caminata de regreso, porque vivía a tres cuadras de casa. Y en más de una oportunidad me invitó a pasar, permitiéndome conocer a su encantadora madre, al tano elegante que tenía por padre y el cubil donde pasaba las horas. Allí estaban el famoso atril y su piano y la biblioteca llena de partituras y el combinado y los discos de música clásica y sus flautas. Antes que una habitación, ese ambiente parecía la guarida de Sonoman, el superhéroe que publicaba la revista *Anteojito*, cuyo poder manejaba las ondas que producen todo lo que oímos.

Un día, cuando ya estábamos adentrados en Segundo, me soltó como quien no quiere la cosa que iba a cambiar de colegio. Pensaba pasar a uno nocturno, donde el rendimiento académico fuese menos exigente. Eso —me dijo— le permitiría conservar la energía que demandaban los estudios musicales.

El argumento era sólido, pero no me convenció. Le pregunté si existía otra razón. Se mantuvo en sus trece. Puede que haya sido sincero, sigo sin saberlo. Su ánimo no había dejado de ser chispeante. Tal vez era cierto que, a lo Sonoman, podía rodearse de una cortina que aplicaba sordina a las burlas. Lo cierto es que se fue, nomás, y que entonces entendí que extrañaría las caminatas y sus risitas a lo Patán y su crítica académica a los discos de Genesis que yo persistía en hacerle escuchar, como si estuviesen en condiciones de competir con Bach.

Durante el primer día de su ausencia, el profesor que tomaba lista llegó hasta la letra erre pero no lo convocó. Se limitó a hacer un alto en la lectura, dijo que Recanati se había ido a otro colegio y siguió con el mantra cotidiano: Romero, Seivane, Suárez...

Nadie dijo ni mu y la clase empezó. Pero a mí se me había hecho un nudo en la garganta. ¿Éramos todos así de intrascendentes? ¿Se podía desaparecer de un día para otro con esa liviandad, sin que a nadie se le moviese un músculo, sin que pareciese importar?

Se me metió en la cabeza que tenía que decir algo. Mastiqué la idea y, al comenzar la clase siguiente, encontré coraje en un bolsillo que ignoraba que tenía —si hasta me había llenado de vergüenza que Ampurdán leyese mi composición— y le pedí permiso al profesor para dirigir la palabra al curso, antes del arranque de la clase formal.

Hice lo que pude. Con torpeza, sugerí que entre las razones por las que Luigi decidió irse estaba la hostilidad con que se lo había tratado. (Me pregunto si Luigi hubiese aprobado mi interpretación. Quizás la indiscreción lo habría enojado. Siempre fui de meterme en quilombos a los que nadie me llama.) Y dije que, en su ausencia, los que estábamos destinados a perder éramos nosotros, porque Recanati era un tipo increíble cuya luz —debería haber dicho: *cuya música*, me di cuenta tarde— ya no nos iluminaría. Esto también era una presunción. Hasta donde sabía, yo era el único que sentía que había perdido algo.

No me dieron mucha bola, pero tampoco se retobaron. Eso sí: durante el recreo se me acercó Froi —¡él a mí!—, tocó mi brazo y, con una sonrisa afectuosa, siguió camino hacia el rincón del patio donde sostenía sus lecturas. Y yo suspiré de alivio. Eso había sido un gesto de aprobación, ¿o no? Si Froi me celebraba, debía ser que había hecho algo bueno.

Años más tarde me crucé en un diario con la crítica elogiosa de un show musical. Se trataba de un unipersonal protagonizado por Luigi Recanati. (Cuyo verdadero nombre no es ese, comprenderá usted,

lectora, lector.) Me produjo una alegría que todavía me dura. Porque ese artículo probó que Luigi había logrado lo que soñaba, sí. Pero además demostró que, no obstante nuestro esfuerzo, no habíamos logrado romperlo.

16. El truco más grande

No bien la primavera empezó a comportarse, la vida social de la *troupe* se prodigó. Había bailes todo el tiempo. (Se los llamaba *asaltos*. Formalmente *tomábamos por asalto* la casa o depto de alguno, llevando algo para comer y beber, además de discos que enriquecían la selección musical. Pero, en la práctica, los bailes estaban acordados de antemano, lo cual privaba al "asalto" de su componente de sorpresa. No, el mote debía atribuirse a otra razón, que indefectiblemente se nos escapaba.)

El clima benigno amplió el menú de lo posible y a partir de entonces incluimos excursiones a lugares remotos. También Alarcón —su familia, bah— tenía una quinta, en este caso en Don Torcuato, donde se llegaba después de un viaje eterno en el 15. Para alcanzarla había que pasar delante de un hotel alojamiento que se llamaba Okey. Por lo general nos cruzábamos con una fila de autos que esperaban turno para entrar, apuntando a la boca del estacionamiento. Como nos sentíamos guarros —eso creíamos ser, aunque éramos más inocentes que eructo de lactante—, hacíamos chistes idiotas y chusmeábamos el interior de los vehículos, evaluando a las parejas que contaban los minutos que las separaban de un revolcón. Todavía no sé cómo nadie nos cagó a piñas. Tal vez

porque, siendo ya adultos, entendían que todo lo que sentíamos era envidia.

Una vez en la quinta, nos dedicábamos a las boludeces de rigor. Pileta, algún juego de pelota, escuchar música: Beatles a rabiar, Stones, Deep Purple, Creedence, Bread, Bee Gees, algo nacional. Todavía estábamos en fase Sui Generis, que nunca incorporó el disco tercero y final, *Pequeñas anécdotas sobre las instituciones*. Los comentarios lo descartaban por complicado. Ignorábamos los bardos que Charly había tenido con la censura. La única canción de *Instituciones* que me gustó a primera oída fue una que se parecía al Sui de los comienzos, esa que decía: "¿Para quién canto yo entonces, si los humildes nunca me entienden?"

Pero el momento más esperado de la velada quintera era el dedicado al truco. Un juego de naipes cuyos gritos me eran familiares ("falta envido, quiero retruco, quiero vale cuatro"), porque mis padres lo jugaban cada vez que se juntaban con mis tíos postizos, o sea con sus mejores amigos. Pero la minucia se me escapaba, razón por la cual debí instruirme de manera acelerada, para adquirir nivel competitivo.

¿Alguna vez jugó al truco, lectora, lector? Es un juego para el que hay que disponer de baraja española y un mínimo de dos participantes, aunque lo tradicional son cuatro. (También hay una variante para jugar de a tres, el llamado *truco gallo*.) Para mí lo ideal era jugar de a seis, con *pica pica*: es decir, oponiendo dos bandos de tres jugadores que alternan una ronda general con otra donde cada uno se enfrenta a otro adversario individual, aquel que quedó al otro lado de la mesa.

El truco se rige por un montón de reglas, tal vez demasiadas. Cada *player* recibe tres cartas, que a su vez determinan las tres rondas que se juegan. La primera está consagrada a lo que se llama *envido*, ronda que mide quién suma más puntos entre dos cartas del mismo palo. (La forma de sumar es, como otros rasgos del asunto, asaz caprichosa.) Las dos rondas restantes conciernen a lo que deberíamos llamar el *truco* propiamente dicho. Su resultado depende de cartas a las que se asignan determinados valores: la más poderosa es el as de espadas, después el as de bastos, 7 de espadas, 7 de oros, los cuatro números 3, los cuatro números 2...

Es un montón, lo sé. Y eso que me estoy reservando tantas otras reglas como excepciones, sin siquiera hacer mención al código que es necesario para desempeñarse bien: frases como *vení al pie, ¿tenés algo para el tanto?* o *¿de quién es la primera?* Tampoco diré nada sobre las muecas para que los compañeros entiendan las cartas que uno ligó o no, repertorio de tics que envidiaba hasta el ingeniero Alsogaray. Porque la idea de este texto no es funcionar como un manual para jugar al truco, lectora, lector. Lo importante es que pesque usted la esencia de la cosa.

—Bueno, ¿te acordás de todo? —me prepeó Alarcón, que había asumido la tarea de desasnarme.

—Ahá. El envido máximo suma 33, las cartas más poderosas son el ancho de espadas, el de bastos...

—La clave, ahora, es que entiendas que te podés cagar en todas esas reglas. Como si no existiesen.

—*What?*

Así es, lectora, lector. Hay que incorporar todo el set de reglas, grabárselo bien en la mollera, y entonces asimilar que en el truco se

puede mentir. O, si prefiere: *blufear* como en el póker. Uno puede cantar envido, o real envido, o falta envido, sin tener siquiera dos cartas del mismo palo. Uno puede gritar *¡truco!*, o elevar la apuesta mediante un *retruco* y hasta un *vale cuatro*, cuando no conserva en sus manos más que un 6 miserable y un puto 5, que es casi como no tener nada. Y lo que resulta más trascendente aún: uno puede ganar esa vuelta con las cartas más pedorras, siempre y cuando haya mentido con convicción y el contrincante elija irse al mazo en vez de pagar para ver.

Entiendo su confusión, porque yo también la sentí. Por eso quiero compartir el *approach* que elegí en su momento, hace ya tanto, pero que me ayudó a pescarle la vuelta al asunto.

El truco se parece mucho a la vida. Quien juega mejor no es necesariamente el que más tiene, quien ha ligado cartas de peso. Por supuesto que tenerlas es positivo, cuando uno cuenta con poder es muy probable que gane, que la superioridad objetiva se imponga. Pero el truco también otorga posibilidades a quien la suerte le dio vuelta la jeta. Si uno dispone de picardía y la usa con arte, puede ganarle a quien está mejor armado. Aquí es posible lo de David a Goliat, está al alcance de la mano. Y eso es bueno, porque incorpora al juego un elemento que compensa lo que el azar desbalanceó. En el truco no depende todo del poder real, brutal. También puede revertirse la partida si uno juega con inteligencia, aunque no disponga de cartas enjundiosas.

Una vez que comprendí eso, empecé a jugar mejor.

Con el tiempo entendí que el truco era un juego con trasfondo de filosofía sartreana. Esto también suena complicado pero créame, lectora, lector: no lo es.

En el truco —otra vez: como en la vida—, lo crucial es lo que se logra hacer con la mano que nos tocó en suerte.

De lo que se trata es de ser sagaz, al estilo del Ulises/Odiseo de las leyendas. Porque el juego en que estamos inmersos es arbitrario, nadie liga las cartas que ligó por mérito. Pero, si uno juega en estado de gracia, es posible triunfar —hacerle a la suerte un corte de mangas, como Sordi en *Los inútiles*—, a pesar de no contar con cartas ganadoras.

17. El fin de la infancia

Se cerraba el año y yo estaba feliz. A los trece no hacía balances seriamente —Contabilidad era materia de Tercero—, pero aún así disfrutaba de un bienestar generalizado. Algo parecido a la satisfacción, con la vida y conmigo mismo. Durante Segundo me había superado en términos académicos, tal vez porque nadie me puso a prueba de manera sumaria, al estilo Farré. Además disfrutaba de la compañía. Me había insertado entre la gente del curso que me parecía más interesante. (La excepción era Froi, a quien no conseguí acercarme todo lo que me hubiese gustado. Pero en la práctica nadie estaba verdaderamente cerca de Froi, por lo cual podía consolarme al estilo de los tontos.) Y encima había debutado en el deporte de tener novia, lo cual me convertía en pionero. Mis acciones cotizaban hasta en el seno de Los Callejeros, que ahora me contemplaban casi con admiración, como diciendo: "Mirá al pibito..."

El verano estaba al caer. Eso significaba turismo con la familia, toneladas de libros por ser leídos (entre los cuales contaba cierta novela de Arthur C. Clarke que me había prestado Froi), mucho encuentro con amigos y un uso intensivo de la quinta ajena como institución. La temporada pintaba venturosa.

Una mañana, cuando restaban pocas clases, nos sorprendió un alboroto. Todavía estábamos en el aula de planta baja, aunque Suárez se había liberado de su yeso. Además, como hacía calor, las ventanas que daban al patio cubierto estaban abiertas, y por eso el estruendo llegó sin filtros.

Al principio pensé que se trataría de un precalentamiento al estilo clásico. Ampurdán nos había desasnado al respecto. Según él, durante el invierno europeo hacía un frío en las universidades medievales que te la *voglio dire*. Por eso estaba permitido correr dentro del aula antes del inicio de la clase —dar algo parecido a vueltas olímpicas, bah—, para elevar la temperatura y no convertirte en cubito en plena declinación del latín. Además puso a prueba la eficacia de la práctica invitándonos a correr dentro del aula, a pesar de que no era enorme ni tenía muros de piedra ni techos altísimos, como las de la Edad Media. (Les dije que era un chiquilín.)

Pero eso había ocurrido durante nuestro invierno. Ahora estábamos cerca de los 30 grados. ¿Qué sentido tenía calentarse, cuando ya estabas chivando a pesar de estar sentado y tomando notas?

Acto seguido la causa del escándalo ingresó en nuestro campo visual.

Eran los pibes de uno de los Quintos, que entraron al patio cubierto a la carrera. Sus vestimentas revelaban distintos grados de desarreglo. Nadie llevaba encima el blazer, para empezar. Los más discretos exhibían los faldones de la camisa fuera del pantalón, varios se habían puesto las corbatas a modo de vincha. Dos zarpados corrían con el torso desnudo, sacudiendo sus camisas como si fuesen aspas de un ventilador.

El ruido que emitían era mántrico, un

eeeeeeeeeeeeeeeeeeoooooooooooooooooeeeeeeeeeeeeooooooo

eeeeeeeeeeeeeeeeeeoooooooooooooooooeeeeeeeeeeeeooooooo

eeeeeeeeeeeeeeeeeeoooooooooooooooooeeeeeeeeeeeeooooooo

interminable. Y lo más cómico era que quien cerraba el trencito, corriendo a la retranca a que lo condenaban sus patas cortas, era Artemio Lojo, el rector.

Tipo entrañable, Lojo. Al principio lo miré con temor, porque se trataba del primer rector de mi vida. En la primaria conocí a un solo director: el señor Schiaffino era un flaco de guardapolvo blanco y gesto amargo que daba miedo. Siempre tenía cara de culo y tensaba la mandíbula a cada rato, como si le molestase o apretase el cuello de la camisa. Si ya él me ponía nervioso, que era apenas un director, Lojo debía producirme más aprensión. El lenguaje mismo lo sugería. Una cosa era que te dirijan, eso suena más condescendiente: puede tratarse de una indicación, de un señalamiento amable, tipo *vaya usted por acá, o por este otro lado.* Pero que te rijan no deja margen para la duda: regir es mandar, ordenar algo que solo puede ser respondido con obediencia. Y eso era lo que hacían los rectores, ¿o no?

Lojo era el menos intimidante de los hombres. Tenía la complexión del don Manolo de *Mafalda*, que también era *gallego* —la forma en que definíamos a cualquier español, aunque en realidad fuese de origen vasco o castellano—: bajito, morrudo, de miembros cortos y gruesos, con una sombra eterna en la quijada que sugería que su barba crecía muy rápido. La diferencia era que don Manolo tenía los pelos parados como cepillo y Lojo tenía una frente ancha y peinaba su pelo a un costado.

Con el tiempo le perdí el miedo, más no el respeto. Era uno más de los hermanos bonanovistas: humilde, bonachón, que prefería contener a marcar distancia. Confundiendo la parte por el todo, creí entonces que un rector era mejor que un director. Si Lojo era el patrón de medida, un rector era alguien humano, asequible, que estaba allí para servir antes que para ser servido. Aunque, ante la escena del trencito de los alumnos de Quinto, se me ocurrió que Lojo hubiese agradecido disponer de una autoridad mayor de la que le reconocían quienes celebraban su graduación de forma anticipada.

Esa es la imagen que me quedó grabada como símbolo del cierre de Segundo Año. La alegría de los pibes de Quinto y la impotencia de Lojo, que obviamente no quería cortarles el mambo, porque de otro modo les hubiese rajado un grito en serio y amenazado con convertirlos en exalumnos antes de tiempo. Todo lo que el rector pretendía era que moderasen su efusión, para que su

eeeeeeeeeeeeeeeeeoooooooooooooooeeeeeeeeeeeooooooo
eeeeeeeeeeeeeeeeeoooooooooooooooeeeeeeeeeeeooooooo
eeeeeeeeeeeeeeeeeoooooooooooooooeeeeeeeeeeeooooooo

no soliviantase a los demás y nos instase a todos a dar vueltas olímpicas por los patios.

La clase se interrumpió, porque la escena cómica era insoslayable. Nos cagamos de risa, alguno de los nuestros aplaudió, otro se sumó al coro. En cuestión de segundos la caravana salió de cuadro y todo lo que persistió fue el *eeeeoooo* que se iba en *fade*, diluyéndose en el patio descubierto.

Los de Quinto se recibieron a pesar de la insubordinación, las clases terminaron, llegó la Navidad y una semana después despedimos al año 75. Siempre pasábamos las Navidades en el

departamento que las Gordas —hermanas de mi abuela, tías de mi madre— tenían sobre la avenida Santa Fe. Esas celebraciones suponían una bacanal: huevo hilado, morcillón, jamón con melón, arrollados rellenos de palmito y roquefort, empanada gallega, lechón... Después llegaban los regalos y más tarde el pan dulce casero de mi abuela, la Leli, que mi madre esperaba todo el año para robar parte del sobrante y no compartirlo con nadie. Desayunaba a escondidas, agregándole manteca a su rodaja de pan dulce como si fuese una tostada.

Y yo disfruté del mejor modo que supe: de la libertad que donaba el período de vacaciones, de la astracanada de aquel banquete, de los regalos navideños y la compañía de mis amigos, sin saber que no volvería a vivir nada semejante. Aquellos meses, de diciembre del 75 a marzo del 76, fueron los últimos que gocé en plenitud: totalmente desprevenido, ciego ante el peligro que se avecinaba, durante los estertores de mi inocencia.

La segunda

Yo no era un hipócrita, con una cara real y otras tantas falsas. Yo tenía varias caras porque era joven y no sabía quién era, ni qué quería ser.

MILAN KUNDERA, *La broma*

18. Borrón y cuenta nueva

Entré al ciclo lectivo del 76 a comienzos de marzo, con catorce años y todas las ínfulas. No señalaban cualquier edad, esos catorce. Eran la primera parada del itinerario hacia la adultez. Las películas para mayores venían en dos categorías: prohibidas para menores de catorce y para menores de dieciocho. Sortear legalmente esa primera barrera equivalía a un triunfo.

Yo frecuentaba salas desde que mi madre me llevó a ver *La novicia rebelde* y se ofendió, porque me dormí durante un tramo de sus 174 minutos... cuando tenía tres años. ¿Qué es *La novicia rebelde*, se pregunta usted? La Argentina es un país inclasificable. Cuanto más se aproxime para estudiarla de cerca, lectora, lector, más claro verá que comprenderla es una quimera. En este país rebautizamos *The Sound of Music* —el musical de Robert Wise que narra la peripecias de los Von Trapp para eludir el cerco de los nazis — con un título más propio de película porno que de clásico para la familia.

La barrera de la edad para ver ciertos films me traumatizaba. Cada vez que quise fingirme mayor para ver una prohibida para menores de catorce, desistí en las puertas del cine. Empezaba a sudar, a temblar, a balbucear, a medida que me aproximaba a la ventanilla de

venta de entradas. Estaba seguro de que percibirían que yo mentía, que llevaba el embuste escrito en la cara, que mis mejillas arreboladas gritaban *¡culpable, culpable!* Yo no era un pendejito que intentaba ver una de James Bond, no: era Josef K ante el tribunal de *El proceso*.

Una vez convencí a mi padre de que me acompañase a ver un film con Roger Moore, que desde el 73 era el nuevo Bond cinematográfico. Se llamaba *Operación oro*. Lo proyectaban en el Rivera Indarte, a pasos de la plaza Flores. Fue a sacar las entradas, le preguntaron mi edad y dijo la verdad. En consecuencia, nos quedamos afuera y él se ofuscó porque yo no le había avisado que se trataba de una prohibida. Volvimos a casa perfectamente enojados el uno con el otro: él porque yo había intentado usarlo para entrar y yo porque había sido incapaz de discutir la arbitrariedad del límite con la autoridad de la sala.

Cosas que hacía uno a los doce, con tal de ver un par de tetas.

Todavía hacía calor durante marzo del 76. Volver a calzarme el pantalón gris era incordioso, pero la perspectiva del reencuentro con mis compañeros valía el sacrificio. Los primeros días los dedicamos al recuento de las peripecias vacacionales. Los siguientes se fueron en la evaluación de las materias que debutaban en la currícula y del profesorado encargado de impartirlas. (De las novedades, la más llamativa fue la profesora de Literatura, la Marchetti: alta, pelirroja, elegante, con algo de Rita Hayworth y la helada distancia que imponía a Johnny Farrell en *Gilda*. En Tercero fuimos todos Johnnys, queríamos permanecer cerca de esa belleza aunque nos humillase.)

La obra en construcción había avanzado. Todo indicaba que la terminarían durante ese año y que en el 77 estaríamos entre los

privilegiados en trasladarse a la parte nueva.

Por fuera del frasco del Colegio todo seguía igual. Cualquiera que contemplase desde el extranjero hubiese visto convulsión, pero se trataba de sacudones a los que estábamos habituados. Isabelita —la viuda de Perón, que asumió la presidencia a su muerte— iba ya por el sexto ministro de Economía en apenas dos años y cinco meses. Por esos días oí por vez primera la palabra *hiperinflación*, sin saber que me acompañaría el resto de mi vida. Miguel Paulino Tato seguía prohibiendo películas con celo de inquisidor. *Último tango en París*, por ejemplo, demoró dos años en estrenarse y se exhibió en una versión mutilada. Mi abuela materna, la Leli, la había visto en el 72, durante uno de sus viajes a Europa. Habló bien del film de Bertolucci, pero en mi presencia se cuidó de dar la clase de detalles que me interesaba oír.

Algunos compañeros comentaron que circulaban autos ominosos por Rivadavia. Llenos de gente armada, que unos atribuyeron a los sindicatos y otros a la Triple A. (La Alianza Anticomunista Argentina, creación dilecta del ya caído en desgracia López Rega, el villano Ming a la criolla.) Fue el Lito Pafundi quien me desasnó —a veces me acompañaba a pie hasta Boyacá, con tal de charlar, y recién ahí se tomaba el 85 hacia Montecastro— respecto del edificio donde vivía Margaride, uno de los jefes operativos de la Triple A: en ese lugar sobre Boyacá, a metros de Rivadavia, que siempre exhibía custodia policial. El dato entró por una de mis orejas y salió por la otra. Pertenecía a esas facetas de la realidad que parecían indignas de mi atención.

Ya se hablaba de la inminencia de un golpe militar, era un secreto a voces. La edición de *La Razón* que salió en las vísperas —el 23 de

marzo— se veía tremebunda. ES INMINENTE EL FINAL, decía con mayúsculas, y debajo, con manejo caprichoso de las iniciales: Todo Está Dicho.

Lo más gracioso era el titulito que habían incluido al pie de la página tamaño sábana: *"Me borré", dijo Casildo Herrera en Montevideo.* Casildo era un sindicalista que algo tuvo que ver con el gobierno de los Perón. Saltó el charco hasta Uruguay antes de que se pudriese todo, pero en vez de proferir una declaración grave o de justificarse, eligió crear una metáfora.

Me lo imaginé con una gigantesca goma Dos Banderas en las manos, de esas que tenían una parte azul que borraba tinta y otra rosa que borraba lápiz. Casildo eliminaba su propia figura como quien reniega de un dibujo fallido. El proceso no podía sino ser engorroso: debía empezar por los pies y las piernas, después la cintura y el torso hasta las axilas, para a continuación dedicarse a la cabeza y los hombros.

El tramo final era el más delicado. Tenía que usar la goma en la mano izquierda para borrar todo el brazo derecho a excepción de la mano, que quedaría aleteando solitaria en el vacío, como una mariposa. Entonces cedería la goma a la mano voladora para que borrase el miembro izquierdo hasta que no quedase nada, ni un sombreado de lo que había sido. Por último, a la mano derecha no le quedaría otra que soltar la goma y empezar a frotarse contra ella hasta desaparecer por completo y, *¡presto!,* chau, Casildo.

La proximidad del golpe me tenía sin cuidado. Para los argentinos, las dictaduras eran lo más normal del mundo. De los catorce años que yo acababa de cumplir, los únicos que transcurrieron en democracia plena habían sido los dos últimos, coincidentes con mi

secundaria. Durante algún tiempo gobernó un civil llamado Guido, pero fue un títere de los militares. Y tanto Frondizi como Illia se consagraron presidentes mediante elecciones que no fueron libres, porque el partido político más popular —el peronismo— estaba proscripto. Lo cual era como si le concediesen a River jugar el partido que definiría el campeonato, pero sin Alonso. ¿Cuál era la gracia?

Estábamos acostumbrados a que la Constitución dijese una cosa y la vida real otra. Los golpes tenían el mismo sentido que comer con demasiada sal: algo que los médicos critican pero hacemos de todos modos, para que la cosa tenga más sabor. Porque, a fin de cuentas, la vida tampoco cambiaba tanto entre los gobiernos civiles y los otros. Es cierto, todo era más adusto con los militares. Se prohibían obras y películas —más tarde supe que el tal Margaride, prácticamente mi vecino, había estado a cargo de una Liga de la Moralidad durante el gobierno de Onganía—, pero también se las prohibía durante los gobiernos formalmente democráticos.

Cuando los milicos estaban en el poder se repartían más palos que de costumbre, sí, pero nada más grave que eso. Si hubiese sido grave en serio, nadie habría producido humor a su costa. Y conste que ya sé que Landrú dibujó a Onganía como una morsa y que el presidente se enojó, convocándolo a la Casa Rosada. (Cuando el general Onganía llegaba al lugar que fuese, primero ingresaba su bigotazo y después el resto de su persona.) Pero, cumplida la formalidad del reto y de la prohibición de su revista, Landrú volvió a su casa lo más campante. Mis viejos retaban a mis hermanos de manera más convincente.

Una vez, cuando todavía era un crío, la familia viajó de vacaciones a Córdoba. Paramos en un boliche a almorzar, un lugar muy simple, y en un momento percibí un revuelo. Gente que se arremolinó, sonaron aplausos. Mis padres explicaron que ese viejito que acababa de entrar se llamaba Illia y había sido presidente. Se ve que lo miré con intensidad —era una pasa de uva, el tipo: traje raído de talla muy grande, no poseía nada de la majestuosidad que asociaba al cargo—, porque cuando pasó a mi lado, sonrió y me arremolinó el flequillo antes de instalarse en la mesa que le reservaban.

El descubrimiento me dejó girando como un trompo. Hasta entonces yo entendía que los presidentes tenían que ser tipos de uniforme, bigotón y cara de jodidos, como Onganía. La epifanía serrana me reveló que también existía otro tipo de presidentes, que no usaban uniforme sino pilcha cualunque y distaban de ser amenazadores, al contrario. Tendían a ser inofensivos, ya fuese porque se trataba de viejitos arrugados como Illia o de tipos que hablaban raro, como Frondizi.

En la noche del 23 al 24 de marzo —influenciado por Casildo, seguramente— tuve un sueño digno de Lewis Carroll, el papá de *Alicia*. Desfilaban por la calle unos militares de uniforme y gorra azul, perfectamente sincronizados, como marchaban cada 9 de Julio. (En aquel momento no reparé en que los uniformes debían ser verdes y no azules. Los que usaban uniformes azules eran los policías, no los militares.) Lo delirante era que, en vez de cabezas, tenían gomas de color rosa, como la parte de aquel útil escolar consagrada a borrar lápiz. Y en pleno sueño me reí de mi sueño, de mi imaginación capaz de concebir a milicos que en el pecho y la visera de sus gorras

llevaban el logo de la marca, ese que decía —y contenía dibujadas— Dos Banderas.

La mañana del 24 de marzo abrí un ojo, vi que había amanecido e imploré al cielo que mis padres se hubiesen quedado dormidos. Miré la hora en mi Seiko. Ya era tarde y todavía no había sonado el timbre con el que me despertaban desde abajo. (Mudarme a la habitación que existía en las alturas del patio había sido un triunfo. Solo se accedía a ella por una escalera que quedaba a la intemperie, lo cual significaba exponerme al frío y la lluvia cuando el clima conspiraba en mi contra.)

Al instante apareció mi vieja. Abrió la puerta, asomó la cabeza y anunció:

—Hoy no vas al Colegio. Cayó el gobierno, asumió Videla, hay asueto general.

¿Golpe? ¿Feriado? ¿No hay clases?

Es-pec-ta-cu-lar, pensé*.*

Hubiese querido seguir durmiendo, pero la noticia me despabiló. No cabía en mí mismo. Y empecé a hacer planes, todavía entre las sábanas, para sacarle el jugo al día de ocio que me había caído encima.

Tenía que pensar bien cómo administrar esa libertad que los milicos me habían regalado.

Según mi madre —la cinéfila original de la familia—, yo disfruté a pleno de la primera parte de *La novicia rebelde*: la más alegre y musical, cuando los chicos Von Trapp hacen monerías y Julie Andrews canta como un ángel. Pero capoté cuando la cosa empezó a ponerse espesa.

El tramo de los nazis lo atravesé dormido, y solo desperté al final.

19. En el baile

El mundo se desmoronaba y nosotros —Brenda y yo— nos enamoramos.

Siempre quise usar esa frase. Hoy voy a darme el gusto. Empero, para que funcione en el marco de este juego, es menester hacerle ajustes. Lo que se desmoronaba no era el mundo, sino la Argentina. Y además no se desmoronaba ostensiblemente, no señor. Al contrario, todo parecía funcionar del modo más normal, *business as usual.*

¿Los semáforos? Brillaban.

¿El transporte público? Circulaba.

¿Las oficinas, los bancos, los negocios? Abiertos.

¿Las construcciones? Crecían hacia el cielo.

¿Las escuelas, las universidades? Ordenadas.

¿Y la gente? Moviéndose por todas partes y haciendo lo mismo de siempre: conversar, comprar y vender, trabajar.

¿Y por qué funcionaba todo así, de modo impecable, a pesar de que —la historia lo revelaría con abundancia de pruebas, poco después— era verdad que el país implosionaba?

Esta es una pregunta a la que volveré, porque es esencial. El *to be or not to be* de la Argentina contemporánea. (De hecho, estoy

considerando la posibilidad de dedicarle un capítulo. Consistiría tan solo de la frase *¿CÓMO CARAJO LLEGAMOS A ESTO?,* pero con tipografía elefantiásica, de modo que quepa una letra por página.)

De momento, lo único que diré aquí es lo siguiente: 1) El ser humano es una criatura que se acostumbra a todo, incluso a lo peor; y 2) Nuestros mayores llevaban muchos años tolerando cosas que no debieron tolerar. Ejemplo: el 16 de junio del 55, una sublevación militar bombardeó la Casa Rosada, la Plaza de Mayo y alrededores, y mató a más de trescientas personas. Entre ellas, a los niños que viajaban en un trolebús. Toneladas de bombas, transportadas por aviones de la fuerza aérea nacional y lanzadas sobre población indefensa. Las imágenes que subsisten parecen tomadas en Gaza. Pero los responsables de la masacre no fueron castigados. ¿Y por qué? Porque demasiada gente coincidía con el fin que la acción perseguía y consiguió poco después, que era derrocar a Perón. Aplaudir, o por lo menos aceptar, que asesinos sean celebrados como héroes y que se los exima de responder ante la Justicia porque piensan lo mismo que vos significa cruzar un límite del cual no hay retorno. Sin el 16/6/55, el 24/3/76 no hubiese ocurrido.

Pero, claro, por entonces yo no tenía la más puta idea de todo esto. Entre otras razones, porque nadie, ni en mi casa ni en la escuela, me contó que semejante aberración había tenido lugar. Era un hecho negado, que no figuraba en los libros de historia. Lo habían desaparecido.

De todos modos, aun a esa altura —pongámosle fecha: abril del 76—, yo percibía algo que hacía ruido, que despertaba sospechas. Recuerdo una tarde de esas, mientras esperaba el colectivo a la altura de un bar. Yo tenía un libro a mano (¿para qué resignarse al

tiempo muerto pudiendo avivar la espera mediante aventuras literarias?), cuando me distrajo el tipo que estaba sentado en el local, al otro lado de la ventana. El mero hecho de observar a un tipo que tomaba café era raro en mí. ¿Quién preferiría enfocarse en un hombre común de Buenos Aires, si podía estar en la París de Cortázar, en la Londres de Dickens o en la Castalia de Hesse?

Y sin embargo, algo concitó mi atención. Me quedé contemplando a ese tipo —edad mediana, traje y corbata azul, mirada perdida— mientras levantaba el pocillo, soplaba el café, bebía un traguito, volvía a soplar y a beber, dejaba la tacita, miraba la nada y recomenzaba el ciclo. Su cigarrillo se consumía sobre el cenicero triangular de Cinzano. ¿Registró usted alguna vez, lectora, lector, una postal urbana menos memorable?

No entendí entonces por qué me la quedé viendo, y tampoco comprendí por qué mi cerebro se resistía a olvidarla. Pero, algún tiempo después —no demasiado—, conseguí descular la razón de la extrañeza.

El tipo estaba dedicado a la más trivial de las actividades: tomarse un café en un bar de Buenos Aires, mientras fumaba un cigarrillo. (Marca Particulares. El paquete languidecía sobre la mesa, hundido por una caja de fósforos Ranchera.) Pero había algo en su actitud, en su parsimonia, que sugería lo contrario de la naturalidad. Lo que sentí —lo que creí entender, finalmente— era que el tipo no estaba tomando un café. Estaba actuando una escena en la que tomaba café, o mejor aún: sobreactuando una normalidad que no podía estar más distante de lo que sentía en su alma.

Cosas que se le ocurren a uno a los catorce, cuando leyó demasiado.

Pero lo que yo pretendía contar aquí, antes de que la Historia argenta embotellase el tránsito, era el romance con Brenda. Consecuencia de la intervención de Font Leroy, que también tenía una hermana menor. Por entonces creíamos haber agotado al Dámaso en materia de oferta femenina y la Font Leroy nos abrió las puertas de otro colegio, este femenino ciento por ciento: el Lourdes. Tuvo lugar otro "asalto" y en ese contexto yo, que todavía penaba cual Werther el amor de Bárbara, le eché el ojo a Brenda. Que era una suerte de negativo perfecto de mi primer amor.

Donde Bárbara era rubia, Brenda era castaña oscura.

Donde Bárbara era grandota, Brenda era menuda.

Donde Bárbara era rotunda —me refiero a sus miembros inferiores, un tanto gambona, ella—, Brenda era delicada.

Donde Bárbara no encerraba más que promesa —verbigracia, su pecho—, Brenda contaba con un regio par de tetas.

Le declaré mi amor y estrené otro cuaderno Gloria.

Una noche, a fines de mayo, coincidimos en el primer baile formal de nuestras vidas. Ya no se trataba de la reunión en casa de un miembro del grupo, sino en la majestuosa sede del Club Italiano. Lo cual convirtió esa velada en algo especial: tan serio, que era casi adulto. Fuimos en manada pero nos perdimos en la marejada de adolescentes —el salón estaba atestado por la mitad de los *teenagers* de Caballito— y yo me dediqué al objeto de mi afecto.

En aquel momento el reino musical se dividía en dos categorías: "rápidos" y "lentos". Y durante algún momento de la función, los "rápidos" incluían la interminable mediocridad de Johnny Rivers y su "John Lee Hooker".

Al principio no discriminamos y le entramos a la música movida, respetando la ortodoxia que llamaba a dibujar la mitad de un rectángulo sobre el piso. Pero después nos concentramos en los lentos, que permitían la proximidad anhelada.

Mientras nos abrazábamos, casi no hablamos. No tenía sentido distraerse de los estímulos: el perfume, el roce del cabello, la cabeza amada sobre el hombro. Pero una de las tandas de lentos acabó demasiado rápido, y decidimos salir de la pista de baile.

Buscamos el sostén de una columna del salón y nos dedicamos a besarnos.

Qué universo insondable, el de los besos. De los contactos íntimos, es el único que no responde al imperativo genético —a la necesidad de la especie de aparearse e incurrir en multiplicación— sino a la creación cultural. Permite conocer al otro a través de músculos sensibles, descubrirlo, paladearlo. Era la primera experiencia de ambos en ese arte. Descubrimos que, además de los labios, existían las lenguas, y que esas bestezuelas demandaban sumarse a la exploración.

Estaba perdido en ese afán cuando sentí una mano pesada sobre mi hombro.

Pensé que era un amigo, haciendo gala de pésimo sentido de la oportunidad. Pero era un señor de traje, ancho como un ropero.

—Este es un salón familiar —me dijo—. ¡Compórtese!

No creo haber respondido algo coherente. Estaba avergonzado —no me puse colorado porque soy marrón— por la acusación que me singularizaba como protagonista de un hecho antifamiliar (¿prohibido para menores de dieciocho?), en el marco de una velada *apta para todo público*.

Con la perspectiva que concede el tiempo, doy fe de que aquellos besos eran ingenuos. Yo vestía traje y Brenda un vestido recatado. Éramos criaturas tímidas y esto lo expresaban hasta nuestros cuerpos, que se movían como si pidiesen permiso a cada paso. Y sin embargo, bastó el señalamiento de ese pretoriano de civil —de la comisión directiva del club, presumo— para hacerme sentir un animal lujurioso.

Brenda y yo nos distanciamos, con esa velocidad que solo cuadra en una emergencia. E hicimos lo que pudimos para ser acogidos nuevamente en el seno de la familia del Italiano, durante el resto de la noche. (Mientras tanto, mi vergüenza iba trasmutándose en furia. Me la pasé maldiciendo entre dientes al tipo con alma de cana que nos señaló como impuros: *¿Quién te mandó, hijo de puta? ¿Te tiró unos mangos mi "amigo" Catón?*)

A la salida conocí a los padres de Brenda. Él era pelado, alto, tenía un vozarrón grave y un bigotito que sombreaba apenas su labio superior. (Se parecía a Videla, el presidente de la Junta Militar. No le recomiendo a nadie granjearse un suegro parecido a Videla.) Pero ella, su mamá, era un personaje.

Tiempo atrás yo había leído uno de esos libros de la colección Grandes Novelistas que mi madre devoraba, y que tenían que ver con aeropuertos o con aviones presidenciales que desaparecían. El protagonista se enamoraba de una chica y, durante la fascinación inicial, recordaba que alguien le había señalado lo siguiente: que uno debe fijarse en la madre de su amada, para tener en claro cómo se verá la elegida dentro de veinte o treinta años. Hoy en día un razonamiento así sería descalificado por machista. Pero en aquel momento se lo consideraba válido —formaba parte de un *best seller*

—, y por eso me dediqué a estudiar a mi suegra a la luz de su sabiduría.

No había forma de que Brenda se pareciese a su madre treinta años después, porque no podían ser más distintas.

Ambas eran bajitas, sí. Pero Brenda tenía ojazos y su madre ojitos. Y donde mi novia exhibía piernas delicadas y un culito bien formado pero discreto, su madre era otra criatura por completo.

Mi suegra me arrancó de los pilotos de Robert Serling y me trasladó a otro tipo de literatura. En uno de sus relatos, Cortázar se refiere a una mujer que tenía un culo tan, pero tan grande, que su familia vivía en el permanente temor de que un día cayese para atrás y ya no pudiese levantarse.

A no ser que experimentase una metamorfosis tan demorada como fuera de control, mi novia no tenía posibilidad de desarrollar un culo semejante.

Por suerte entré en razón y me distraje, dirigiéndome a Brenda y buscando con la mirada a algún amigo, entre la correntada que abandonaba el club. Porque si me interpelaban, ¿quién iba a creerme que pensaba en Cortázar, mientras bajaba por las escalinatas del Italiano?

Mirar el culo de tu suegra también era inapropiado en un club familiar.

20. Todo lo que usted siempre quiso saber sobre el sexo, explicado por un cura

Los cambios en lo académico fueron imperceptibles, porque los contenidos no ameritaban gran revisión. Siempre habían estado desconectados de la realidad. Eran un cúmulo de saberes tradicionales, generalistas, elementales. La única excepción fue ERSA. (Lo reitero, porque sé que no se trata de una sigla común: Estudio de la Realidad Social Argentina.) Esa materia fue jubilada de inmediato.

Muchos lo lamentamos, porque Palito no volvería a aleccionar a las nuevas camadas con las equivalencias a que apelaba para demostrar la importancia de las cosas. (Por caso: para probar la magnitud de la represa de El Pachón que el gobierno de los Perón quería construir, echaba mano al ejemplo de una represa hecha y derecha que ya conocíamos —El Chocón— y producía la siguiente ecuación: 1 Pachón = 5 Chocones, que nosotros repetíamos, como quien memoriza la tabla del 2. Producía una simpática aliteración: 1 Pachón = 5 Chocones, 1 Pachón...) Pero, ante todo, lamentábamos que las almas frescas fuesen a perderse el sermón sobre la importancia de trascender el individualismo, para engendrar esa entidad superadora llamada *ustedes mismos.*

El adolescente es una criatura veleidosa. Demoramos nada en dejar de pensar en el pasado para dedicarnos al cotilleo —ardoroso, sí, pero a la vez *sotto voce*— que generó una novedad curricular.

No existía espacio académico que contemplase la educación sexual del alumnado. Sin embargo, el tema preocupaba a las autoridades. O tal vez desvelaba a los padres que elevaron un planteo al rector, en su condición de testigos de nuestros cambios hormonales y su derivación compulsiva.

Lo cierto es que el rector instruyó a su equipo para que tomase cartas en el asunto. Lo cual dio por resultado la generación de clases especiales, a partir de un *approach* pedagógico que combinó academia y terror.

Como primera evidencia, se demostró que el equipo del rector era penosamente inadecuado para abordar el tema. Un día volvimos al aula al finalizar un recreo, y en lugar de la clase prevista nos topamos con el padre Ignacio y el diagrama que había desplegado en el pizarrón. Era un dibujo primoroso, para el que usó tizas de colores, que ocupaba la pizarra entera.

A simple vista parecía la cabeza de un insecto, con ojos desprovistos de pupilas y una suerte de probóscide o trompa como la de las moscas. Pero las palabras que nombraban cada parte de ese sistema (*Falopio, endometrio, cuello uterino*) remitían a un universo que no era entomológico. Y las risas de los compañeros que comprendieron al toque confirmaron al resto que la cosa no era lo que parecía. La palabra que figuraba debajo de la ilustración, escrita por el padre Nacho con primorosa letra inglesa, era la siguiente:

V a g i n a

El cura hizo lo que pudo por sobreponerse a la incomodidad y arrearnos a través de una serie de nociones anatómicas. Fue valiente, sin apartarse nunca del territorio de la neutralidad diplomática. Y conservó la seriedad, incluso durante el más equívoco de los tramos de la "clase": aquel que abrió a preguntas del alumnado, y en el cual nadie consiguió preguntar nada sin deshacerse en risas o ser apabullado por las chanzas del resto.

Es que la situación era absurda. No existía nadie más inapropiado para hablarnos de una concha (aunque fuese de una concha por dentro) que el padre Nacho, más virgen que el buen aceite de oliva. Si el Lito Pafundi hubiese dado una clase sobre la Santísima Trinidad, el resultado no habría sido más disparatado.

Para la segunda clase especial, las autoridades se aseguraron de obturar toda posibilidad de que surgiesen risas nerviosas.

Hubo otro recreo, a cuyo término no obtuvimos la clase que esperábamos sino algo fuera de programa. Habían bajado las persianas y apagado las luces, razón por la cual nuestra aula estaba oscurecida. Delante del pizarrón había una pantalla blanca y en el fondo del aula brillaba la lente de un proyector.

Anunciaron que mostrarían un film documental, pero nos mintieron.

Lo que proyectaron fue una película de terror.

Era un relato de tono documental, eso es cierto. Pero su tema era terrorífico: las enfermedades venéreas. Y su género era el *gore*, porque se regodeaba en la mostración de las imágenes más cruentas: chancros sifilíticos, pijas putrefactas —todo aquello que nos esperaba, en caso de meter el pito en ese hoyo radiactivo que las mujeres tienen entre las piernas.

El aire se llenó de expresiones dislocadas: agh, uj, ick, no, puaj, basta, urgh, por favor. Froi empezó a cantar una versión de "Rasguña las piedras" que decía: *Un chancro sí que duele / que duele demasiado / te ruego que comprés penicilina*. Durante un instante temí la reedición del campamento y que el piso del aula se convirtiese en otro plato de Vitina hedionda. (El único que vomitó fue García Moret, pero tuvo la deferencia de hacerlo afuera, después de abandonar el aula a la carrera.) Pero la mayoría evitó el desastre a partir del expediente de voltear la cara o hundirla en el nido de sus brazos, tumbándose sobre el pupitre, hasta que la tortura concluyó.

Cuando volvieron las luces, estábamos todos pálidos y jadeantes. Era como si hubiésemos asistido, desde la primera fila, al descuartizamiento de Tupac Amaru.

Y así concluyeron las dos "clases" que, durante los cinco años de la cursada, fue todo lo que recibimos en materia de educación sexual.

21. El Evangelio beat

Lo que me acercó a Zerpa fue la devoción por los Beatles.

Yo los escuchaba obsesivamente, desde que era una criatura. Me fascinaban sus dibujitos animados. Como todavía no había tocadiscos en casa, recibía su música por teléfono. Llamaba a la prima de mi madre, que tenía un single con cuatro canciones: "I Saw Her Standing There", "Twist and Shout", "Misery" y "Anna (Go to Him)" . Ella lo echaba a andar y dejaba el tubo cerca del parlante del combinado mientras yo, del otro lado, bailaba tensando el cable del teléfono.

Mi primer disco fue la compilación *1962-1966*, aquella con un fondo de tapa de color rojo. Llegado el momento, la misma prima de mi madre me hizo socio de un club de melómanos que me permitió comprar el disco azul (*1967-1970*) con descuento. Toda moneda que caía en mis manos era consagrada a la causa, ya fuese para pagar un póster nuevo o para bancarme la enciclopedia en fascículos que durante los años 70 se les dedicaba y el kiosquero Fernández guardaba para mí, religiosamente.

Un 31 de diciembre, a Juan Alberto Badía se le ocurrió dedicar la sección beatlemaníaca de su programa de radio a difundir grabaciones inéditas. Me pasé la cena de Año Nuevo con el grabador

Sony a cuestas. (Mis viejos se lo habían comprado a mi tío Tincho, que lo trajo de afuera. No era moco de pavo, tenía las dimensiones de una valija pequeña.) Y a la hora de los brindis, le di la espalda al mundo para escuchar a los Beatles cagándose de risa mientras destrozaban "Bésame mucho".

Por esa razón fue desafiante toparme con alguien que parecía saber y disfrutar del tópico tanto o más que yo. Zerpa venía de fábrica con la ventaja de dos hermanas mayores, de quienes había heredado los viejos discos, memorabilia y hasta ediciones originales de Apple. (Gracias a él descubrí a Badfinger, una de las producciones de McCartney para el sello que los Beatles crearon.) Tocaba la guitarra a pesar de que tenía un dedo mocho, consecuencia de un accidente casero. Y contaba con un Winco en su habitación, lo cual nos permitía escuchar música durante horas, sin intromisiones. El Ken Brown de casa estaba en el comedor, lugar de paso obligado y por ende desprovisto de intimidad. El Winco de Zerpa convertía su cuarto en un capullo perfecto, en un mundo aparte —un templo.

Era de los veteranos del colegio, pero había sido condenado a una suerte de ostracismo. Durante dos años nos rondó como perro parrillero, a la espera de que cayese al suelo algo comestible. Pero nunca se lo invitaba al banquete. Debía haber alguna razón para que los veteranos lo mantuviesen a distancia. Aunque la situación me intrigaba, preferí no hacer preguntas. No fuese cosa de que la curiosidad reavivase inquinas, algo que estaba en las antípodas de mi intención.

Un día de ese año 76 debo haber hecho un comentario sobre los Beatles, y Zerpa se abalanzó sobre la oportunidad como la mosca a la miel. La conversación se prolongó fuera del colegio, durante el

tramo que compartimos la caminata de retorno. (Él vivía más cerca que yo, sobre Fragata Sarmiento.) Una tarde me invitó a su casa y ofició de guía del tour mágico y misterioso que era esa habitación símil museo Beatle.

Zerpa me impresionó como un tipo culto e inteligente. Me agradaba su compañía. Lo cual no hizo más que ahondar la intriga. ¿Qué falla tenía que escapaba a mi escrutinio? Hice una lista de los miembros del grupo y reparé en que casi todos éramos hermanos mayores. ¿Podía tratarse de una conspiración en contra de los benjamines? Claro que no: Alarcón también tenía hermanas mayores y estaba integrado a nuestra comunidad, a pesar de que era tan nuevo como yo.

Pronto entendí que Zerpa no tenía falla alguna. Simplemente era intenso y melodramático. Y esto contrariaba a sus excompañeros de primaria, que pretendían pasar por flemáticos y elegantes. (Los Señores eran la clase de gente que discutía a muerte que vivía en Floresta y no en Villa Luro. La palabra *villa* les sonaba fea.) Quizás a consecuencia de la diferencia de edad con sus hermanas y de que sus padres eran añosos, lo que Zerpa necesitaba era atención. Y yo había venido a este mundo con disposición a escuchar. Así como devoraba libros, películas, historietas y series, prestaba mi oreja a lo que los demás tenían para decir. ¿No se trataba del mismo don, del superpoder de mi alma —confeccionada en tela *stretch*, como la bolsa de Papá Noel— para almacenar historias ajenas?

Como la mayoría de nuestros intereses eran comunes —la música, la literatura, la escritura—, Zerpa y yo tardamos poco en evolucionar de compañeros a camaradas. Y mi intercesión sirvió para incorporarlo a las actividades del grupo. Aun así, la distancia

impalpable que lo separaba de sus viejos compañeros nunca desapareció del todo.

La otra razón que lo tornó entrañable —más allá de mi capacidad para escuchar sus efusiones, quiero decir— fue el hecho de que yo también me identificaba como intenso y melodramático. Solo que Zerpa era transparente al respecto, mientras que yo tendía a disimularlo.

Sabía qué siente un marginado, porque la experiencia no me era ajena.

El romance con Brenda prosperaba. Iba seguido a su casa —vivía en un departamento pequeño, con sus padres y su hermana mayor —, donde se me trataba con deferencia. La visitaba con tanta frecuencia que mi padre se burlaba, llamando a Brenda "la fragancia de todas las horas", como el *slogan* de un viejo perfume.

Por aquel entonces yo favorecía el uso de una prenda que me hacía sentir apuesto. Algo infrecuente, porque me pesaba el hecho de conservar los cachetes que arrastraba desde niño. (Sentía que me infantilizaban, subrayaban el hecho de que yo era el más pequeño. Uno de mis compañeros del *team* veterano tuvo el descaro de decir que mi cara podía ser dibujada con compás. Fue un comentario inocente, pero yo le hice la cruz. Si digo que volví a dirigirle la palabra una vez más, estaría exagerando.) Se trataba de lo que llamábamos *polera*: un suéter de cuello alto, en este caso de un celeste mustio, con el pecho cruzado por una franja de color. Según la lectura que yo hacía del espejo, esa polera me sentaba bien. Y por eso la adopté. Más que una vestimenta, se convirtió en mi uniforme —*la fragancia de todas las horas*, versión indumentaria.

Durante el invierno, el atuendo rindió. Abrigaba y lucía bien a la vez. Pero con la primavera se elevaron las temperaturas. Y yo me había encariñado tanto, que me negaba a arrumbar la polera en el placard hasta que retornase el frío. Prefería arremangarla a quitármela. (Estuve a la vanguardia de Sonny Crockett, que una década más tarde patentó, desde la serie *Miami Vice*, la moda de arremangarse el saco/chaqueta sport.) Con tal de no perder mi estilo, toleraba el calor sin chistar.

En ese tiempo mis padres fueron negligentes, aunque su situación no se parecía a la de los Zerpa. Los Zerpa eran un matrimonio de edad superior a la media, y habían agotado con las hijas mayores la energía que requiere criar a un ser humano. Mi amigo había llegado a destiempo, como un descuido o un hurra final, cuando sus viejos no querían más lola. Eso los justificaba: los Zerpa eran la mar de agradables, pero ya no les quedaba cuerda para lidiar con un adolescente complicado. Mis viejos, en cambio, abusaban de mi condición de criatura autosuficiente.

Yo siempre había sido un niño tranquilo y responsable, al que no había que estarle encima para que recordase sus tareas y que las resolvía sin ayuda. No armaba bulla ni rompía cosas, era casi como si no estuviese allí. Si se me daba a elegir, prefería quedarme en casa leyendo o dibujando, antes que ir a la plaza. En consecuencia, había malcriado a mis padres. Se pensaron que tener un hijo era tan fácil como eso —convivir con un monstruito que se las arreglaba solo para casi todo— y por eso terminaron pagando el precio. Criar a mis hermanos menores, que eran niños normales y por eso olvidaban hacer la tarea o necesitaban auxilio para entender algo, se les hizo cuesta arriba. ¡Descubrieron de repente, cuando creían dominado el

partido, que ser padre daba trabajo! Y lo sobrellevaron malamente, en particular mi madre, que ya rabiaba con las tareas de la casa y rechazaba perder aún más tiempo lejos de sus crucigramas y sus libros para definir un platelminto o recordar qué *cazzo* era una raíz cuadrada.

También sufrieron mi aparente falta de curiosidad respecto del tema sexual. Se ve que el especialista Escardó o quien corno fuere les había sugerido no forzar la cosa, esperar a que el adolescente formulase preguntas. Pero como en materia de conocimiento me había acostumbrado a rebuscármelas —tengo vocación de autodidacta, Google es la respuesta divina a mis rezos—, no pregunté nada. Y ellos, en su ansiedad, consiguieron una serie de folletos que repartieron por lugares que estaban seguros de que yo esculcaría. Por ejemplo, la biblioteca del consultorio de mi padre, llena de volúmenes sobre odontología pero con lugar, también, para un instructivo ejemplar de *El amante de Lady Chatterley*.

La cuestión fue que yo descubrí los folletos y los leí concienzudamente... pero después los devolví al sitio donde los había encontrado, sin dejar rastros de mi intervención. Razón por la cual mis padres siguieron creyendo que el tema sexual me era ajeno. De todos modos, su voluntad de instruirme fue más bien paradójica, por no decir limitada. Así como dejaron a mi alcance material didáctico, escondieron el ejemplar de *La isla de las tres sirenas,* de Irving Wallace, que estaba en la biblioteca de mi padre junto a *Chatterley* y al que yo consultaba seguido, en busca del solaz que producían las escenas de cojinche en la Polinesia.

Esos padres se habían habituado a convivir con un protoadulto que hacía la suya, sin molestar salvo para lo imprescindible. Yo había

evolucionado de niño-ostra a adolescente-ostra, encerrado en mi cuarto salvo para ir a la escuela o visitar a mi novia fragante. En casa, solo salía de la caparazón para cenar y ocasionalmente ver algo en la tele. (Algún show de Les Luthiers, o miniseries como *QB VII* y *Yo, Claudio*.) Y mis padres habían aprendido a pasar de mí. Ni siquiera, al atravesar el trámite de darme un beso, eran capaces de advertirme que antes de salir lavase mis axilas, usase desodorante y prescindiese de esa polera que olía a chivo. Y así me dejaban circular por la vida, inmune al hedor de mi transpiración. Era la versión humana del zorrino de los dibujitos de la Warner, Pepe Le Pew: estaba enamoradísimo, sí, y apestaba sin darme cuenta.

Cierto día, uno de los compañeros del *team* veterano me invitó a cenar en su casa. Y durante la comida, su padre se ocupó de hacer notar que mi natural fragancia interfería con su apetito. No podría precisar ahora si lo hizo de un modo elíptico, que pensó que yo no entendería; o si la vergüenza fue tan grande que preferí bloquearlo, como si no hubiese oído nada. Lo cierto fue que, a partir de entonces, me convertí al mismo tiempo en un obsesivo catador de higiene personal y en el tipo que reprochó siempre a sus padres que no lo hubiesen cuidado, aunque más no fuese para ahorrarle bochornos.

Yo quería a Zerpa porque, a pesar de nuestra posición opuesta en la escala social —no pregunte cómo, lectora, lector, pero yo me había convertido en un muchacho popular, aun a pesar de mi perfume *sauvage*—, lo consideraba un par. Entendía perfectamente cómo era eso de sentirse descuidado, a la deriva, librado a la buena de Dios. Yo era Pepe Le Pew y él era ese perrito pequeño de otro *cartoon* de la Warner, que trata de congraciarse con el perro

grandote mientras le habla de forma maníaca y le salta alrededor. Nos unía la misma clase de desventura animada.

Pero, por sobre todo, éramos profetas de la misma fe. Proclamábamos al mundo el Evangelio Beatle, *all you need is love*. Una historia con forma de parábola, que partía de la conciencia individual condenada al egoísmo —su primer simple se llamaba "Please Please Me", o sea: *por favor, compláceme*— y arribaba a la iluminación de quien entiende que no hay realización posible si los que te rodean están sufriendo —su última canción formal, "The end", decía: *Y al final, el amor que recibas será equivalente al amor que hayas creado*.

Así como el cristianismo se funda en un libro que cuenta la misma historia desde cuatro puntos de vista —los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan—, la religión musical que Zerpa y yo profesábamos era la del Evangelio según John, Paul, George y Ringo.

22. El quilombo, la normalidad y viceversa

Yo no vi nada, durante el 76, que no fuese mi circunstancia inmediata. Vivía dentro de una burbuja de paredes ahumadas. Todo lo que ocurría afuera quedaba reducido a manchas. Tenía mucho con qué entrenerme y de lo que disfrutar: mi amor por Brenda, la música, los amigos y el éxito en el Colegio, donde ya se me consideraba un referente de mi entorno, con madera de líder. Y además la editorial Minotauro, que Froi me recomendó, se había convertido en una adicción. El universo de posibilidades que abrió a mi imaginación parecía infinito.

Durante aquella primavera leí *El hombre en el castillo*, de Philip K. Dick. Fue mi descubrimiento de la ucronía como recurso narrativo: *ucrónico* es un relato que cuenta qué podría haber pasado si, en algún punto de su cronología, la Historia hubiese tomado un curso distinto. La novela de Dick imagina cómo sería la cosa si la Segunda Guerra hubiese sido ganada por el Eje y el mundo estuviese dominado por Alemania y Japón. Pero además *El hombre en el castillo* me condujo al *I Ching* —o *I King*, como lo llama Borges en un poema— y su percepción de las infinitas variables que la vida despliega a cada segundo.

En la variable que elegí entonces, decidí no hacerme cargo de las señales siniestras que chocaban contra mi pompa de jabón. Un compañero comentó la desaparición del póster del Che Guevara que estaba pegado en el salón de Catequesis. Yo ni siquiera había reparado en la imagen, durante el tiempo que estuvo integrada al paisaje. ¿Quién era el Che Guevara, a los efectos de concitar mi atención? ¿Acaso era Batman, o James Bond, o Lennon, cuyos méritos no hubiese discutido?

Así como no había reparado en su presencia, tampoco me perturbó su ausencia. La renovación de la iconografía me pareció un paso en la dirección del buen gusto. Salieron las fotos de gente pobre y las postales de Latinoamérica, desplazadas por sublime imaginería religiosa. (La ubicuidad que adquirió el *Cristo de San Juan de la Cruz*, de Salvador Dalí, fue portentosa. Tal vez a cuenta de la originalidad de ese Jesús que flota encima de la Creación, como si la ley de la gravedad ya no se le aplicase, cada vez más distante de nosotros.) Por aquel entonces se nos sugirió que la edición que conocíamos como Biblia Latinoamericana había perdido el favor de la autoridad eclesiástica. En consecuencia, nos proveyeron de data sobre versiones superadoras que debíamos solicitar a nuestros padres.

Mi mundo privado era demasiado importante. Su envase ameritaba un octógono negro con la leyenda: *Alto valor en materia de entretenimiento, exceso de contenido calórico.* Si algo me parecía insensato era perder tiempo precioso en la banalidad del mundo.

Sin embargo, algo seguía perturbándome. Un malestar que crecía en dosis mínimas, apostando a que me habituase antes de advertir el incremento. Así llega un día en que te das cuenta de que ese

ruido de fondo, esa nota molesta, resonaba en tus oídos desde hacía rato. (Este fenómeno existe, se llama *tinnitus* o acúfeno.) Y ese mismo día, al despabilarte, comprendés que la nota en ostinato que venías oyendo suena a un volumen nuevo, demasiado fuerte, y que ahora no oís otra cosa, o que todo lo demás queda en segundo plano.

Pero mi estado de sospecha era incipiente, aún. Me sentía como el Pato Gómez cuando registraba el plic plic plic de las tizas picando sobre el pizarrón, sin identificarlo ni reparar en las marquitas blancas, y por eso decía:

—Ustedes se creen que no me doy cuenta de que está pasando algo. ¡Pero me doy cuenta!

Yo me daba cuenta. Pero, al igual que el Pato, no pescaba qué era ese algo que había empezado a ocurrir.

Lo que sí alcancé a identificar antes de que terminase el 76 fue lo siguiente.

A fines de marzo y durante el abril incipiente abrí los ojos, en busca de signos de una realidad alterada. Hubiese sido lo más lógico, lo esperable. Veníamos de tiempos turbulentos: manifestaciones, bombas, vehículos siniestros, ametrallamientos en lugares públicos. (Al pobre de Rucci lo habían bajado a pocas cuadras de casa, sobre Avellaneda al 2900.) ¿No era razonable que, con el asalto al poder de las Fuerzas Armadas, las remezones se incrementasen antes de amainar? Cuando se pone coto a los revoltosos hay que gritar más fuerte que ellos y pegar palazos más duros, ¿o no?

Pero nada de eso ocurría. A partir del 24 de marzo no existió otra cosa que calma chicha. Por supuesto que hubo retoques cosméticos,

al igual que en el salón de Catequesis. Ciertas imágenes desaparecieron, capas de pintura cubrieron los *slogans*, los afiches y las consignas que se superponían en los muros de la ciudad. Pero eso era lo que ocurría con las cosas que pasan de moda, ¿o no? Cambian los afiches y las consignas: eso es lo normal, porque el mundo sigue andando. Y todo era normal en derredor: la gente, su febril actividad. Muy normal, todo. Re normal. Recontranormal.

Cierto día, cuando todavía me preguntaba por qué me había intrigado el tipo que tomaba café en el bar, comprendí que la extrañeza derivaba de su condición de pionero, de adelantado. Tan pronto arrancó el Proceso de Reorganización Nacional —así se bautizó aquel golpe militar, con un retintín kafkiano que no se me escapó—, el tipo comprendió que su deber era dar el ejemplo, procediendo a actuar lo más normal que pudiese. (Re normal. Recontranormal.) Porque aunque ya no se pudiese andar por las calles a los gritos como antes, había que expresar de algún modo la conformidad con el Proceso y su reafirmación de los valores occidentales y cristianos. ¿Y qué mejor, entonces, que hacerlo a través del cuerpo, interpretando la normalidad del modo más deliberado?

Eso me tranquilizó. Entender que no era raro que no hubiese nada raro. Y que el ejemplo del Dedicado Bebedor de Café había cundido, y que ahora todo el mundo actuaba normalidad con una inmersión total en sus personajes, propia del Actors Studio. El colectivero actuaba de colectivero con gran persuasión. A Fernández, el del kiosco, Fernández le salía mejor que nunca. Hasta mis padres actuaban de padres. (Digno del Oscar, su desapego de entonces. Por

lo menos hasta que empecé a desviarme de mi propio papel y se volvieron locos, pero de eso hablaré en breve.)

Si hasta la ciudad se interpretaba a sí misma a la perfección. El director Videla le había procurado la marcación a través del megáfono, desde su sillita plegable con respaldo de lona: "Hagamos otra toma, solo que ahora trate de mostrarse todavía más normal. Re normal. Recontranormal". Y la ciudad respiró hondo, tronó las vértebras de su cuello y esperó la voz de acción con los ojos cerrados, para lanzarse entonces a hacer su parte: mostrarse ruidosa, vital, creativa, llena de calles y vigilantes y edificios y negocios y vigilantes y plazas verdes y parque automotor y vigilantes y humo y sol y lluvia y vigilantes y laburantes y alumnos y jubilados y perros —perros vigilantes, perros policías.

Una ucronía posible, en materia de historia argentina, sería que aquel golpe militar no hubiese llegado nunca. En cuyo caso, por aquel entonces habríamos estado sumidos en campaña política. Porque ya estaba previsto que en octubre se votase para elegir un presidente y que el 10 de diciembre debutase nueva administración. Por supuesto, como veníamos de regios quilombos esa campaña hubiese sido agitada también, tanto como lo hubiesen sido los primeros tiempos del flamante inquilino de la Rosada.

Pero a ese tipo de quilombos estábamos acostumbrados, así que nadie se habría despeinado.

Hasta donde había podido experimentar en catorce años de vida, el quilombo no era quilombo para los argentinos, sino lo más parecido a la normalidad que conocíamos.

En cuyo caso, la calma chicha significaba lo contrario.

23. Faltas

El primer día que faltó Froi no registré su ausencia. Al segundo percibí que no estaba y me cayó la ficha de que tampoco lo había visto el día anterior. Al tercer día de ausencias consecutivas, la curiosidad me ganó. Interrogué a algunos compañeros, aquellos que parecían más apegados a Froi a pesar de su tendencia a mostrarse arisco. Ninguno sabía a qué se debía su defección.

Aproveché un recreo para mandarme a la Secretaría.

Ele Cruz puso cara de estar pensando, acudió a un bibliorato y dijo que el padre de Froi había dado parte de enfermo. Quise saber de qué enfermedad se trataba. Ele respondió que no tenía ni idea y cerró el libraco, como quien mata un moscardón. Estuve a punto de insistir para que confirmase que no se trataba de algo grave, pero desistí. Y volví al patio, prometiéndome que si Froi faltaba mañana también, averiguaría su número y lo llamaría para preguntar qué pasaba.

Al día siguiente Froi volvió a faltar. Pero yo estaba en otra.

Había encarado el enamoramiento con la intensidad que me era propia. (Insisto: Zerpa y yo éramos intensos pero nuestros estilos diferían, como los de un actor de cine y otro de teatro. Lo mío era el gesto mínimo en el primer plano, la concentración del rayo láser,

mientras que Zerpa actuaba para que sus gestos interpelasen hasta al espectador del gallinero.) Y entre la asiduidad de mis visitas a *la fragancia de todos los días,* las lecturas de Minotauro y el tiempo que requerían los poemas que copaban el Gloria, había descuidado mi rendimiento académico.

Nada del otro mundo, simplemente bajé el promedio de mis notas. Aunque algunas de ellas, lo admito, habían entrado en la zona de peligro que ponía en entredicho la posibilidad de aprobarlas. (La más inquietante era Matemáticas, desde que era la que más me costaba y menos me interesaba, no necesariamente en ese orden.)

Esto dio pie a que mis padres recordasen que eran mis padres y reclamasen un esfuerzo superador. Les reconozco su derecho a emplazarme, planteaban algo que no podía discutir. Lo que me indignó fue el garrote que emplearon para ponerme en caja. ¿Garrote, *a moi*: el alumno ejemplar de toda la vida, el *self-made student*, el tipo al que no habían dedicado ni cinco minutos para ayudarlo en los deberes? ¿Dónde estaba la fe que había acreditado en mi haber? ¿Acaso no había ganado, durante mi década de escolaridad intachable, el beneficio de la duda? ¿Primera vez que me descuidaba, y no se les ocurría nada mejor que tratarme como a un burro y limitar mi contacto con Brenda hasta que levantase las notas?

La idea de rebelarme no se me cruzó, siquiera. Por aquel entonces no formaba parte del menú de lo que creía posible. Yo era el buen hijo proverbial, José Corrección. (¿No había corregido, y por las mías, hasta la sobreactuación de mis axilas en materia de sudor?) En consecuencia, debía acatar la imposición de mis mayores, aun cuando la considerase injusta.

En lugar de la rebeldía, lo que probé fue el sabor de la furia. Que en aquella ocasión se me antojó un plato frío. Me tragué la bronca, le informé a Brenda que la incomprensión nos condenaba a espaciar encuentros y me aboqué a los manuales, rechinando los dientes.

No costó mucho levantar las notas, más allá del tiempo que se tomaron los guarismos hasta ser plasmados en el boletín. Pero el día que me lo dieron para que lo sometiese a la firma del "padre o responsable", como al fin de cada bimestre, consideré que su mostración no depararía toda la satisfacción que ansiaba. Entonces me agencié unas monedas y compré una cartulina grande.

Diseñé allí un cuadro o gráfico que listaba las materias que tenía flojas, las notas viejas que habían concitado la alarma y las notas nuevas que obtuve, ganándome la redención con creces. Le puse por encima el título MIS NOTAS, en letra tamaño catástrofe dramatizado por el color rojo. Y cerré el *acting* yendo al dormitorio paterno, subiéndome a la cama y pegando la cartulina en la pared, por encima de la cabecera del mueble.

Ese fue el modo que elegí para informarles de mi desempeño.

Debería leer ese acto como germen de mi decisión de estudiar periodismo. A fin de cuentas, en vez de hablar, decidí expresarme a través de una publicación, cargada de datos objetivos, fácilmente comprobables. (La primera de *mis notas* en el terreno de la no ficción.)

No pudieron retrucar nada, más allá de quejarse respecto de mis modos. Pero años más tarde se la cobraron. En los estertores de la dictadura, cuando promediaba la carrera de Periodismo en la Universidad de Lomas, conseguí mi primer trabajo estable en un diario nuevo, de impronta peronista. Yo de peronista no tenía nada,

pero estaba agradecido por la oportunidad y orgulloso de mis compañeros, gente adorable y generosa. En consecuencia, cuando llegaron las elecciones que marcarían el retorno de la democracia —mis primeras elecciones como votante, justo cuando había llegado a los veintiuno, recién graduado de adulto—, decidí votar por el candidato peronista, que se llamaba Ítalo Luder.

Con el tiempo agradecí que no hubiese triunfado. Pero durante esos meses de primera campaña en una década, y en proporción a mi entusiasmo por el diario y los colegas, mis padres hicieron gala de un gorilismo que yo nunca había percibido a ese extremo. Antes que entusiasmo por el candidato radical, Raúl Alfonsín, parecía motivarlos el rechazo a la opción peronista por la que yo me jugaba, llevado por mis emociones.

El día señalado voté por vez primera y me fui a la redacción, a trabajar. La algarabía inicial cedió paso al abatimiento, a medida que los guarismos que consagraban a Alfonsín fueron incrementándose. (Depresión que se potenció después, cuando el diario cerró sus puertas. La empresa había sido el pleno que unos aventureros apostaron a la posibilidad de la victoria. Cuando no se concretó, quedamos todos en la calle.)

Regresé a casa en la madrugada del lunes, y descubrí que mis padres habían dejado un obsequio. Ocupando una pared de la cocina estaba un afiche de la campaña de Alfonsín, con el sello que reproducía sus iniciales (RA, como la República Argentina) y la foto donde se lo veía haciendo su gesto identitario, estrechando ambas manos y levantándolas por encima del hombro izquierdo. Mis padres habían pegado el afiche antes de irse a dormir, para que lo viese si

pisaba la cocina en busca de soda o un bocadillo, o a la mañana siguiente, cuando pretendiese desayunar.

Fue la forma que encontraron de refregarme por la cara el triunfo de Alfonsín. Sentí que, en la foto, el presidente electo no estrechaba sus manos, sino que me dedicaba un corte de mangas.

Al lunes siguiente Froi volvió a faltar. Antes de que terminase el día escolar conseguí el teléfono de su casa, y esa tarde lo llamé.

24. El hombre en su castillo

La casa de Froi quedaba a metros del parque Chacabuco, sobre la calle Santander. Un chalecito de dos plantas, con jardín al frente y entretejido de alambre en vez de reja, como los que se construían para los empleados cuando el ferrocarril era inglés. Era una casa simple e intemporal, cuyo jardincito estaba lleno —pero *lleno*— de gatos.

Toqué el timbre y esperé. A distancia, a través de un postigo, una voz masculina preguntó qué quería. Al instante asomó el padre de Froi, que hasta donde sabía era médico. Un hombre bajito, morocho, de pulóver a rombos y corbata bordó, que ni siquiera se gastó en sonreír. Concluí que los ojos azules de mi compañero provenían de otra rama familiar. Y recordé un comentario, según el cual la madre de Froi estaba muy enferma.

Cuando entré en la penumbra de la casa, no percibí signos de presencia femenina: no había música ni sonaba la radio, no vi retratos familiares, no olía a cera ni a lavandina. Allí adentro también había gatos, aunque no tantos como en el jardín.

—Segunda puerta a la izquierda —dijo el padre de Froi, guiándome hasta la escalera. Al instante desapareció.

Subí, escoltado por tres o cuatro de los gatos. Golpeé la puerta. Me llegó un murmullo, palabras que no superaron el filtro de la madera. Uno de los gatos maulló a mis pies. Se me ocurrió —mire usted qué tontería— que me invitaba a abrir directamente, sin volver a golpear. Opté por abrir apenas, pedí permiso y recién entonces entré. Pensé que los gatos se colarían conmigo, pero no. Prefirieron quedarse en el umbral.

Froi estaba en su cama. Se lo veía bien, aunque un tanto pálido. La sonrisa irónica que constituía su *trademark* no se había alterado.

Sugirió que acercase la silla que estaba junto a su escritorio. Pero al instante lo pensó mejor.

—Mirá tranquilo —dijo.

Porque yo me había quedado prendado de la biblioteca.

Agradecí la oportunidad, pero al menos tuve la decencia de preguntarle cómo seguía, mientras escaneaba lomos de libros.

Respondió que estaba mejor. Según su padre, de continuar así regresaría al colegio en un par de días. Había sufrido un desvanecimiento. Le sacaron sangre para descartar anemia. No fue para tanto, pero de todos modos andaba amarrete en materia de glóbulos y su padre le impuso reposo.

Como era de prever, la biblioteca de Froi tenía libros de Minotauro a granel, entre ellos algunos de autores que me eran desconocidos, como —tuve que leer esos nombres escrupulosamente— Cordwainer Smith y Ursula K. Le Guin. Pero también estaban las lecturas de la infancia: una enciclopedia, seguramente heredada, que se llamaba El Tesoro de la Juventud, y títulos que yo tenía en casa. Un montón de ejemplares de la colección Robin Hood —las sagas de Bomba, El Príncipe Valiente y Sandokán—, y ediciones de Billiken e Iridium. Me

satisfizo saber que, aunque en ese momento me aventajase, habíamos empezado leyendo lo mismo. Eso significaba que existía esperanza de alcanzarlo.

—¿Y estos de quién son: de tus viejos o de tus hermanos mayores? —pregunté, en referencia a un anaquel lleno de libros que parecían más serios, de tapas duras y desprovistas de ilustraciones. Registré títulos de gente que nunca había oído nombrar, como Stefan Zweig y Howard Fast.

—Algunos los compré en el parque Rivadavia. Otros, en librerías de viejo sobre la avenida Corrientes —me dijo.

Yo me consideraba experto en librerías pero siempre comerciales, de esas que viven de las novedades. Conocía las de Flores —mi favorita era Lurati— y algunas de Barrio Norte que frecuentaba gracias a mis Tías Gordas, como la Santa Fe. En cambio a Froi le interesaba el pasado: los volúmenes usados, al punto de encarar expediciones que lo llevaban al centro de la ciudad, tan remoto para mí como Catay para Marco Polo.

Decidí llamarme al orden y arrastré la silla hasta su cama. Charlamos de boludeces durante un rato. Le conté la última del Lito Pafundi —cuya bufanda excesivamente larga había estado a punto de desnucarlo a lo Isadora Duncan, al engancharse de un picaporte— y después le pregunté por el libro que descansaba sobre la mesa de luz. No era una edición de Minotauro. Se llamaba *El pobre de Asís* y su autor tenía un nombre más griego que Zorba. Se llamaba Nikos Kazantzakis. (Solo después me enteré de que Kazantzakis era, en efecto, el autor de la novela en que estaba basada *Zorba el griego*.)

Como imaginé, *El pobre de Asís* era una novela sobre San Francisco. Eso me decepcionó. Al lado de los personajes que

poblaban las historias de Minotauro (trífidos, cronopios y famas, vampiros, monstruos de Ctulhu), el santo sonaba a embole. Zeffirelli lo había convertido en un protohippie en *Hermano Sol, hermana Luna*, pero aún mostrando el culo y rodeado de canciones de Donovan, el tipo era nada en comparación con los marcianos de Bradbury y los científicos de Ballard.

Me sorprendió el descubrimiento de que Froi —¡el rey de los chistes guarangos!— tenía una veta piadosa. Cuando le daba por ponerse zafio, era capaz de abrazar por atrás al gordo Romero —en el patio, a la vista de todo el mundo— y mover la pelvis como si se lo estuviese culeando. Y el gordo se ponía colorado pero se cagaba de risa, porque sabía que Froi lo hacía sin mala intención —de puro hinchapelotas, nomás.

—Es muy interesante —me contradijo Froi, volviendo al libro—. Lo extremo de la posición del tipo. Se tomaba tan a pecho su voto de pobreza que le echaba ceniza a su comida.

—¿Qué? ¿Y eso, por qué?

—Para que el placer no lo engañase. Lo consideraba una distracción, algo que lo alejaba de su despojamiento total. La idea era alimentarse, pero prescindiendo de la satisfacción de los sentidos.

Se me escapó un ruido condescendiente, una especie de pshtt que subrayaba cuán ridícula me sonaba esa actitud. Pero Froi ignoró mi comentario. Y yo decidí cambiar de tema, porque había ido con la intención de hacerlo sentir bien y no de criticar sus lecturas.

Le pregunté si tenía ganas de volver. Yo hubiese agradecido una temporadita en cama dedicado a los libros, de no ser porque eso me hubiese impedido ver a Brenda.

En vez de responder, Froi miró a través de la ventana abierta. Desde donde estábamos, solo se veía la copa de un árbol. El resto era cielo gris.

—Muchas ganas de pisar la calle no tengo —dijo.

En ese momento, solo sentí afinidad con Froi. Yo también tenía alma de anacoreta, desde niño había preferido quedarme leyendo en casa a jugar en la vereda con algún vecino. Con el tiempo entendí que mi amigo no se refería al confort que encontrábamos en la soledad.

Me fui al rato. Durante mi estadía nadie ofreció ni un vaso de agua, lo cual abonó la hipótesis de la madre enferma. Justo antes de salir, le entregué aquello que le había llevado: la copia de un cuento fresquito, tipeado en la Remington Rand de mi abuelo, con el tino de usar papel carbónico.

—¿Querés que lo lea ahora y me esperás? —preguntó.

—¡No! —respondí, escandalizado. No estaba en condiciones de contemplar a Froi mientras le entraba al texto y trataba de disimular su disgusto—. Leelo tranquilo, y cuando vuelvas al colegio, vemos.

Ya había retornado la silla a su lugar, cuando Froi convirtió mi entrega en un intercambio y dijo que si quería un libro, me lo prestaba. Mi expresión debe haberse transfigurado, porque antes de que verbalizase la conformidad, puso una condición.

—Dejame que te recomiende uno. ¿Puedo?

Me prestó *El hombre en el castillo.* Dijo que contaba la historia de un mundo donde Hitler había ganado la guerra, lo cual era horrible: nadie lo discutía. Pero, al mismo tiempo, establecía algo que le parecía piola, muy importante, y que nunca había que olvidar.

Que todo, pero absolutamente todo en esta vida, puede ocurrir de un modo diferente.

25. La ciudad sumergida

Froi no volvió a clases dos días más tarde, sino a las dos semanas, cuando faltaba nada para el cierre del ciclo lectivo. Era la sombra de sí mismo: flaquísimo, tan demacrado que casi había dejado de ser marrón. Pero como la inminencia de las vacaciones inspiraba un ánimo dicharachero, se dejó llevar por la algarabía. Al rato estaba riendo, diciendo guarradas y permitiendo que sus ojos brillasen nuevamente. No sé de dónde sacó las fuerzas, pero durante el primer cambio de hora —un profesor se había ido del aula, y el siguiente no había llegado—, aprovechó que Klaus se había puesto de pie, pegó un salto hasta casi encaramarse sobre sus hombros y desde allí, extendiendo al aire un brazo de mando, gritó:

—¡Masturbación o dependencia!

Se ganó el aplauso general. Froi había vuelto.

Apenas pisamos el patio para disfrutar del recreo, me agarró del brazo con una fuerza de la que no lo creía capaz y dijo, con gesto torvo:

—Leí tu cuento. Quiero que hablemos. Pero no acá. A la salida, o en cualquier otro momento. Lejos del colegio.

La idea de que Froi quisiese charlar fuera del ámbito escolar me entusiasmó. Lo que no entendía era por qué no podía decirme nada

entonces, aunque más no fuese a modo de título o síntesis. Qué sé yo: *Está bastante bueno, me entretuvo, hubo algo que no entendí y necesito preguntarte*. La postergación del momento crítico me angustió cada vez más, con el correr de las horas. ¿Qué podía ser tan grave para que Froi eligiese decirlo lejos de la vista de los demás? Me imaginaba lo peor: *Flaco, hacele un favor a la humanidad y nunca vuelvas a sentarte ante una máquina de escribir, salvo que te conviertas en empleado público. ¡Si te interesan los libros, ponete una librería!*

Cuando estaba a punto de sonar el timbre de salida, busqué su mirada y señalé hacia afuera con un pulgar. No quería que se me escapase, no estaba en condiciones de tolerar la intriga hasta el día siguiente.

Pactamos un camino común por Juan Bautista Alberdi. Hasta Donato Álvarez, al menos, nos convenía la misma dirección. A partir de allí, él debía doblar a la izquierda y yo seguir hasta Carabobo.

Me di cuenta de que esperaba que las criaturas del colegio, y en especial las de nuestra división, comenzasen a ralear. La ansiedad era una emoción de la cual no lo había pensado capaz. Recién cuando cruzamos Hortiguera se animó a hablarme. Pero lo que dijo no fue lo que yo esperaba.

—¿Cómo está tu familia? ¿Bien? ¿Están todos bien?

Se me cayó la mandíbula al pecho. ¿De eso quería hablar, del tema menos interesante del universo?

Pero no era una pregunta de cortesía. Su cara seguía exhibiendo una máscara de inquietud.

—¿Mi fa...? Sí, todos bien. Mis viejos, mis hermanos. ¿Por?

—¿Y tu familia extendida? Tíos, primos, abuelos... Los amigos de tus viejos, tu núcleo social de adultos, bah.

—Que yo sepa... ¡Todo normal! ¿Por? —insistí.

Froi dejó de mirarme e hizo un silencio. Cavilaba. Cuando volvió a hablar, cambió de tema por completo.

—¿Y cómo fue que se te ocurrió esa historia?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo sabe uno por qué se le ocurren estas cosas? Obvio que hay una inspiración ballardiana, por eso de la afición a las catástrofes: *El mundo sumergido, Playa terminal*... Pero pensé que estaba usando mi inundación de otro modo, en otro sentido. ¿Vos qué decís?

Durante un minuto no dijo nada, y yo aproveché para revisar mentalmente mi texto en busca de algo que pudiese escandalizar y hubiese pasado por alto.

Era un cuentito de ciencia ficción, y punto. La anécdota no podía ser más simple. El protagonista era un empleado de cierto nivel, que trabajaba en el centro de la ciudad, en una oficina de los pisos más altos de un edificio torre. Un día se le daba por quedarse allí después de la caída del sol, para sacarse de encima una tarea incordiosa. Y estando en su cubículo —solo, a esa altura—, empezó a oír un ruido desconcertante. Pero no un ruidito: un ruidazo, que además hacía vibrar la estructura del edificio. Lo primero que pensó fue lo obvio: terremoto, aun cuando la suya no era una ciudad de fenómenos sísmicos frecuentes.

Descartó bajar por el ascensor, que podía convertirse en una trampa mortal. Las escaleras tampoco inspiraban confianza. Decidió prender el televisor de la oficina, para ver qué decían. (Esto lo

escribí en el 76. Ya entonces dependíamos de la televisión para que nos dijese qué estaba pasando, lo cual explica tantas cosas.) Pero apenas lo hizo, se cortó la luz en el edificio. Con solo mirar a través de los ventanales, advirtió que también se había cortado en los edificios circundantes, e incluso más allá. La ciudad era una boca negra.

Comprendió al fin que el fenómeno se debía a que el lugar se inundaba. Le llevó un buen rato, a pesar de que contaba con luna llena, comprender por qué las calles parecían estar moviéndose. A esa altura, las líneas telefónicas habían dejado de funcionar. Bajó como un desaforado por las escaleras, pero al llegar al sexto descubrió que las aguas habían cubierto ya los pisos inferiores... y seguían ascendiendo.

Lanzarse al torrente no era una opción. A través de las ventanas del noveno, advertía que el agua negra circulaba a una velocidad propia de los rápidos.

La hago corta: el agua seguía subiendo, y solo se detuvo un piso por debajo de su oficina. Donde quedaba varado, un Robinson Crusoe moderno, sin más vituallas que las de las heladeras de los ejecutivos y sin otro paisaje en derredor que el agua negra que lo cubría todo, a excepción de los pisos superiores de los edificios altos.

Yo no dedicaba muchas líneas a especular sobre la catástrofe, porque excedía mi conocimiento y presumía que, en esa circunstancia, a cualquier persona le preocuparía más descubrir cómo salvarse que entender qué había pasado. (Si alguien dejase caer bombas nucleares sobre la Antártida o sobre el Polo Norte, los hielos derretidos elevarían el nivel de los océanos a lo bruto, ¿o no? Esa fue mi especulación predilecta.)

El tipo empezaba a cagarse de hambre. Se obsesionaba con la comida que existiría en las heladeras del edificio que tenía más cerca. En su piso superior funcionaba un restaurante que había frecuentado. El recuerdo de sus exquisiteces lo torturaba. El dilema era: ¿cómo llegar hasta ese lugar? El agua ya no circulaba a velocidad acojonante, pero le parecía una distancia demasiado grande para un nadador precario como él. Lo lógico hubiese sido construir una balsa, pero no contaba con herramientas y tampoco con la habilidad para usarlas. (Era empleado de una corporación. En términos generales, esos tipos son tan inhábiles con las manos como yo lo era... y como sigo siéndolo, para qué mentir.)

Entonces la realidad le ofrecía una salida con la que no había contado. (Este era mi *coup de grâce*, el elemento sorpresivo con el cual aspiraba a impactar.) A los dos días empezaron a aparecer en la superficie los cuerpos de las personas que se habían ahogado. Haciendo ¡plop! Cadáveres hinchados que liberaban gases, alimentando la fetidez del ambiente. Pero no unos pocos: miles, hasta cubrir prácticamente toda la superficie. Allí estaba parte de la población de la ciudad, que había sido sorprendida y arrasada por el torrente. Cuando el sol pegaba de lleno, mi protagonista veía que por debajo de los cadáveres expuestos al aire había más cuerpos sumergidos, presionando hacia arriba.

Desesperado, el hombre decidía probar si era posible pisar un cadáver sin hundirse. Y en efecto: Arquímedes mediante, descubría que el hojaldre de cuerpos que se apelmazaban con intención de flotar ofrecía la resistencia que le permitía caminar sobre una balsa humana.

La escena final era truculenta, porque el tipo no quería mirar hacia abajo para ver qué cadáver pisaba, pero a la vez no podía evitarlo: le resultaba imperioso saber dónde ponía los pies. Toneladas de muertos, de todas las edades, géneros y clases sociales. Convertidos en globos grises y hediondos. Pero yo la concebí como una escena heroica, porque permitía que el protagonista llegase al edificio donde estaba la comida que lo alimentaría hasta que llegase el rescate. Sí, el tipo caminaba sobre los muertos para salvarse, pero ¿acaso podía hacer otra cosa?

La recapitulación que hice mientras me desplazaba junto a Froi fue más breve que la transcripta, por razones obvias: era mi historia, me la sabía de pe a pa y podía repasarla mentalmente en un periquete. Pero cuando terminé de hacerlo, me sentí tan pasmado como al principio. No encontraba en el cuento causa de alarma. ¿Se parecería demasiado a una narración que Froi conocía, siendo su *expertise* en el género más grande que la mía? No atiné a otra cosa que a preguntarle qué tenía de malo.

Mi expresión de angustia lo conmovió. O bien —esto también es posible— comprendió que yo no entendía qué pretendía decirme. (Mi ingenuidad de aquellos años era tan oceánica como la inundación del cuento.) Entonces se permitió sonreír, me palmeó la espalda y dijo que no me preocupase, que el cuento estaba muy bien. Pero que necesitaba recomendarme algo, o pedirme algo a modo de favor.

—No se lo muestres a nadie más. Y mucho menos en clase, y menos aún a los profesores —me dijo.

No había tenido la menor intención de hacerlo, pero de todos modos la prohibición me shockeó. ¿Acaso era un cuento

impresentable, me había pasado de morboso?

—No por ahora —insistió—. Guardalo un tiempo. Ya cambiarán las cosas.

—No entiendo —dije, porque sinceramente no entendía.

—Vos viste que los textos tienen muchas lecturas posibles. Y hay gente que puede pensar que vos sabés ciertas cosas, que para mí es evidente que intuís, nomás.

Me mordí los labios para no verme obligado a decir *no entiendo* una vez más.

—Si confiás en mí, haceme caso —dijo—. Total, no es que estés pensando en publicar un libro de cuentos mañana, ¿o sí? Guardalo, dejalo que decante. Cuando llegue el momento de que vea la luz, te vas a dar cuenta solo.

Para entonces ya estábamos a metros de Donato Álvarez. Me dio una piña cariñosa en el hombro y siguió su camino.

Llegué a casa arrastrando los pies. Pero al rato se me pasó, claro, porque a esa edad todo se te pasa en un rato.

Tardé años en entender por qué Froi le temía a la interpretación que un adulto podía hacer de mi cuento.

Solo Dios sabe dónde quedó el texto original. Esta es la primera vez que comparto con una persona —a excepción de Froi, obvio— lo que se le ocurrió a fines del 76 a esta hipersensible alma mía, que desde tan temprano percibía lo que los adultos se empeñaban en negar.

26. Tijeras

Al despuntar el 77, volvimos a clases y nos enteramos de una buena noticia. La parte nueva del edificio estaba terminada. En nuestra condición de flamantes alumnos de Cuarto, nos asignaron un aula allí: espaciosa, moderna, luminosa, con sillas y mesitas a estrenar.

A excepción de un muro —aquel del frente, ocupado por una pizarra larga—, todos los demás eran de cristal. Una de esas paredes correspondía a las ventanas que daban al vacío. (Porque el aula nueva estaba en un piso alto, había que subir un generoso tramo de escaleras.) Las otras dos paredes constaban de un muro bajo, que concluía a la altura del ombligo, y de ahí para arriba era todo vidrio: la mitad inferior venía decorada con un revestimiento plástico estilo Contact, para bloquear nuestra visión cuando estábamos sentados, y la mitad superior era transparente.

(Esta descripción parece excesiva, lo sé. Pero cobrará importancia más adelante, cuando el aula se convierta en escenario del hecho que oscureció Quinto Año.)

La otra novedad de peso fue el rector. Que ya no era Lojo, sino un hombre nuevo. Otro español, en este caso sacerdote de la Buena Nueva, recién llegado a la Argentina. Se llamaba Urango —el padre

Urango—, y no podía ser más distinto de Lojo ni aunque lo diseñasen en laboratorio.

Además de la diferencia de rango (ser cura te ponía en otro lugar respecto de los hermanos a secas, como jugar en primera o para un equipo de segunda división), estaban las características físicas. Lojo era bajito, compacto y tenía entradas, los signos de la calvicie futura. Urango era alto y flaco, aunque sólido. Su delgadez no era la de Palito, que sugería debilidad: este exhibía el porte de un granadero o un húsar. Y su cabeza estaba coronada por una mata de pelo lacio que hasta un caballo envidiaría.

También era evidente que Urango provenía de otro estrato social. Lojo hablaba a las corridas, atropellado, y estaba siempre a un tris de elevar el tono y empezar a los gritos para arrear a las bestias: era el gallego proverbial de las películas argentinas. Urango, en cambio, hablaba de forma pausada, cadenciosa. Nunca lo oímos gritar. Era como escuchar el doblaje de un documental de la BBC.

Nos lo presentaron durante el acto inaugural del ciclo lectivo. Era el tipo a quien había registrado al llegar, atento a la muchachada que, con brío de potrillos, se atropellaba en la entrada al corral. Era obvio que se trataba de un gallego nuevo, pero nunca sospeché que estaba allí para desplazar a Lojo.

Cuando nos dejaron en su presencia, hubo un aplauso comedido. Correspondía darle la bienvenida. Se apropió del micrófono, y así oímos por primera vez su fraseo calmo y rítmico. Al instante Lito, que estaba detrás de mí, fingió un ronquido, como si se hubiese dormido de pie. Varios disimulamos nuestra risa y Klaus le dirigió un grito, con la frase que usaba siempre para dirigirse a mi amigo:

—¡Callate, forro!

Nada dijo Urango que fuese relevante. Solo hilvanó generalidades y buenos deseos. Pero me sorprendió al final, cuando con el mismo tono beatífico se desplazó con naturalidad —como si ni siquiera él se diese cuenta— a una temática que sí tenía que ver con la acción cotidiana.

—He percibido que algunos de ustedes usan sus atuendos como elemento creativo —dijo—. Lo encuentro simpático, muy fresco. Aprovecho esta oportunidad para recordar que los estudiantes del Colegio de la Buena Nueva usan el mismo uniforme en el mundo entero. Blazer azul, camisa celeste o blanca, pantalón gris, corbata discreta. No innovamos al respecto. Lo mismo cuenta para el aseo personal. El largo del cabello no puede superar la altura del lóbulo de la oreja. Y deben presentarse afeitados al ras.

El Lito aprovechó para fingir una tos —ejem, ejem— con la que devolvió la gentileza a Klaus, que usaba patillas largas y cultivaba la sombra de una barba.

El discurso terminó ahí nomás, sin perder su monotonía zen, y al instante lo olvidamos.

Al otro día, cuando llegué al Colegio, descubrí que el nuevo rector estaba en el tracto uterino. Había retenido allí a media docena de alumnos cuyas infracciones eran ostensibles: corbata psicodélica, pantalón kaki, camisa rosa pálido, pelo largo, bigote incipiente, pelos en el mentón al estilo del Shaggy de *Scooby-Doo*. Pegaban la espalda contra la pared, mientras Urango inspeccionaba a los que seguíamos llegando.

Por suerte entré cuando le cortó el paso a Shaggy y lo emplazó contra el paredón. Esa distracción me permitió apurar y colarme a sus espaldas, mientras alzaba las solapas del blazer para disimular

mi melena. Aun así, no resistí la tentación y eché a la escena un vistazo final. Tres de los que no superaron la requisa tenían una actitud pasota, onda *uy, qué pesado, este tipo*. Pero los otros tres se veían asustados.

Esa misma tarde, por primera vez en mi vida, le reclamé a mi padre una visita a la peluquería.

27. Pasa el Cóndor

Hubo otra incorporación al elenco oficial. Dada la sorpresa atronadora que significó Urango, la habíamos recibido con sordina. El nuevo profesor era cura y español, también: Juan José González, a quien le decían el Cóndor o directamente Condorito, como el personaje de la historieta chilena. Ni pregunté por qué le decían así. La explicación estaba a la vista: el Cóndor tenía una magnífica nariz romana, a lo Savonarola.

Di por sentada la vinculación entre apodo y apéndice nasal de puro apresurado. Mi propensión a asumir como buenas cosas que no lo eran no había menguado, a pesar del moco que me había mandado en Primer Año. El día que conocí el campo de deportes, administrado por una mujer de pocas pulgas y ojo estrábico —que se apellidaba Gramajo: lo oí durante el viaje, de boca de uno de los veteranos—, me acerqué a pedirle una aclaración. Había concluido la rutina gimnástica y me sentía abrasado.

—Buenas tardes, señora Gramajo. ¿El agua de la canilla es potable?

Las risas que estallaron a mis espaldas revelaron que había dicho algo inconveniente. En efecto, la señora Gramajo no se llamaba Gramajo. Era un apodo que le habían puesto mis crueles

antecesores, para apuntar que la mujer tenía "un ojo para la mierda y otro para el carajo".

De todos modos, la mayoría de los alumnos asumía que se le decía Cóndor porque era narigón. Solo unos pocos advertimos con el tiempo que el apodo podía tener otra explicación.

Durante su temporada inicial en el Colegio de la Buena Nueva, el paso del Cóndor fue controvertido. Aunque por entonces era muy joven, se lo recordaba como alguien implacable, a quien se le daba bien la conducta policial. Era capaz de seguir al alumnado después de clases y abordarlo cuando se le daba por fumar, como si lo asistiese autoridad para censurar los vicios que los estudiantes cultivaban fuera de la escuela. A esa temporada le siguió otra lejos de Buenos Aires, no sé si en alguna de las sucursales de la provincia o nuevamente en España. De lo que puedo dar fe es de que ese no fue el Cóndor que yo conocí. A mí me cupo en suerte otro Cóndor: el maduro, o sea el más sagaz —aquel que había aprendido a hacer pesar su influencia, sin necesidad de adoptar conductas de gendarme.

Mediana altura, pelo corto pero ondulado. No tenía modos de alcurnia, como Urango, pero se le emparejaba en poder, gracias a su inteligencia y su intensidad de rapaz. Esa era la explicación más plausible del apodo que le habían endilgado. (Porque Froi echó abajo mi tercera interpretación, que ligaba al Cóndor con el espía de una película de Sydney Pollack —film demasiado reciente, el apodo venía de lejos.) A nada se parecía más el Cóndor, en virtud de su nariz y de sus ojos claros, que a un ave de presa. Te retenía con sus garras mientras hipnotizaba con su mirada.

Las materias que vino a impartir eran interesantes, tal vez las más interesantes que había cursado. (Porque hubo otras hacia las que gravité naturalmente —las Literaturas que tuvimos, sin ir más lejos —, para decepcionarme. Poesía española del Siglo de Oro, *La bolsa*, de Julián Martel: nada que me enamorase.) El Cóndor impartió Filosofía y Psicología, en años sucesivos. Nos abrió las puertas de la sabiduría última y el estudio de la psique, explicando por qué somos como somos y hacemos lo que hacemos.

El tipo había leído mucho y era una luz. Nos puso en contacto con libros piolas —por ejemplo *El arte de amar*, de Erich Fromm— y otros que no tanto, como *La rebelión de las masas,* de Ortega y Gasset. Lo obsesionaba el comportamiento de manada, la renuncia a la voluntad individual a cambio de aprobación social. Intentaba avivarnos para que no hiciésemos las pelotudeces que el adolescente típico perpetra, en su ansia de pertenecer. La frase favorita del Cóndor —su mantra— era una aliteración: "¿Dónde va Vicente? Donde va la gente". Pobre, epónimo Vicente, condenado por el discutible crimen de querer agradar y ser amado.

(Otra frase hecha que sacó a relucir a la semana de debutar en clase, cuando todavía existía algún ingenuo que se creía en condiciones de tomarle el pelo: "¿A papá mono con bananas verdes?")

"Ojo con el Cóndor", recomendó Froi. Uno de sus hermanos mayores había tenido el privilegio de padecerlo, durante su etapa como inquisidor de fumones.

Pero yo no fumaba aún —no era un Vicente, *pardiez*— y por ende no tenía por qué temer.

¿O sí? ¿Había algo en el Cóndor que se me escapaba, más allá de su aversión al tabaco?

Froi se negó a elaborar sobre el tema. Lo presioné un par de veces, pero no obtuve más que vaguedades. Se limitó a insistir con el consejo de que me cuidase. "Vos viste lo que sabe", me dijo. "El tipo ve a través de la gente, como si estuviese hecha de cristal".

Seguí sin entender. Por un tiempo, al menos.

Cuando entendí, era demasiado tarde. A esa altura, el Cóndor ya estaba manipulando mi alma como el más hábil de los titiriteros.

28. *Strip-tease* en hora de clase

Durante los primeros meses del 77 hicimos buena letra. Mirabas en derredor durante el recreo y el panorama era el de un colegio inglés: todos vestidos a reglamento, rasurados a cero, coronados por cabelleras cortas y prolijas. Nadie hablaba a los gritos ni se repitieron las algaradas que compelían a las autoridades a correr en su estela. No volvió a hablarse de vehículos amenazantes ni cosas parecidas. (Aunque circuló, sí, la versión de que un bonanovista se había ausentado de los sitios que frecuentaba, escondido en el baúl de un auto. No hubo modo de corroborar la especie. Lo concreto fue que el hermano Lucas no retornó al Colegio hasta el 84, cuando la dictadura ya había implosionado.)

Cierta mañana me declaré afiebrado pero mi madre se negó a oírme. Ni siquiera aceptó el testimonio del termómetro, que marcaba 39. Seguramente —mujer de poca fe— creyó que lo había manipulado y no aceptó una segunda prueba: se estaba haciendo tarde, y bajar el mercurio de aquellos termómetros demandaba tiempo. En consecuencia me mandó a clase, bajo protesta. Cuando llegó el primero de los recreos, me acodé en un rincón del patio nuevo —al que le faltaban detalles de terminación, y por eso incluía un andamio de metal, que los obreros usaban en nuestra ausencia—

y tuve una extraña sensación. De repente desconocí el paisaje. Fue como si me hubiese teletransportado a otro patio, parecido al de todos los días y esencialmente diferente a la vez. Donde había un montón de pibes similares a mis compañeros (en el atuendo, en la actitud), sin serlo.

Debo haber puesto una cara rara, porque Alarcón me preguntó si estaba bien.

—Todo el mundo está actuando un papel —le dije—. Como el hombre del café.

A consecuencia de lo cual me llevó a ver al preceptor, que tocó mi frente y me devolvió a casa.

Nuestra flema británica no podía durar. Con el correr de las semanas empezaron las transgresiones. Por puro deporte, en espíritu competitivo. Alumnos que llegaban con peinados que parecían engominados pero cargaban agua, que al secarse revelaba el descontrol de una melena. (La ventaja del ardid era que podía repetirse de ser necesario, mediando excursión al baño.) Doble juego de corbatas: una sobria al despuntar las clases, reemplazada por otra chillona mientras el docente nos daba la espalda. (Klaus llevó la cosa más lejos, al anudarse una prenda rica en amarillos, rojos y ocres que ostentaba la imagen de una gorda digna de Fellini.)

A medida que perfeccionábamos las técnicas, los desafíos se tornaron más riesgosos. Uno de los compañeros que se sentaban a resguardo de la mirada docente —mientras ese hombre estaba al frente de la clase, al menos— puso a prueba el recurso del doble pantalón. Aprovechando las temperaturas invernales, vistió un jean por debajo del pantalón gris, y en plena clase practicó un semi *strip-*

tease. El acto había sido organizado a conciencia. Barisio contaba con un cómplice que hizo de campana y vigiló que ningún adulto asomase al otro lado de los cristales, y con un segundo socio que tenía espacio en su maletín para esconder el pantalón gris enrollado.

Advertidos de la maniobra, reímos por lo bajo. Cuando el profesor se dio vuelta, alertado por el alboroto, no advirtió nada extraño. Con la percepción deformada por las peores experiencias, sus ojos examinaron la clase en busca de una afrenta más grande o más obvia. Y terminaron rindiéndose ante la evidencia de que había sido una falsa alarma. Aun a pesar de que tenía a Barisio ahí nomás, a dos pasos, cruzado de piernas como un dandy y luciendo un Lee flamante.

La intención nunca era agresiva. Defendíamos el ánimo lúdico. Eran simples gracias, que distraían de la monotonía. Y si bien sabíamos que se incurría en faltas disciplinarias, y por ende pasibles de ser sancionadas, teníamos la certeza de no producir nada grave. Comparados con los sátrapas de otras escuelas, éramos santos varones. En los cuatro años que llevábamos de secundaria, nadie de nuestra división había sido amonestado, y mucho menos expulsado. Nos portábamos bien, a pesar de que éramos un hervidero de hormonas, y en retribución se nos concedía latitud para un mínimo descontrol. Si algún profesor advirtió un error de continuidad en nuestras ropas, eligió hacer la vista gorda. Valoraban que no los enloqueciéramos. ¿Qué podíamos temer?

De aquellas chanzas no participé, aunque fui testigo gozoso. Pero de la más compleja de nuestras trapisondas, que se prolongó durante días e involucró acciones en más de un piso, no solo fui actor, sino que me gané un rol estelar.

29. Clac clac clac

La mecánica de los recreos era simple. Sonaba el timbre general, que repicaba en el colegio todo. Los de la parte nueva subíamos al patio inconcluso, donde transcurría nuestro descanso. Cuando el recreo llegaba a su fin, ya no obedecíamos al timbre general, porque no se lo escuchaba desde arriba. Lo que sonaba era un timbre *ad hoc*, instalado en las alturas del patio nuevo. Entonces procedíamos a formar dos filas por división, hasta que llegaba el profesor o la profesora que dictaba la clase siguiente, y encabezaba la marcha de regreso al aula.

Un día —segundo semestre, despuntaba la primavera— descubrimos que estábamos solos en el patio. El resto de las divisiones se había ido detrás de los docentes, esos flautistas de Hamelin. El profesor que debía encargarse de nosotros no había llegado.

Tras la certificación de lo excepcional del momento, llegó el goce de contar con minutos extras para dedicar a hacer nada. Las conversaciones subieron de decibeles, la excitación era palpable. Pero la situación se prolongaba, sin resolución. Diez minutos sin que nadie subiese a buscarnos. Quince. ¿Debíamos quedarnos allí, hasta

que volviese a sonar el timbre general y los otros cursos regresasen al patio?

Sé que no tenemos mucho en común con las abejas, pero me consta que, en ciertas situaciones, un grupo humano puede funcionar como una colmena. Con sus miembros comunicándose telepáticamente, sin necesidad de verbalizar intenciones; adivinando qué tarea le cabe a cada uno, y asumiéndola de modo de completar la tarea grupal.

Eso, o algo muy parecido, ocurrió entonces. De repente estábamos allí, totalmente al pedo, en un patio vacío donde había un andamiaje de metal montado sobre ruedas, y en la circunstancia de que nadie había acudido a buscarnos. Fue como sumar dos más dos. Alguien asumió el rol de vigía, para asegurarse de que ningún profesor o autoridad se aproximase por las escaleras. Del resto, muchos sumamos fuerzas para empujar el andamio. No hizo falta que nadie propusiese objetivos, porque solo podía existir uno.

Desplazamos la trama de metal hasta el punto designado. Barisio se trepó a la estructura. (Con riguroso pantalón gris, aquella mañana.) Ricky guardó su último Jockey Club en un bolsillo e hizo un bollo con la marquilla, que procedió a tirar hacia arriba. Y Barisio tomó la pelotita de papel rojo —porque el envase de los cigarrillos era de un rojo impertinente— y la encajó en el timbre, justo entre la campana redonda y el martillito que la hacía sonar cuando lo alcanzaba el impulso eléctrico.

Barisio descendió y devolvimos el andamio a su emplazamiento original. El ardid estaba en marcha. Para que la permanencia en el patio de arriba no se convirtiese en indicio de culpabilidad, decidimos bajar. Con el propósito de alcanzar el aula sin que nadie

nos viese, al llegar al piso indicado nos desplazamos agachados o en cuatro patas. De ese modo, alumnos y docentes de aulas vecinas no registraron nada raro. No asomó ni un pelo nuestro a la altura en que los vidrios se volvían transparentes.

Llegó el recreo siguiente. (Convocado por el timbre general, lectora, lector: lo recuerdo por las dudas.) Subimos al patio, mezclados con la masa de los Cuartos y Quintos que ocupábamos la parte nueva. La cosa fluyó con normalidad, hasta que llegó la hora en que el timbre de arriba debía sonar... y no sonó. La bolita de papel de Jockey cumplía su cometido. El resto del alumnado estaba en cualquiera, sin siquiera advertir que el recreo se prolongaba. Pero nosotros, aunque asumiendo aires de inocencia, estábamos pendientes. Y por eso nos tronchamos de risa en silencio cuando vimos que los profesores comenzaban a inquietarse, a mirar sus relojes. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se eternizaba aquel recreo?

Las deliberaciones se sucedieron, hasta que decidieron arrearnos de regreso a clase. Empezaron a gritar, a pedir que nos ordenásemos para encarar el descenso. Y entonces nosotros, que estábamos preparados, comenzamos a agitar las aguas. ¿Cómo que se había acabado el recreo, si el timbre no había sonado? ¿Pretendían birlarnos parte de lo que nos correspondía? ¿Acaso no teníamos derechos? Aquello era un abuso, una barbaridad. ¿Por qué coartaban nuestro merecido relax?

La protesta cundió, inspirada por la sobreactuación. Gassman y Sordi hubiesen estado orgullosos de nosotros, que así rendimos homenaje a las comedias italianas que veíamos desde niños. Fuimos estentóreos, gesticulamos ampulosamente, y el resto de los Cuartos y Quintos nos siguió. La autoridad terminaría por imponerse, pero el

escándalo ayudaría —como de hecho lo hizo— a que perdiésemos minutos de la clase siguiente. Así bajamos, cagándonos de risa, habiendo jibarizado la hora lectiva a media hora o menos.

Pero la cosa no terminó allí, como anticipé.

Cuando llegó el primer recreo del día siguiente, tuvimos que hacer un esfuerzo para no cagarnos de risa. Al alcanzar al patio descubrimos a Ele Cruz, todavía a cargo de la Secretaría, revisando palmo a palmo el cable que conducía la electricidad hasta el timbre. Era obvio que pensaba que se trataba de un problema de conexidad. Lo cual era absurdo, porque bastaba con levantar la cabeza y mirar el timbre para descubrir el elemento extraño. La pelotita roja resaltaba en el seno del kit metálico. Hasta yo, que era miope, podía verla.

Pero Ele no había alzado la vista, y en consecuencia se perdió un día entero en busca de una solución. De todos modos las autoridades habían previsto la ausencia del sonido contingente, e improvisado una alternativa. Cuando se hizo la hora de que el recreo terminase, Ele hizo sonar la campana que habían colgado de un saliente de metal.

Volvieron las protestas, inútiles pero vocingleras. Eso no podía ser, el recreo terminaba cuando sonaba el timbre, la campana no era un recurso oficial y tampoco era confiable. ¿Cómo saber si no estaban despojándonos de preciosos minutos de placer?

Perdimos menos minutos de clase que el día anterior, pero de todos modos empiojamos la vuelta a las aulas.

Ojo, que la cosa *tampoco* terminó allí.

Hubo un conciliábulo entre murmullos, y un acuerdo que se selló mientras descendíamos. Durante lo que quedaba de la clase se

sucedieron pedidos de permiso para ir al baño. (El pedido clave fue el segundo, aquel que se encargó de la faena. Los restantes fueron hechos para disimular, y proporcionar sospechosos en abundancia para la investigación.) La profesora de Francés, que se llamaba Dora pero era Dorita para todo el mundo a causa de su talla *extra small*, permitió tres salidas más y cerró el *sport*. ¿Qué nos pasaba? ¿Habíamos consumido diuréticos? Claro que no, profesora. Pero como el recreo fue demasiado largo —pretextamos—, bebimos de más.

Al siguiente recreo, segundo del día, llegamos remoloneando. No queríamos ser los primeros en remarcar el descubrimiento. En efecto, cuando salimos al patio, los pibes de los otros Cuartos y Quintos ya se estaban cagando de risa, ante la impotencia de Ele y Cía.

La campana no estaba. Se había desvanecido.

Profesores desgañitándose para dar fin al recreo. Alumnos soliviantados, agitando brazos como aspas, arrastrando los pies por la escalera.

El tercer recreo prolongó el paso de comedia. Porque ahora Ele Cruz y el rector Urango (*danger, danger*) revisaban las instalaciones, ya no en busca de un cable cortado o de un cortocircuito, sino de la campana escamoteada. Que mi compañero —a quien no delataré ni siquiera ahora, aunque su delito haya prescripto— había escondido al mejor estilo de Poe en *La carta robada*, en el lugar más obvio posible.

Nunca había salido del patio. Estaba en el rincón donde se conservaba la mugre de la obra inconclusa, dentro de un tambor de metal rodeado de arena.

Ese día, a la salida, los alumnos de Cuarto y Quinto soportamos una requisa. El escrutinio se centró en aquellos que portaban maletines o bolsos de cualquier tipo, capaces de transportar una campana de tamaño discreto. El rector supervisó la operación en persona. Lo hizo sin perder su sonrisa beatífica, a pesar de las sucesivas frustraciones. Yo transpiré, a pesar de que era evidente que no poseía contrabando. (Solo llevaba un par de carpetas y un libro, ligados por un elástico.) Y mientras me iba pensé que, al final de la requisa, a Urango se le marchitaría la sonrisa.

Todo aquello era demasiado bueno para terminar así. Razón por la cual algo siguió zumbando en mi cabeza, hasta que procedí a efectuar un par de llamadas y a comprobar que contaba con *quorum* para llevar adelante una manganeta.

Esa noche le pedí a mi padre que me despertase más temprano, porque el secretario me había convocado a darle una mano. Debía ayudarlo a preparar el salón para una clase especial. Era una mentira, pero convincente.

Llegué a la hora señalada. Mis dos cómplices, que también madrugaron excepcionalmente, ya estaban allí, delante de la puerta del Colegio. Nos miramos y, sin decir palabra, pusimos en marcha los movimientos detallados en el plan.

Yo estaba seguro de mi parte. Conocía los horarios y las prácticas desde hacía años. Sabía que no me toparía con nadie, que podría franquear la puerta porque Ele Cruz la abría a primera hora. Estaba nervioso, sí, pero no al filo del pánico. Había pergeñado una excusa, en caso de que alguien me pescase durante el tramo inicial de mi excursión. Lo riesgoso sería el segundo tramo, donde ninguna mentira taparía el hecho de que lo que hacíamos era incorrecto.

Llegué al pie de las escaleras con mi rehén. En ese punto necesitaba ayuda, porque lo que debía ocurrir a continuación no podía hacerlo solo. Para eso estaban mis cómplices, que según lo urdido me esperaban allí. Por fortuna el lugar seguía vacío, ningún alumno había madrugado más que nosotros.

Los tramos de la escalera se llenaron de un extraño sonido. Un repicar seco, casi de crótalo, que tenía nuestros jadeos por contrapunto. Era como si una serpiente gigantesca ascendiese por los peldaños que llevaban a la cima del Colegio.

Al sonar la campana del primer recreo, subimos a duras penas. Todavía estábamos agotados. Pero las carcajadas y los aplausos a que ya se abocaban Cuartos y Quintos demostraron que el esfuerzo había valido la pena.

Colgando del saliente de metal y bailando como un saltimbanqui, estaba el Señor Huesos. Los alumnos se turnaban para empujarlo, ante la mirada azorada del personal docente. Y el Señor Huesos hacía clac clac clac, mientras nos dedicaba su sonrisa perenne.

30. Rapsodia antiazul

Durante el 77 desarrollé una fobia insólita. Y digo insólita por dos razones.

Primero, porque nunca había oído que existiese algo semejante. Y eso que busqué en cuanto mataburro cayó en mis manos. Empezando por el *Pequeño Larousse Ilustrado*, que solía ser gauchito. Pero no hubo suerte. No existía palabra alguna que se le aproximase. Y si no había definición, ¿no sugería eso que nadie había experimentado lo que yo padecía?

Lo más cercano que encontré fue *hoplofobia,* que es el miedo a las armas de fuego. Sin embargo lo mío no era hoplofobia, qué va. Yo no tenía miedo a las armas de fuego. No había jugado con otra cosa en mi infancia, azuzado por novelas, cómics, películas y series. Tuve réplicas de Colts, Remingtons, Winchesters, ametralladoras Gatling, Lugers, Smith & Wessons, Walthers PPK como la de James Bond y hasta pistolas que se encendían por dentro, en su pretensión de lanzar rayos láser —y todo esto, sin siquiera traer a colación espadas, dagas y arcos.

Mi fobia no estaba dirigida a las armas, sino a personas que las portaban profesionalmente. Atrás había quedado la época de los oficiales que dirigían el tránsito, desde la altura de la garita en el

cruce de Boyacá y Avellaneda. Todavía los recuerdo, moviendo sus brazos de mangas blancas. Tampoco eran comunes ya los que portaban una macana y nada más, esos garrotes que Mafalda definía como *palitos de abollar ideologías.* No, durante el 77 los uniformados de azul llevaban pistola en la cintura, rigurosamente. Pero yo no les temía a sus armas, no. Mi fobia era específica. Había empezado a tener pánico a los policías.

¿Y por qué otra razón califico a ese miedo de insólito? Porque parecía inexplicable.

El común de las fobias se expresa de modo irracional. El fóbico entra en shock, reacciona de un modo casi animal, incontrolable. Pero en las raíces de su fobia existe una causa razonable, por lo general con base científica. Piense usted en la aracnofobia. Es verdad que la mayoría de las arañas son pequeñas e inofensivas, artistas de la naturaleza. Pero también están las grandes que, además de poco agraciadas (peludas, un alfiletero móvil de ojos, patas y dientes ponzoñosos —la creación de un Dios que ya soñaba con Lovecraft), pueden ser peligrosas, hasta mortales. Ese miedo suena exagerado, pero no es zonzo. Como no son zonzos el vértigo, la claustrofobia, la aerofobia y la hipocondría.

Pero a mí los policías no me habían hecho nada. No registraba una sola experiencia traumática con ninguno de ellos. Al contrario, en las ficciones que me formaron revistaban en el bando de los buenos. El Matute de *Don Gato y su pandilla*, por ejemplo, era un pan de Dios. El jefe O'Hara de la serie *Batman* se pasaba de bueno, al filo de desbarrancar en lo boludo. Porque los policías estaban ahí para ayudarte, ¿o no? Si necesitabas encontrar una calle, le preguntabas al policía. Si alguien se desmayaba en la vereda o requería ayuda

para cruzar, recurrías al policía. Si sucedía un choque, intervenía el policía para calmar los ánimos y llamar a una ambulancia. El policía era un *servidor público.* Trabajaba a nuestra disposición. Se le pagaba el sueldo con impuestos.

Cuando la fobia empezó a manifestarse, lo primero que percibí fue una incomodidad. Nada grave aún, y mucho menos inexplicable: veía un cana en la calle y me ponía nervioso, lo cual no dejaba de ser sensato. Veníamos de años complicados, y en ese contexto un cana funcionaba como imán para los quilombos. Si te daba por protestar contra el poder establecido, como hacían los *hippies*, ¿a quién le ibas a gritar en la cara que fuese más práctico que un policía? Jueces y funcionarios no andan por las calles con cartel identificatorio. En cambio un policía se deschava solo, por mera portación de uniforme. ¿Para qué arrimarte a un cana entonces, a no ser que quisieses exponerte a un momento desagradable? Entonces apuraba el paso para superar el trance y, una vez que lo dejaba atrás, volvía a la normalidad. Mi respiración se regularizaba. Mis pasos dejaban de atropellarse, se reencontraban con su cadencia.

Con el correr de los meses, mi reacción se espesó. Veía el cana a lo lejos y empezaba a sudar frío, a tejer estrategias para eludirlo, a envidiar el casco de invisibilidad que los cíclopes obsequiaron a Hades. Lo más práctico era cambiar de vereda, cruzarme a la de enfrente. Pronto me acostumbré a dar un rodeo, aunque eso significase alargar el camino. No bien divisaba a un vigilante —porque venía atento, nunca circulaba con despreocupación—, me aseguraba de ni siquiera pisar esa vereda. Apenas alcanzaba la esquina, doblaba por la calle perpendicular, daba la vuelta a la

manzana y retomaba mi derrotero en la esquina siguiente, habiéndolo dejado atrás.

A esa altura, ya no podía mentirme que temía a la reacción que terceros detonasen. Lo que me inspiraba resquemor era el oficial mismo. Aunque se tratase de un gordo en pésima condición física, de esos que no te alcanzarían ni aunque corrieses de espaldas.

Lo que me preguntaba era: ¿por qué? ¿Qué me habían hecho, o —peor aún— qué podían hacerme?

Hasta donde podía entender, mi fobia no tenía que ver con cuestiones ideológicas. Esos asuntos eran cosas de gente de otro rango, muy por encima de mi condición. La tele y la radio lo habían dejado en claro, y mis padres suscribieron con su silencio. Todo el mundo entendía que habíamos transitado un tiempo de zozobras, y que la culpa era de los terroristas. Esos sujetos —los responsables del terror, ya lo decía el epíteto— solían ser jóvenes y melenudos, con opción a accesorios capilares: patillas, bigotes, barbas. Vestían a la moda, tanto las chicas como los chicos: pantalones anchos, faldas cortas, morrales y carteras, mucha *bijouterie* de fantasía.

Una propaganda que los canales repetían día y noche te mostraba a uno de ellos, en el acto de encarar a un inocente y prestarle una edición de *El capital* —Marx, Dios mío, *vade retro*—, para rematar la maniobra con un guiño y una invitación fatal: "Mañana lo comentamos". (Mierda que había que leer, para terminar *El capital* en un día. Aquel inocente debía ser un graduado de los cursos Ilvem de lectura veloz.) Pero por suerte existían también los que siempre estuvieron del otro lado: la gente de bien, como nuestros padres y profesores y, por supuesto, los policías.

Desde que Videla nos *reorganizó nacionalmente*, vivíamos en paz. Habíamos reafirmado la vocación occidental y cristiana y puesto coto al peligro comunista, que disgregaba a la comunidad como la leche cortada hacía con el Nesquik. Y eso nos había devuelto el alma al cuerpo. En especial a los adolescentes, que podíamos seguir viviendo con la tranquilidad de no ser infectados por la ideología. Porque la ideología era la peor de las enfermedades venéreas: un chancro en el alma, para el cual no existía antibiótico.

Y sin embargo, yo todavía sentía miedo. Pero no de los muchachones melenudos y cancheros, no. Cuando veía a un tipo así no me daba por cruzar la calle ni por improvisar trayectos. Esas cosas solo las hacía cuando mi sentido arácnido a lo Peter Parker alertaba sobre la presencia de un hombre de azul.

¿Habrá sido a cuenta de cierta insistencia de mis padres? Porque ellos me conminaban a no salir de casa sin el documento de identidad, una libretita de papel y cartón que llamábamos DNI. Tenía que llevarla encima aun cuando iba al colegio. Según decían, cargar con esa certificación era importantísimo. Alguien podía pedírmela en cualquier momento y yo debía estar en condiciones de exhibirla, de probar quién era. Pero, aunque nunca lo especificaron, estaba claro que esa preocupación no tenía que ver con los terroristas. Los melenudos no te pedían el DNI: prestaban libros peligrosos, nomás. Los únicos que estaban en su derecho de encararte, y a los que había que obedecer sin chistar, eran los policías.

Mis padres no explicaron por qué era factible que un policía me interceptase, forzándome a identificarme. Yo no formaba parte del subconjunto de los melenudos cancheros. Tenía mi pelito pero era un pendejo de aquí a la China, mis bigotes y patillas eran un

proyecto: pura pelusa. Pero, de todos modos, mis viejos insistieron. Y tal vez por eso me inculcaron, casi al modo de la sugestión hipnótica, el reflejo de alarmarme ante la presencia de un policía. Los uniformados de azul eran los únicos que podían salir al cruce y ponerte en un brete metafísico, presentándote un dilema para el que nunca habría una respuesta simple: *¿quién sos?*

Como buen hijo obediente, no me despegaba de mi documento. Y además contaba con la tranquilidad de saberme integrado al Bando del Bien. Nadie me había prestado *El capital*, sabía de política tanto como Elmer Fudd, era un cristianuchi virgen de comunión semanal. ¿Qué podía temer si no había nada malo en mí, si no incurría en contravención alguna?

Pero aun así temía. Yo *les* temía. Y no dejaba nunca de evitarlos, de escabullirme de su presencia.

La duda se volvió tan insidiosa como el temor. A pesar de que contaba con identificación legal, a pesar de que todo el mundo podía atestiguar que era un buen pibe —peleado con el desodorante, pero buen pibe—, le tenía miedo a la policía y no sabía por qué.

Lo entendí con el tiempo, mucho pero mucho después. De hecho, mi DNI lo entendió antes que yo.

Con el manoseo empezó a ajarse. Se rompió el número troquelado. La tapa quedó pendiendo de un hilo, de tanto abrirla y cerrarla. Esto me inquietaba, porque generaba dudas sobre la validez del documento. (Podía ser falsificado. Pero aun no siéndolo hablaba mal de mí. ¿Qué persona de bien maltrataba su precioso DNI a ese punto, reduciéndolo a un estado lamentable?) Sin embargo, lo que me perturbaba era el modo en que ese documento transmitía precariedad. Era prueba de lo tenue de mi identidad real.

Por ahí pasaba mi miedo profundo. Sabía que los policías eran adultos y expertos en interrogatorios. (Según las series y películas, al menos.) Apenas viesen mi DNI en proceso de desintegración, no bien clavasen sus ojos inquisidores en los míos, comprenderían la verdad. Aquello que ni siquiera yo sabía, porque concernía a un futuro que todavía estaba lejos. O quizás a una certeza que había sabido bloquear, el secreto que tapié detrás de los ladrillos, cemento, revoque y pintura de que disponía: la buena educación, la cultura, la moderación, el oropel cristiano.

Con solo mirarme, los hombres de azul verían a través de mi persona como si fuese transparente y entenderían que no estaban en presencia de un muchacho bueno, un proyecto de ciudadano probo, sino de un adversario: alguien llamado a convertirse en su enemigo eterno.

Y entonces ocurriría lo que tanto temía.

Marche preso. O incluso algo peor.

Han transcurrido cuarenta y pico de años —¡casi medio siglo!— de lo que cuento, pero todavía pienso en mi documento antes de pisar la calle. Es un reflejo, algo que forma parte inescindible de mi persona.

Y todavía me repele la policía. Como si nunca hubiese dejado de ser ayer, o para ser más preciso: porque nunca, ay, dejó de ser del todo ayer.

31. Mi antiadolescencia

Y mis compañeros, ¿compartían esa fobia? La única respuesta de la que dispongo es: no lo sé.

¿Y por qué no lo sabía? Porque no hablaba de esas cosas con mis amigos. Solo charlábamos de la experiencia intraescolar, de música, cine y TV, de chicas, de fútbol, de las carreras universitarias que imaginábamos como eje de la vida futura. Todo lo demás no estaba vedado de forma expresa, por cierto: no existía mandato verbalizado, ni dentro de casa ni como parte del *desideratum* escolar. Pero se sobreentendía. De muchas cosas no se habla en la mesa familiar, por inapropiadas y de mal gusto. Los padres no discutían de política en nuestra presencia, así como no se referían a los tópicos que querían conservar lejos de su prole adolescente. (Sexo y dinero, para empezar.) Y como ellos no sacaban nunca el tema, nosotros tampoco.

En la escuela ocurría lo mismo. La política no era tópico de conversación, no formaba parte de la discusión pública. De algún modo pesaba todavía la amenaza que López Rega había travestido de campaña publicitaria en la Navidad del 74: *El silencio es salud*. Pero, a partir del 76, el *slogan* que imperaba era *El silencio es lo que corresponde*, dado que la política había sido prohibida y los políticos

metieron violín en bolsa, dedicándose a tejer calceta. Y si los políticos no hacían política, ¿por qué íbamos a hablar nosotros del asunto? La realidad se reducía a lo que Videla, el almirante Massera y Cía. hacían, o decían que era.

Soy consciente de que esto dejaba a los policías dentro del universo de lo que sí podíamos hablar. En primer término, porque formaban parte de los hacedores de realidad, como Videla y Massera. Pero además, porque los padres los mencionaban aunque más no fuese de manera oblicua, cuando recordaban la importancia del DNI y se preocupaban por nuestros derroteros nocturnos. Aun así, nunca confesé a ninguno de mis amigos el miedo que me inspiraban ni ellos admitieron algo parecido. Lo cual no significa que no lo sintiésemos todos, a juzgar por las conductas que compartíamos y por aquello que no nos permitíamos.

Durante la mayor parte del 77 yo tuve quince años. El resto de mis compañeros andaba por los dieciséis, mientras que un puñado alcanzaba ya los diecisiete. Estábamos en el pico efervescente de la adolescencia, y sin embargo nuestra vida nocturna era escasa. Seguíamos apelando a los asaltos o aprovechando que las chicas celebraban formalmente sus cumpleaños de quince, en salones con *catering*, DJ y torta con cintitas (el primero al que asistí fue el de mi cuñada, la hermana mayor de Brenda); o acudiendo a los bailes organizados *ad hoc* por los *disc-jockeys* de moda, en salones "familiares" que emulaban el decoro del Italiano. Pero nuestros padres nos dejaban en la puerta de esos lugares y nos esperaban afuera a la hora convenida. La calle nocturna quedaba extramuros de la vida que alentábamos.

Cuando salía a solas con Brenda —al cine, a pasear, a alguna confitería o bar—, tomaba la precaución de hacerlo por la tarde y de regresar no mucho después de la caída del sol. Y no lo hacía porque me obligasen a ello: lo decidía yo mismo, porque era lo que me dejaba tranquilo. Me parecía lo más sensato. Así debió haber sido la vida cotidiana en la Transilvania que imaginó Bram Stoker, ¿o no? Cuando uno intuye que hay vampiros que hacen de las suyas en la oscuridad, se encierra y se cerciora de que hayan a mano crucifijos y ajo. (Durante una de esas salidas fui con Brenda al cine Studio a ver *La danza de los vampiros*, de Roman Polanski. Se supone que es una comedia, pero en aquel tiempo me dio más miedo que risa.)

Nunca discutí con mis viejos respecto de la hora a que debía volver a casa, y tampoco tuve conflictos con los padres de Brenda. Nadie era más prudente que yo, porque nadie tenía más miedo que yo.

Décadas más tarde hice malabares para que mis hijas e hijos entendiesen cuán antinatural fue mi adolescencia. Les costó vislumbrar que había transcurrido esa etapa de la vida, en la que el crecimiento y la tormenta hormonal impulsan al descontrol —a cuestionarlo todo, a probar lo nuevo hasta el exceso, a convertirnos en la versión *teenager* de un autito chocador—, comportándome como un monaguillo.

Sin beber alcohol. Sin fumar a escondidas. Sin volver a casa más tarde de la hora señalada. Sin insurrecciones contra mis padres. Sin enfrentamientos con la autoridad escolar.

Mi adolescencia fue un malentendido. Como si el habla argentina, que no diferencia la letra ese de la ce que suena como zeta, me hubiese impulsado a confundir la palabra *adolescente* —que viene de

adolescere, 'madurar, hacerse adulto'— con el verbo *adolecer*, que significa 'enfermar o tener un defecto'. Mi adolescencia privilegió ese contenido morboso. De hecho, durante la secundaria se acentuaron los problemas bronquiales que arrastraba desde niño. Nunca fueron asma declarada. Pero de tanto en tanto —cuando estaba angustiado, e incluso cuando existía algo angustiante que aún no había hecho consciente—, se me cerraba el pecho y no podía respirar.

Me esforcé para explicar esta circunstancia a mis hijas e hijos, porque sin conciencia de la presión bajo la que viví, no hubiesen entendido los desbordes de mi juventud. Todo lo que había conservado embotellado en mí —mientras duró la dictadura, mientras completaba mi educación formal—, se descorchó y derramó después, con la potencia de lo reprimido.

El único hermano de mi madre se llamaba Martín y le decíamos Tincho. Era un par de años menor, graduado de economista. Un tipo alto, de pelo ensortijado, miope como yo, pero afecto a los cristales ahumados. Vivía en Miami con mi tía y mis primos, después de haber trabajado para organismos internacionales y pasado temporadas en Chile, Ecuador y Costa Rica. Para mí era un ídolo porque tenía mundo, hablaba inglés a la perfección y le gustaban las mismas cosas que a mi madre y a mí —el cine, la música, los libros —, con la ventaja de que las consumía antes que nosotros, dado que vivía más cerca de las principales usinas de cultura. En consecuencia, ligué de sus manos cosas de las que necesitaba desprenderse, para soltar lastre en sus idas y vueltas. Mucha novela negra en inglés —Chandler, Hammett, Ross Macdonald—, un montón de libritos con tiras de *Peanuts* —el cómic de Snoopy y Charlie Brown— y algunos discos, como la versión original de *Jesus Christ*

Superstar, que resultó un éxito entre mis compañeros —con Froi y Zerpa adaptamos algunas de sus canciones, para satirizar a la plana mayor del colegio.

Pero lo que quería contar es lo siguiente. Entre los libros que me legó Tincho había unos a los que casi no les presté atención, porque parecían diseñados para niños. Pensé que los habían usado mis primas cuando eran chicas, y que mi tío me los había dejado para escapar a la culpa de tirarlos a la basura en persona. Eran cuatro o cinco, y formaban parte de la misma colección. Se llamaban *What's wrong with this picture?,* lo cual significa: *¿Qué error hay en esta imagen, qué es lo que está mal en esto que estoy viendo?* E incluían una sucesión de ilustraciones que invitaban a jugar. Los dibujos representaban escenas cotidianas con gran realismo: la calle de un pueblo, un museo de arte, un parque en invierno, un partido de béisbol... Pero cada una incluía un detalle absurdo, fuera de lugar, que había que esforzarse por descubrir. En la escena de una piscina, se veía una mujer cuya uña del dedo gordo del pie le crecía del lado de la yema. En la escena del cine, uno entre cientos de espectadores estaba sentado en una butaca que carecía de respaldo. Y así todo.

Eso es lo que siento cuando recuerdo esos años. Repaso las escenas de mi adolescencia —la sensación de que todo lo que ocurría era perfectamente normal, de que cada cosa estaba en lugar, de que no había a la vista nada perturbador ni disonante— y no puedo evitar que la pregunta emerja, con la urgencia de una alarma.

What's wrong with this picture?

32. Yo exploto

Pero hasta los adolescentes de Transilvania necesitan una válvula de escape. Por esa razón, a pesar de la inquietud que empiojaba cada escena de mi vida —ese ostinato—, yo también tuve que ingeniármelas para aliviar la presión. Durante meses, en aquel apartamento insonorizado porque mi suegro entraba a trabajar a las cinco y se acostaba temprano (¡Dios sea loado!), Brenda y yo nos aplicamos al descubrimiento de nuestros cuerpos.

Las investigaciones tenían lugar en una quietud ensimismada. Había que proceder con atención a los movimientos de las inmediaciones. Cualquier ruido podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Necesitábamos de esa alarma para anticiparnos a la apertura de la puerta que conectaba con el living, donde nos toqueteábamos. En consecuencia, el margen de acción era reducido. No convenía adoptar posturas que no pudiesen ser revertidas en un segundo. No debíamos desarreglar las ropas de modo que impidiese que las acomodásemos, abotonásemos, cerrásemos en un santiamén.

Aun así, las posibilidades eran múltiples. Ya habíamos explorado, hasta dominarlas, las variables que ofrece el boca a boca. También desplazamos las lenguas a áreas aledañas que inducían efectos tan

sorprendentes como deliciosos: las orejas, el cuello. En paralelo, las manos abrían sus propios caminos. Ya recorrían de un tirón el territorio que llevaba de la cintura a las caderas y de allí a los muslos. Pronto dejé atrás la firmeza del torso, para aventurarme en el más maleable de los terrenos.

Pasé horas examinando una extensión de centímetros con la yema de mis dedos, por encima de las ropas de Brenda. Me fascinaba la transición que tiene lugar entre las costillas y la curvatura que marca el nacimiento del pecho. Lawrence de Arabia era un poroto al lado mío. A pesar de mi juventud, me convertí en baqueano de aquel paisaje dunar. Entendía lo que se siente cuando superás la planicie rocosa para internarte en la plasticidad de las arenas, la diferencia entre caminar penosamente y empezar a flotar.

Estudié esas formas con la avidez de quien quedó ciego y solo aprende lo nuevo mediante el tacto. Calibré grados de presión a ser aplicada en cada zona. Aprendí a admirar a quienes desarrollaban prendas tan específicas, que además de vestir, sostenían; prodigio en materia de ingenio, me introdujeron a un mundo de breteles regulables y broches que manipulé, al fin, con la habilidad del marinero de tira de jarcias para aprovechar el viento.

Pero, así como es verdad que la práctica precede a la perfección, también es verdad que con la eficacia sobreviene el exceso de confianza.

Cierta tarde de fin de semana fui a visitar a Brenda y descubrí que estábamos prácticamente solos. Su madre y su hermana se habían demorado, haciendo compras en algún lugar de Caballito. Su padre dormía la siesta a puerta cerrada. Esto ofrecía una ventaja objetiva, porque mi suegro —que se llamaba Héctor, aunque mi suegra

pronunciaba *Hét-tor*, nombre tan aplicable a un dios nórdico como a un guerrero de la Edad de Piedra— roncaba con un énfasis que se escuchaba a través de las paredes. La continuidad de ese sonido industrial era un salvoconducto.

Nos ubicamos en el silloncito de dos cuerpos que era sede de las efusiones. A esa altura ya habíamos progresado, estábamos en el equivalente del siglo XIX de la relación: ya casi no quedaba *terra incognita* por descubrir. Con las dunas cartografiadas hasta el último detalle, me había desplazado a las humedades de la entrepierna femenina. El reconocimiento del terreno tenía algo de espeleológico y venía prolongándose, era un yacimiento insondable. Y Brenda había aprendido a interpretar cada pliegue de mi jean, como quien lee braille, hasta animarse a desafiar con sus dedos los riscos del cierre.

Estaba disfrutando de su visita a mis partes íntimas, cuando hizo un movimiento que me sorprendió. Envalentonada por la idea de que nos encontrábamos a solas, cruzó una pierna sobre las mías y se puso a horcajadas. La tenía prácticamente encima. La extensión de su falda nos cubrió a ambos, impidiendo ver lo que ocurría en el interior de la tienda improvisada. Y aunque en realidad no ocurrió nada —porque no hubo tiempo, y porque de todos modos no hubiésemos ido más lejos—, mi mente se anticipó y cubrió la distancia entre la posibilidad y el hecho.

Desde esa posición vulnerable, tumbado de espaldas y con ella encaramada sobre mi cuerpo, pensé que nunca habíamos estado tan cerca de concretar el acto con el que fantaseábamos desde que nos abrazamos por primera vez. Lo único que separaba de la consumación eran unos centímetros y un movimiento preciso.

Estábamos a nada de ensamblarnos. Me sabía en condiciones de descubrir cómo se sentían aquellas humedades, cuando se las visitaba con algo que ya no eran los dedos. ¿Se habrían sentido así los navegantes, en ese interregno que ocurría entre el avistaje y el pisar tierra por vez primera?

Lo que yo sentí, al menos, fue un fuego que recorrió mi cuerpo, y acto seguido, una detonación. Entendí al vuelo lo que había ocurrido, pero eso no aplacó mi sorpresa. Nunca antes me había pasado algo similar, sin que mediase manipulación.

Brenda y yo intercambiamos miradas desorbitadas. Levantó el faldón de la tienda, para proceder a la inspección. Lo de ella se arreglaba fácil, cualquier mancha de humedad quedaría oculta por su falda. Pero mi jean presentaba otro panorama. Era como si hubiese agitado una lata de cerveza, para entonces abrirla.

La frase hecha acudió a mi mente: *Look, ma. No hands!* (No me diga que no la conoce. En inglés se usa cuando un niño logra una proeza que antes no estaba a su alcance, como conducir una bicicleta sin agarrar el manubrio: *Mirá, mamá... ¡Lo hago sin las manos!*)

Pero la situación no daba para reírse.

Me encerré en el baño. Limpié cada una de las manchas, humedeciendo jirones de papel higiénico y frotando enérgicamente. Para colmo el jean que vestía esa tarde era de una tonalidad cruda. De haber sido azul como los tradicionales, se hubiese prestado mejor al disimulo. Pero en el jean claro, las manchas resaltaban como si el pantalón tuviese varicela.

¿Cuánto tiempo estuve allí adentro? Para empezar, tanto como para que el regreso de mi suegra y mi cuñada se tornase inevitable.

A su llegada, Brenda proporcionó la historia que yo confirmé desde adentro del baño: que me sentía mal y había optado por refrescarme la cara y mantenerme cerca de los sanitarios. Evité mentir que había vomitado, lo que hubiese servido para explicar las manchitas sobre el pantalón. Pero admitir que había lanzado medio estómago sobre mi propia ingle me inspiraba un tipo de vergüenza incalificable. Y eso que tenía claro el dilema: ¿pasar por pelotudo o enfrentarme al pelotón de fusilamiento?

El tiempo volaba y las manchas no se secaban. El ventanuco del baño no habilitaba la fuga, era demasiado pequeño. Mi suegra volvió a preguntar si estaba mejor. Una vez. Dos veces. La voz estrangulada con que respondí no tuve que impostarla.

Finalmente la física cumplió con los pactos preexistentes y las manchas se adelgazaron hasta ser casi imperceptibles, siempre y cuando me mantuviese en movimiento. Salí, me excusé por el secuestro del baño, dije que me había recuperado pero prefería irme y puse pies en polvorosa. Apenas llegué a casa, me quité el jean y lo mandé al vientre del Eslabón de Lujo, camuflado entre la ropa sucia.

Durante los meses que siguieron Brenda y yo moderamos nuestro afecto, al menos en lo que concernía a mi entrepierna. Ya habíamos entendido, de la peor manera y a nuestra cuenta y riesgo, los peligros que entrañaba manipular la clase de armas que —como las de marca Acme en los dibujitos de la Warner— se disparaban solas.

33. Sufro, luego existo

Una de las constantes de Cuarto Año fue el entrenamiento para la confirmación. Y lo digo adrede: *entrenamiento*, porque a pesar de la naturaleza espiritual de la tarea, se nos expuso a ella con una intensidad y un rigor que califican como deportivos.

Yo no sabía qué era la confirmación. Se trata del primer sacramento de la vida adulta. Porque hasta ese entonces, las decisiones en materia religiosa son tomadas por nuestros padres. Así nos bautizaron, así se ocuparon de que nos preparásemos para la primera comunión. Pero en los secundarios de confesión católica se presumía que, a consecuencia de estar ya en Cuarto, habíamos alcanzado una madurez que permitía retomar los votos originales y reafirmarlos voluntariamente.

Qué ilusos. Criaturas de quince, dieciséis y diecisiete años no están en condiciones de poner la firma a un compromiso vitalicio, ni con la fe cristiana ni con ninguna otra cosa. A esa edad, todo horizonte es condicional. ¿Qué podíamos saber de la vida? Menos todavía que el común de los adolescentes, dado que la Argentina de los 70 nos confinaba a un ambiente artificial —prácticamente una pecera—, preservándonos de las experiencias de la mar abierta.

Pero es verdad que el prospecto incluía un aliciente. Que pusieran la decisión de confirmarse en nuestras manos nos hacía sentir adultos por primera vez. Y eso venía bien, como preparación —otro beneficio del *entrenamiento*— para la decisión que debíamos tomar durante el año por venir: la elección de una carrera universitaria, a la que todos nos creíamos llamados, o compelidos, sin excepción.

El aspecto voluntario de la cosa fue subrayado cuando se nos presentó la opción. La libertad que ponían a nuestro alcance era tan grande que incluía la posibilidad de negarse a tomar la confirmación. Obligarnos hubiese ido en contra del principio del libre albedrío, de la decisión ponderada.

La generosidad nos conmovió. Éramos alumnos de una secundaria confesional, y aun así nos concedían la oportunidad de decir: *no quiero*. Que nadie aprovechó, por supuesto. Ninguno de nosotros la tenía tan clara, respecto de la vida futura, para tomar la determinación de apartarse del rebaño.

Confirmarse suponía una preparación intensiva, que superaba el régimen de clases de Catequesis. Era una cosa seria, como templarse para devenir *marine* del mundo espiritual. En consecuencia, habría clases y encuentros extras a lo largo del año. Ya no alcanzaría con reforzar nuestro espíritu de grupo (*¡ustedes mismos!*), ni con aprender a no ser arrastrados por las corrientes de la sociedad. (*¿Dónde va Vicente? Donde NO va la gente*.) Era el momento de tomar un compromiso personal con Dios, *one on one*; de mirarlo a los ojos —es un decir— y prometerle que de allí en adelante lo seguiríamos hasta el final o, para ponerlo en términos de Carlitos Balá, hasta la *lontanáncica*.

En el caso de que diésemos el sí, quedaba pendiente una decisión más. Había que elegir un padrino. Alguien cuya autoridad reconociésemos, a quien respetásemos como tutor, asesor o *back-up* espiritual. ¿Quién había, en mi entorno, que pudiese cargar con semejante responsabilidad?

No pude decidirme de una. El asunto se tomó su tiempo.

Mientras tanto, el Cóndor se puso al frente del *training* espiritual. Fue nuestro Labruna, nuestro Pizzuti. Nos *coacheó* como grupo pero también individualmente —como cura que era, podía oficiar de confesor. Y yo me tomé el asunto en serio por primera vez en la vida.

Durante mi infancia, la religión me interesó apenas como materia prima de películas o libros. Ya había visto *Ben-Hur* media docena de veces. Lo cual no era poca cosa, si se considera que en aquella era a. N. (antes de Netflix), cuando ni siquiera existían los sistemas de *videohome*, solo podías ver cine en las salas o en versiones tardías, cortajeadas, dobladas y en blanco y negro, la especialidad de la televisión. (Donde, por cierto, consumí otras películas de la temática: *Quo Vadis, El manto sagrado, Rey de reyes* y siguen las firmas.)

Pero, en la vida real, la religión era un incordio. Ser arrastrado a misa implicaba malgastar horas preciosas del fin de semana, que siempre era demasiado corto. Y el trance suponía sentarse cerca de viejitas que olían raro y de decoraciones de dudoso gusto, como el Cristo muerto que la Santa Julia exhibía en caja de cristal, cual Blancanieves.

Las historias que fungían como piedritas del collar de la religión eran brillantes, pero de fantasía. Estaba Noé, el creador del primer zoológico flotante. Estaba David, dueño de la gomera más rápida de

Medio Oriente. Estaba Sansón, el forzudo que le temía a la calvicie más que a la muerte. Estaba Moisés, pionero de la travesía marítima en seco. Pero la historia alrededor de la cual se ordenaba todo era otra cosa.

La vida de Jesús también contaba con efectos especiales. (Uno de ellos, la capacidad de convertir agua en vino, no ha cesado de crecer en mi admiración.) Pero su esencia no era espectacular. Al contrario, parecía comunicar mejor a través de escenas simples, donde se creaba intimidad y se decían cosas que germinaban más tarde, cuando se le concedía al alma soledad y silencio. En Jesús, lo más prodigioso eran sus palabras: las historias que narraba, concitando la atención de un público cada vez más vasto. (*Parábolas*, las llaman en los Evangelios, pero en los hechos son cuentos. El Nazareno fue un gran narrador oral.)

Lo otro que concitaba mi atención era su conducta como hombre.

Según se desprendía de los textos que nos leían, comentaban e invitaban a analizar, había sido un tipo desprovisto de prejuicios sociales. No le fruncía la jeta a nadie, por peor visto que estuviese: putas, atorrantes, apestados, pobres, así como no se achicaba ante los poderosos —sacerdotes, jueces, centuriones, gobernadores. Lo cual tenía sentido, porque el tipo creía que la mejor manera de pasar por este mundo era amando sin discriminar, y cuidando en particular de aquellos que andan cortos de suerte, y por ende necesitan más atención.

Lo que me fascinaba era que, ante todo, ese narrador invitaba a escribir: a cada uno de nosotros, sobre el palimpsesto de nuestras vidas, con la tinta del amor. Jesús nos llamaba a ser cocreadores, a hacer de la existencia una bella historia. ¿Cómo iba a sustraerme yo,

que me consideraba un *sommelier* en materia de narraciones, a semejante convocatoria?

Lo que me jodía, sí, era el final del relato. La persecución, el tormento, la ejecución, pero ante todo la pretensión de que esa muerte, y solo ella, le daba sentido a todo. No era la consecuencia del choque inevitable con una sociedad hipócrita y un poder imperial: la muerte era el plan en sí mismo, coronado por una resurrección concebida como *big finish* —el efecto especial para acabar con todos los efectos especiales.

Qué quiere que le diga: a mí no me cerraba. Por un lado, toda aquella violencia generaba aprensión en la criatura que yo era: los latigazos, la corona de espinas, el vía crucis con el cadalso a cuestas, la animalada de clavarte sobre maderos y exponerte a la vista de todos, en pelotas, a resecarte al sol y morir de asfixia, de sangría, de sed. Todo eso me horrorizaba —materia prima para pesadillas.

Tampoco me alentaba el morbo que parecía inseparable del ceremonial. La carne mortificada y exhibida en la cruz, las llagas de los santos, el catálogo de mártires, la expresión transida de cada efigie, las ofrendas florales y el perfume a velorio que lo permeaba todo.

Entendía la necesidad de encontrar sentido al dolor. Pero me costaba aceptar que fuese el único sentido relevante, que todo debiese pasar por esa criba. Te parabas en medio de cualquier iglesia, y mirases para donde mirases, veías símbolos e imágenes que remitían al sufrimiento. ¿Era el dolor la única realidad que contaba, nuestro patrón de medida? Durante el tramo de la pasión, era previsible que el relato virase hacia el espanto. Pero ¿no era importante también lo previo: las páginas donde Jesús habla de

amor y lo practica, disfruta de sus amigos, comparte lo poco que tiene, sana, morfa, chupa, baila y se divierte?

De todos modos, en aquellos meses del 77 le puse garra. Y terminé enganchándome. Asumí que se debía a mi maduración, el *training* me ponía en forma para sostenerle el ritmo a Dios. En ese sentido, el Cóndor fue alentador. Escuchó con atención, hizo preguntas interesantes, recomendó lecturas. A menudo aclaraba mis dudas antes de que yo lograse articularlas. Me impresionaba como un Sherlock Holmes del alma humana: intuía qué me estaba pasando o qué pensaba antes de que lo verbalizara. La asociación se facilitó cuando percibí que el Cóndor se parecía a Basil Rathbone, el actor que era mi favorito entre los Sherlocks del cine.

Recuerdo una tarde en el patio descubierto. Yo esperaba al Cóndor para confesarme, a él le gustaba hacerlo mientras caminaba por ahí —lo encontraba más ameno. Como él conversaba con uno de mis compañeros, bordeando el patio que oficiaba de canchita de fútbol, resolví sentarme en el banco de cemento. Se ve que suministró rápido su *ego te absolvo*, y me sorprendió hablándome a corta distancia.

—El miedo a la muerte deriva del miedo a la vida. El hombre que vive intensamente está preparado para morir en cualquier instante.

—¿Eh?

(No fue mi réplica más lúcida, lo tengo claro.)

—Es una frase de Mark Twain. El escritor —me dijo.

—Ya sé que es un escritor. Tom Sawyer, Huck Finn.

—¿No estabas pensando en eso? En la muerte, digo.

—¿Y usted cómo sabe?

—Siempre que hablamos de la pasión, te pones a juguetear con tu crucecita de oro. ¡La que llevas al cuello!

En efecto, tenía los dedos enganchados en mi cadenita... y estaba pensando en la muerte. Venía de ver a mi médico, el doctor Mohr, que me había mostrado una radiografía de mi pulmón izquierdo, todavía mustio después del neumotórax que padecí aquel invierno.

Durante la recta final hacia la confirmación, el Cóndor me persuadió de que Dios me tenía en particular estima. Según él, yo debía considerarme un elegido. En aquel momento entendí que quien me había elegido era el Señor. (Qué *naive*, el pibe: a pesar de las clases de psicología que el Cóndor había impartido, todavía desconocía el mecanismo de la proyección.) La idea de que Dios supiese quién era yo, y de que además me quisiese en su equipo, me llenó de orgullo. Poco después empezó a preocuparme. La atención excesiva devino tensión excesiva.

¿Qué margen para negarme tenía si Dios me llamaba en persona? ¿Se trataba de una generosidad *pour la galerie*, como la libertad de no tomar la confirmación, a sabiendas de que aceptaríamos el sacramento de todos modos? ¿Qué sería de mí si declinaba la invitación? ¿Me convertiría en un réprobo? ¿Recibiría una marca como la de Caín, para que todo el mundo supiese a simple vista que yo había rechazado a Dios?

Me angustié mucho. Y cuando me angustiaba, sufría episodios bronquiales. Después de tratarme durante años, Mohr concluyó que pesaba sobre mis pulmones una condición psicosomática. Que sólo controlaba de dos formas.

Lo más práctico era el Ventolin. Me zampaba una dosis de ese jarabe, y santo remedio. La otra era más trabajosa: requería el

esfuerzo consciente de controlar mi respiración, para dejar de ahogarme. El método más eficaz consistía en buscar una distracción. Dejar de pensar en la asfixia —o sea, en la angustia que me producía el ahogo, y en la causa que me había angustiado en primer término— para permitir que el cuerpo le arrebatase el timón a mi cabeza y le devolviese el rumbo a mi organismo. Cuando me ahogaba en la madrugada, optaba por levantarme, me preparaba un café con leche y me concentraba en un libro. Con la mente abocada a la historia, el cuerpo recuperaba la paz.

De todas formas, sobrellevar episodios bronquiales durante esas semanas fue casi un alivio. Según la literatura religiosa, cosas peores podían pasarle a quien sufre intensamente. Sudar sangre, por ejemplo. O padecer estigmas: que se te abran heridas en la carne como las que recibió Jesús durante su calvario, en las manos, los pies y en el costado. (Eso mismo le había pasado a San Francisco de Asís, decían.)

Y encima me torturaba la frase de Mark Twain que el Cóndor citó en el patio. Su intención había sido buena, de eso no tenía dudas. Trataba de decirme que me preocupase de vivir, en vez de preocuparme por la muerte. Pero a la vez, según la cita de Twain, quien vivía intensamente estaba preparado para morir en cualquier momento. Y yo, gracias a la atención personalizada que tanto Dios como el Cóndor me dispensaban, estaba sufriendo intensamente. Mi religión era muy clara al respecto: vivir era sufrir, sufrir era vivir. O sea que si yo estaba sufriendo intensamente, también estaba viviendo intensamente.

¿Significaba eso que me había puesto solito en condición de ser arrebatado del mundo?

34. ¿Se puede ser católico y muy turro a la vez?

Al final elegí como padrino al tío Tincho. La decisión se precipitó a partir de un proceso de descarte. Entre mis tíos postizos, que eran unos cuantos, Sergio quedaba inhabilitado porque era judío y Franco porque no me lo bancaba mucho. Pablo era simpático, pero no me impresionaba como alguien religioso. (Era un jodón bárbaro, bah. Aunque para sobrevivir con tres hijas adolescentes debió tener madera de santo.) Pudo haber sido el Turco, padre de mi amigo Ramirito. Y debió haber sido él, ahora lo entiendo. El Turco se agigantó en mi estima a medida que crecí, llegué a sentirlo como un par de mi padre. Pero toda decisión es la polaroid de un momento, y en aquel instante solo vi lo que se me permitió ver a través del ojo de la cámara.

¿Y por qué el tío Tincho, con quien ni siquiera tenía una relación estrecha? Para empezar, porque de los candidatos era el único por quien sentía admiración intelectual.

El tipo era una enciclopedia de cosas que me interesaban. A eso le sumaba que, en materia de gustos, estaba más *aggiornado* que mi madre. Además leía en inglés como si fuese su primera lengua, una habilidad que yo todavía no dominaba. (Con los libritos de *Peanuts*

me las arreglé. Disfrutar de Chandler y Hammett en su idioma original me costó algún tiempo más.)

Fue Tincho quien me regaló la grabación original del musical *Evita*, que había colado por Ezeiza sin sufrir contratiempos. (Dios estaba de su lado, es manifiesto. O al menos lo estaban sus representantes sobre la Tierra.) Ese disco no salió nunca de casa. Solo lo ponía en el Ken Brown después de bajar las persianas y a un volumen discreto. Aunque sus canciones sonaban en inglés, temía que alguien advirtiese que quienes cantaban eran Perón y Evita. Peor aún: ¡quien oficiaba de relator era el Che! En mi imaginación, escuchar ese disco era como recibir mensajes cifrados desde Moscú o La Habana.

Fue Tincho quien, en el 84, me habló por primera vez de los hermanos Coen, cuyo debut, *Blood Simple*, le había fascinado. Cuando por fin pude ver *Simplemente sangre* —un año y pico después, acá todo llegaba tarde y mal—, no me quedó otra que darle la razón. El tipo no erraba un tiro.

También admiraba su estilo de vida internacional. Yo soñaba con lo mismo: viajar por el mundo constantemente, pescar las giras de los grandes artistas, ver las películas cuando se las estrenaba en los Estados Unidos en vez de esperar acá meses o años. Durante algún tiempo alenté la idea de convertirme en diplomático, creyendo que eso garantizaría un derrotero cosmopolita. Entonces oí que, para integrarse al servicio de relaciones exteriores, convenía graduarse de abogado. Lo cual me convenció de conseguir mis pasajes de avión de manera decente.

Al lado de mi tío, mis viejos y yo éramos unos palurdos. El tipo había trabajado para tinglados importantes —las Naciones Unidas,

sin ir más lejos— y finalmente se independizó. Cuando ganó su primer millón de dólares, se compró un Mercedes. Ese era el único ítem en que diferíamos. A Tincho le fascinaban los autos y a mí me chupaban un huevo, a excepción del Batimóvil y del Max 5. El placard de la habitación de Tincho en la casa de mis abuelos estaba lleno de revistas de automovilismo. (Una de ellas era italiana y se llamaba *Quattroruote*, me acuerdo.) Aunque también es posible que Tincho fuese alguien dado a disimular sus verdaderas preferencias. Muchas de esas revistas servían de tapadera, adentro había escondidas ediciones de otra naturaleza: revistas eróticas. (Una de ellas se llamaba *Adán*. Los gustos de mi tío eran católicos en toda la línea.) El ardid no me molestó, porque esas revistas me entusiasmaban más que las que incluían fotos lascivas de bujías y pistones.

Además mi tío era el único, entre los candidatos, que se tomaba en serio la cuestión religiosa. Mi tía y Tincho participaban de una organización llamada Opus Dei. Yo tenía entendido que era una orden religiosa más, como los bonanovistas. Pero pesqué por ahí que estaban muy bien organizados en el mundo entero, y que se ocupaban de posicionar a los laicos que formaban parte de su comunidad. En aquella circunstancia, cuando se aproximaba la hora en la que debía decidir qué estudiar, ese dato pesó. Ya estábamos en el segundo semestre de cuarto año, y todavía no sabía qué sería del resto de mi vida. Además de asesorar en materia espiritual, mi tío Tincho podía ser útil en otros aspectos. El Opus Dei —eso decía mi madre, al menos— representaba una valiosa red de relaciones, en el contexto social de las capitales del mundo.

Por eso Tincho terminó por imponerse. Era un candidato *win-win.*

Mi padre lo aceptó, a pesar de que Tincho no era santo de su devoción. Cosa que disimuló hasta que, muerta mi madre, dejó de fingir. Cuando Tincho aparecía en la conversación, ponía cara de oler algo feo.

Al principio supuse que se debía a un doble resentimiento. Por solidaridad con mi vieja, que siempre padeció que sus propios padres privilegiasen al benjamín de la familia, que además era varón. A Tincho se lo consintieron todo, pero a ella no le permitieron estudiar lo que quería. Deseaba ser médica y la forzaron a ser odontóloga, una profesión que consideraron más adecuada a las mujeres, cuya ocupación central debía ser la de esposa y madre.

También imaginé que a mi viejo lo mosqueaban las afinidades con Tincho, que yo no compartía con él. Porque a mi padre, que era un tipo encantador en términos sociales, no le gustaba ningún arte en especial. Ni el fútbol lo entusiasmaba. Solo lo hacían feliz su trabajo, su familia y sus amigos. Mientras que yo podía conversar con mi tío de una plétora de cosas de las que él no tenía idea, ni de oídas.

De adulto comprendí que su desconfianza tenía otras razones.

Llegó el día del ritual de la confirmación. Todos vestíamos de traje, probándonos el disfraz de adultos. Cuando sobrevino el momento clave de la ceremonia, los confirmandos hicimos una fila en el pasillo central de la capilla, con nuestros padrinos a un costado, apenas por detrás. Como se trataba de una *remake* del bautismo, en este caso solo apta para mayores de catorce, la idea era que se nos volviese a imponer el crisma —ese óleo perfumado con el cual te ungen la frente— y se reiterasen las preguntas y las profesiones de fe que, cuando éramos bebés, los adultos habían respondido por nosotros.

Si usted vio *El Padrino*, sabe bien de qué hablo. Es ese momento en que el cura plantea si uno está dispuesto a renunciar a Satanás, y si cree en Dios, el Espíritu Santo y la mar en coche. Después de ese trámite, la fila iría avanzando hasta que cada uno llegase al altar, con los padrinos como escoltas. Y allí el sacerdote te impondría la mano —suena feo, pero se dice así— y dibujaría una cruz en tu frente con el aceite consagrado.

Primero, como le dije, llegaron las preguntas.

¿Renuncian a Satanás y a todas sus obras y seducciones?

Años más tarde, mi padre, que era un católico del montón —de misa y limosna semanal, piadoso sin llegar nunca a ser de izquierda —, me contó cuánto lo había impresionado una frase que Tincho tiró en el contexto de una discusión por guita, ya no recuerdo si con mis abuelos o con mi vieja. "Yo soy muy católico, sí", dijo mi tío, según mi padre. "Pero también soy muy turro".

Después venía la parte de la reafirmación de la fe.

¿Creen en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor?

Mucho tiempo después, ya en este siglo, al revisar los trastos que mis padres dejaron a su muerte en la casa familiar, descubrí una credencial dentro de una caja con papeles. De esas con forma de librito, primorosas, con cubierta roja fabricada a partir de algo que parecía cuero. Era del tío Tincho. Pensé que sería su carnet de socio de River, porque mi abuelo tenía uno similar. Era su credencial de funcionario del Poder Ejecutivo Nacional. Ministerio de Planeamiento. Con fecha de marzo del 77.

Según averigüé, Tincho trabajó para el general Díaz Bessone, que representaba al sector "duro" de las Fuerzas Armadas. Pero Díaz

Bessone perdió la interna de la economía, que Videla dejó en manos del ministro del sector, José Alfredo Martínez de Hoz. Todavía hoy, cuando considero la cantidad de personas que asesinaron, más la destrucción de la economía que inició Martínez de Hoz y desde entonces no revertimos del todo, me cuestiono qué hubiese sido del país si los "duros" como Díaz Bessone —y mi tío, en carácter de socio— se hubiesen impuesto. ¿Cuál hubiese sido nuestra suerte, en manos de quienes eran muy católicos y muy turros— o más turros que Videla, cuanto menos? Lo inapelable es que, a consecuencia de ese revés, Tincho optó por aceptar conchabo fijo en el extranjero.

Esa fue la persona que elegí como guía espiritual. Un colaborador de la dictadura. Que no prosperó en ese contexto porque apostó al caballo equivocado, nomás.

Visto desde la perspectiva de hoy, ¿cómo no iba a extraviarme?

Porque en el 78 —último año de la secundaria— me extravié feo.

En Quinto corrió sangre.

La tercera

La juventud termina cuando lo hace el egoísmo; la madurez comienza cuando uno vive para otros.

HERMANN HESSE, *Gertrude*

35. El negocio del cielo

1978 debía ser Un Año Importante. Todo conspiraba para que lo fuese. Durante el último curso decidiríamos a qué dedicarnos el resto de nuestras vidas. (Muchos lo sabían ya. En particular los futuros ingenieros: estaban jugados desde Primer Año, el virus ingenieril se manifiesta precozmente.)

Semejante decisión era una carga. Pero además había que prepararse para ser aceptados en la universidad elegida. Debíamos hacer un curso de ingreso y rendir un examen. La presión de esa circunstancia era abrumadora: la vida entera pivoteaba sobre esos malditos tests. Y para complicar la cosa aún más, aquel año arrojaba sobre el paño de su partida una distracción extra.

Era el año del Mundial de Fútbol en la Argentina. Los mejores equipos del planeta vendrían a casita, donde jugaríamos de locales con una escudería que incluía a ases como Mario Kempes y Leopoldo Jacinto Luque.

A mí el fútbol me deja frío. Nunca jugué bien, en parte por la miopía, que convertía la pelota en una mancha borrosa, una entidad imprecisa. (Jugar con anteojos era impracticable.) Pero también porque había aprendido que cada vez que agarraba la pelota ocurría una calamidad.

A los cinco años fuimos de vacaciones a Neuquén y, pateando una de goma en la vereda, me corté el tobillo con el culo de una botella de Coca-Cola. Mi blanca zapatilla Flecha se volvió una Flecha roja: derecho al hospital y a zurcirme, seis puntos. A mis once la familia pasó las vacaciones en Santa Rosa de Calamuchita y, cuando se me acabaron los libros, me aburrí tanto que empecé a pelotear solo. Con tan mal tino, que pegué un pelotazo a una rama que alojaba una colmena. Entré corriendo a la casa, envuelto en una nube de abejas. Mi cuerpo era un cementerio de aguijones. De allí en adelante, cada vez que rozaba una pelota, me preguntaba: *¿y ahora qué escomúnica me va a caer encima?*

Pero la excitación general era contagiosa. El campeonato brindaba la oportunidad de distraernos del deber, fingiendo interés en los seleccionados de Hungría y Túnez y, por supuesto, convirtiendo cada presentación del equipo local en un evento.

La cosa arrancaría el 1° de junio. Vivimos el primer semestre con la ansiedad del que apuesta un romance al deshojado de una margarita.

Durante el verano, mis padres me habían convocado al sillón del living —signo de la importancia que concedían al trámite— para tener "la conversación". ¿Qué pensaba hacer yo con mi vida?

El futuro era una pelota inquieta y difusa. Lo único a que aspiraba era a que no me reventase la jeta y a no ser arrollado por los jugadores que la veían clara.

Me apetecía dedicarme a la ficción. Pero apenas expuse la idea, me retrucaron: "¿Y de qué vas a vivir? Nadie se gana el pan escribiendo novelas". Yo no atiné a rebatir el argumento, aunque imaginaba que los escritores y las escritoras debían vivir de algo:

lejos de morir de inanición, Borges y Cortázar y Silvina Bullrich y Marta Lynch seguían sacando libros. Y además la negativa de mis padres me puso a la defensiva. Me recordó a Mimi —la tía de John Lennon—, que le había espetado: "Con la guitarrita esa te vas a cagar de hambre". Lennon le cerró el pico, y cómo: con la guitarrita se volvió rico y hasta le compró a Mimi una casa envidiable. Una forma de agradecerle el cariño y el cuidado y —al mismo tiempo— de decirle *te cagué* sin palabras. Pero yo no sabía si "mi guitarrita", o sea mi capacidad creativa, iba a rendir como la literal de Lennon. Y mis padres no disimulaban su aspiración a dejar de mantenerme, más temprano que tarde. Con lo barato que les salía, a los muy turros.

La única otra opción que entretenía se salteaba esas dificultades. Porque yo había empezado a considerar la posibilidad de ser cura. La atención personalizada del Cóndor me había marcado. Según él, yo tenía una clara vocación religiosa. Exageraba, sí, pero algo de eso había. La idea de pasar la vida predicando un evangelio de amor —*evangelio* significaba *buena noticia,* casi como el nombre del Colegio — me resultaba apetecible. Yo era hábil expresándome en público; me prestaban atención. Además, cuidar de aquellos que estaban jodidos o padecían discriminación se me daba naturalmente. Ya me había pasado con Recanati, con Zerpa, con Lito y con otros más, a quienes apañé por considerarlos desvalidos, para sorprenderme cuando se convirtieron en amigos entrañables.

Madera de cura tenía, aparentemente. El tema era que meterme en el seminario significaba separarme de Brenda y renunciar a ponerla durante el resto de la vida, lo cual no era poco sacrificio. Pero, a diferencia de lo que expresaron cuando dije de convertirme

en escritor, mis padres no objetaron esa posibilidad. No sé si les hacía ilusión tener un hijo cura, o entendían que esa decisión los relevaría del gasto que representaba para el presupuesto familiar. De engancharme con una universidad (¡aunque fuese pública!), no les quedaría otra que seguir manteniéndome durante cinco años más. En cambio, si partía rumbo al seminario, me convertiría en responsabilidad de la Santa Madre Iglesia.

Para mis padres, el sacerdocio significaba un negocio redondo. Les quedaban otros dos hijos para reclamarles nietos.

(Por las dudas le advierto, lectora, lector, que no hablo del todo en serio. Es verdad que mis padres fueron amarretísimos. Es una de las causas por las cuales un día me fui de casa intempestivamente, y no volví nunca más. Pero es posible que la perspectiva de mi ordenación entusiasmase a mi madre. Debe haber considerado que era más factible que llegase a ser obispo, arzobispo, Papa, que a convertirme en un escritor autosustentable.)

Decidirse era imperativo. Por alguna carrera profesional o por el sacerdocio, pero decidirse. El 78 se erigía como un momento liminar, la más relevante de las fronteras que habíamos conocido.

Y eso es lo que fue. Aunque no de la manera que habíamos soñado.

36. Doña Felipa, la hechicera

Ante el panorama que teníamos por delante, el Colegio era la última de las preocupaciones. Por un lado, estaba claro que había que conservar el nivel de las calificaciones, para no sufrir sorpresas de último momento. Que el boletín no estuviese en condiciones prístinas podía ser catastrófico a la hora de rendir examen ante la universidad. Pero, por el otro, a esa altura la mayoría de nosotros ya dominaba el juego. Los primeros años de cursada nos habían familiarizado con el paño: el Colegio, sus autoridades, los profesores, sus vicios y manías. Todo lo que necesitábamos era jugar sobre seguro, sin hacer locuras, y el 79 se revelaría al alcance de nuestras manos.

Durante el 77, la llegada de Urango supuso una molestia. El tipo era estricto, un obsesivo de las formas, y estaba dispuesto a disciplinarnos hasta que las observásemos. Pero, más allá de eso, no propuso otro desafío. Vivir pendientes del atuendo escolar y del largo del cabello era hinchapelotas, pero tampoco la muerte. Tiramos de la piola un rato, para demostrar que no estábamos dispuestos a hocicar, pero al final nos adaptamos. Todo fuese por tener la fiesta en paz. A cosas peores veníamos habituándonos, y nadie se había vuelto loco, ¿o no?

Hacíamos el mínimo esfuerzo, pero cumplíamos. Eso permitía regular energías para lo que importaba, que era el futuro. Pero aquellos que todavía ignorábamos qué sería de nosotros no encontrábamos qué hacer con tanta energía; la acumulábamos a límites de sobrecarga. Y en nuestro eléctrico desconcierto, no fue inusual que incurriésemos en chambonadas. El Lito, por ejemplo —que pretendía dedicarse a algo relacionado con la guita, pero no sabía si ser economista, contador o DJ—, rompió un vidrio del aula porque vio que el borrador del pizarrón estaba en el piso y, en vez de levantarlo, lo pateó. ¿A quién se le ocurre usar un borrador como pelota? Durante un cambio de hora, Klaus y Ricky se embarcaron en una pulseada. (Dirimían una interna por el liderazgo de Los Callejeros, la fuerza bruta versus el encanto popular.) Además de presionar para vulnerar el límite del oponente, empujaron tanto hacia abajo que partieron la mesita por la mitad.

Pero aun en medio de esos tironeos encontré tiempo para disfrutar del último año. Por ejemplo, del hecho de contar con una profesora de Francés que era buena de verdad. Todos sabemos que, en términos académicos, la secundaria enseña poco y nada que vaya a acompañarnos durante la vida. Yo olvidé todos los ríos y arroyos de la Argentina que el pelado Luciani nos hizo memorizar, y todos los versos del Siglo de Oro español que nos recitó Otero y, por cierto, todas las conjugaciones que inculcó Farré mediante el pánico. Pero nunca olvidé el francés que Dorita nos enseñó entre el 77 y el 78.

Era una mujer de bonitas facciones y anteojos como platos. Lidió con cuarenta bestias mientras enseñaba los rudimentos del idioma, un mérito mayúsculo. Nos dio una buena base: pocos años después, me descubrí leyendo ejemplares de *Cahiers du Cinéma* gracias al

francés que enseñó, sin más ayuda que un diccionario y un lapicito con el que garabatear la traducción de las palabras que aún desconocía.

El 78 fue, también, el año del descubrimiento de *El señor de los anillos*. Minotauro publicó en el 77 la primera parte en que dividieron la novela de Tolkien: *La comunidad del anillo*. Me volvió loco. El universo tolkeniano tenía mucho en común con mis predilecciones: transcurría en una suerte de Edad Media —espadas, caballos, magia— que al fan de las leyendas del rey Arturo que siempre fui le parecía el universo ideal. Mis propias historias empezaron a alejarse de la ciencia ficción para arrimarse al *fantasy*. Dejé de pensar en cuentos para proyectar trilogías que me permitiesen soñar esos mundos, más brutales, sí —eso pensaba por entonces, qué iluso—, pero a la vez más caballerescos. Para probar que podía desenvolverme en esas eras imaginarias, escribí un par de relatos en escenarios parecidos a la Tierra Media. Uno de ellos dio pie a una conversación con Froi, durante la cual me descubrió un secreto.

Se llamaba *La peregrinación de Marel-Rambar*, nombre del protagonista. (Todo nombre de historia de *fantasy* debía pasar el test de sonar plausible en Bree, Rivendell o Mordor. Marel-Rambar fue lo mejor que pude conseguir, en aquel momento.) Al tipo lo acusaban de un crimen que no había cometido. Y terminaba condenado a una pena severísima: le ataban a la espalda el cadáver de su presunta víctima —espalda contra espalda, los brazos amarrados a los brazos del muerto— y lo arrojaban a un desierto que debía atravesar si quería sobrevivir. A esa peregrinación se refería el título. Las posibilidades de coronarla con vida eran exiguas.

(Ya sé que el simbolismo era obvio: Marel-Rambar debía cargar con la culpa, sobrellevar el peso de lo que se le acusaba de hacer —y todo, en los términos más literales. ¿Qué pretende usted de mí, lectora, lector? Yo era un crío que atravesaba la fase más intensa de su cristianismo. Y en la clase de fe que me inculcaban, el pecado ocupaba el lugar del astro sol. Sin la culpa como motor del sistema devocional, la maquinaria no funcionaba.)

La gracia del cuento pasaba por el hecho de que, cuando Marel-Rambar desfallecía y la alternancia entre el sol y las lluvias pudría las ligaduras que lo unían al cadáver, descubría que de todos modos no podía quitárselo de encima. Del cuerpo en descomposición y las llagas de su espalda había surgido una simbiosis: Marel-Rambar tenía al muerto pegado, los dos se habían convertido en uno: una extraña figura, vagamente angélica, porque el peregrino parecía cargar con un aparejo sobre sus hombros.

No sé por qué se me ocurrió semejante cosa. Solo sé que en ese momento me dio morbo la idea de un cuerpo asimilando a otro. Y no solo en términos orgánicos. Poco a poco Marel-Rambar percibía que lo visitaban sensaciones y conocimientos que no eran suyos, y que no podían sino pertenecer al gemelo siamés que había ganado de adulto. Entre esos conocimientos estaba la verdadera identidad del asesino.

Le di copia a Froi un lunes de abril del 78, al salir del colegio. Cuando llegué a casa, mi madre me esperaba teléfono en mano. Explicó que tenía allí a un compañero llamado Freud, de quien —no perdió tiempo en reprochármelo, antes de pasarme el aparato— ella nunca había oído hablar. Era cierto: yo no se lo había mencionado, ni siquiera cuando fui a visitarlo. ¿Para qué gastar saliva, si de todos

modos pensaría que le estaba mintiendo para disimular una escapada a lo de Brenda?

Apenas dije hola, Froi me convocó a su casa. Esa misma tarde.

La distancia que separaba el colegio de nuestros respectivos hogares era similar. Eso sugería que Froi había leído el cuento mientras caminaba todavía —porque la comunicación debía estar relacionada con mi texto, no había otra explicación—, y que me había llamado tan pronto llegó.

Nos encerramos en su habitación. Me ofreció la silla de su escritorio y se acodó junto a su ventana, de pie. No frente a la ventana sino a un costado, como si necesitase vigilar la calle mientras hablaba. Quedó envuelto a medias por la cortina, como quien se prueba una mortaja.

Entonces me refirió la historia de su madre.

Ella era boliviana. Se llamaba Felipa. Había nacido en una casita entre Vitichi y Vilacaya, sobre el camino carretero Potosí-Villazón.

(Nunca olvidé esos nombres. Me parecieron tan fantásticos como los inventados por Tolkien.)

Felipa había sido una criatura particular desde pequeña. En su familia decían que hablaba con los animales. Al principio pensaron que era un juego, pero la manía persistió. Cuando le espetaron que estaba grandecita para seguir fingiendo, Felipa protestó que las bestias —los gatos, ante todo— le decían cosas, y que no responder sería descortés.

Creció casi en soledad, porque sus compañeros de escuela la acusaban de loca y de hacer cosas raras, especialmente a los que se metían con ella. A una compañera que agotó su paciencia, le gritó que se arrepentiría del destrato. Esa misma semana cayó una

granizada de piedras grandes como huevos de gallina. Parecía haber caído solo sobre el terreno de la niña malvada, pelando sus durazneros en flor.

Pronto se impuso la idea de que Felipa era hechicera. Esto no auguraba nada agradable, porque en Bolivia —dijo Froi— los hechiceros no tienen buena fama. En general usan sus poderes para joder hasta que la gente se cansa y se las cobra todas juntas. Según Froi, los brujos bolivianos encontraban natural el hecho de hacer que sus cabezas y sus manos flotasen solas, y enviarlas por allí como visitantes nocturnos. Un planteo de lógica blindada. ¿Para qué mandarse enteros, si con la cabeza alcanza para pegarte un susto padre?

Felipa no era mala leche. Se comentaba que, con discreción, ayudaba a la gente que se animaba a pedir favores. Pero sus padres temieron que la comunidad se pusiese en su contra y la mandaron a Sucre, con la excusa de integrarse a un taller de corte y confección.

En Sucre se la cruzó el padre de Froi, que estudiaba Medicina. A don Aramayo Chalar le importó poco que se tratase de una chica hosca que funcionaba como imán para los gatos. Lo determinante fue su belleza. Felipa era una morocha preciosa de ojos azules. (Eureka, ahí estaba la raíz del ADN de Froi.)

Don Aramayo Chalar la pidió en matrimonio. Hizo caso omiso de las reservas que le plantearon —a contramano de la tradición, la familia de Felipa no examinó con lupa los méritos sociales del futuro padre de Froi; más bien le advirtieron que Felipa podía ser inapropiada para un médico—, organizó el casorio y, no bien se recibió, trasladó la incipiente familia a Buenos Aires, donde había mejores oportunidades.

Aquí nació el hermano mayor de Froi, seis meses más tarde, porque Felipa llegó embarazada. Y durante los cinco años siguientes nacieron los otros dos. Según Froi, habían crecido en la más pedestre de las normalidades: padre profesional, madre ama de casa, hijos alumnos de la Buena Nueva. Dado que don Aramayo Chalar era un racionalista, Felipa reprimió sus talentos, a excepción del amor que despertaba en los gatos —a los que el padre de Froi detestaba, pero aprendió a tolerar porque eran limpios— y su habilidad para encontrar lo que se les perdiese dentro de la casa. Felipa era una suerte de rabdomante. Le decías: "No encuentro mi boletín", y ella entrelazaba las manos, dejando extendidos los dedos índices, y te conducía al sector donde lo habías traspapelado.

(Una habilidad envidiable. Todos deberíamos contar con una Felipa. Y en mi casa, ni le cuento.)

Según Froi, Felipa había sido una madre típica. Obsequiosa con su marido, pendiente de sus hijos. Pero a partir del 74 empezó a protagonizar ciertos episodios. Pesadillas que la hacían gritar por las noches. Sufría temblores y debía sentarse para no desfallecer.

Don Aramayo la revisó del pelo hasta las uñas de los pies y la sometió a análisis que no desnudaron anomalía alguna. Su diagnóstico fue que Felipa sufría de los nervios. Para lo cual no existía mejor tratamiento que una vida tranquila. Se le reclamó a los hijos que no la incordiasen con preocupaciones. Y la vida siguió, temblor más o menos.

A partir del 76 la cosa se agravó. Las pesadillas se volvieron cotidianas. Felipa temblaba constantemente, ya no podía ni lavar los platos. Don Aramayo le impuso reposo, cerró las ventanas para preservarla de las corrientes y barrió a patadas a los gatos que

montaban guardia en su puerta. Froi y sus hermanos temieron que la mandase a un loquero. Pero don Aramayo prefirió el disimulo de la internación casera al runrún que generaría otro tipo de institucionalización.

Durante una tarde que dedicó a acompañarla, Froi —único de los hijos que compartía sus ojos azules— oyó de labios de su madre que la asolaban visiones terribles. Océanos de sangre o de aguas negras que irrumpían para inundarlo todo. Veía cadáveres que flotaban, cubriendo la superficie entera —como un mar de sargazos, pero con gente en vez de plantas fosforescentes. También soñaba con muertos sin rostro, que le salían al encuentro por docenas. Se le colgaban del cuello, la agarraban por los brazos y las piernas y no la soltaban. Felipa se movía a duras penas sin lograr más que arrastrarlos, se los llevaba puestos.

—Mi madre cree que está pasando algo horrible —dijo Froi—. Me refiero al país. Algo que no se ve, que no se nota, pero que de todas formas ocurre. Está convencidísima, aunque no pueda probarlo. Y por lo visto —agregó, posando los dedos sobre unos papeles que descansaban en el alféizar de la ventana; era la copia de mi cuento nuevo—, no es la única. ¿Entendés por qué te digo que no le muestres tus historias a nadie?

Estuve a punto de aclarar que a mí los gatos no me decían nada, pero entendí que iba a sonar como una pelotudez. Mi sordera en materia de lenguaje animal no disminuía lo perturbador de la coincidencia entre las visiones de Felipa y las cosas que se me ocurría poner por escrito.

Durante un instante pensé que me llevaría a conocer a su madre. Por suerte fue falsa alarma. La perspectiva me daba un cagazo de

aquellos.

Tres días más tarde Froi volvió a ausentarse, primera de una nueva seguidilla de faltas. Cuando llamé por teléfono, don Aramayo respondió que Froi tenía signos de anemia. Por el momento no volvería a la escuela, ni estaba en condiciones de recibir visitas.

37. Argentina, Argentina

Froi volvió a mediados de mayo. Hecho un esqueleto. (Flaco como saraca, diría mi abuela paterna, la que se reía con "Clavícula".) Había perdido cinco kilos. Durante los recreos, le permitían quedarse dentro del aula. La idea era que no gastase energías, que no le sobraban. En esas condiciones, no pudimos conversar demasiado. Le pregunté si quería que me quedase a acompañarlo. Dijo que no era necesario, había llevado un libro para entretenerse. Estuve a esto de preguntar qué libro era, pero su actitud me disuadió. Esquivaba mi mirada, cosa que nunca antes había hecho.

Me pregunté si habría empezado a temerme, a considerarme una especie de brujo, como su madre. Lo cual era un disparate. Yo tenía una imaginación desbocada y, eso sí, una sensibilidad alarmante que —como la antena del televisor de la terraza, con la que mi padre luchó durante años— pescaba señales que no tendría que haber pescado. Pero aquello constituía un tema del que no parecía apropiado hablar, en el aula vacía y mientras el Colegio se entregaba al frenesí del recreo.

Acepté el límite que me había presentado y lo dejé solo.

Durante los descansos de ese día solo se habló de Froi. Mis compañeros contrastaron explicaciones respecto de su estado.

Según ellos, estaba así de consumido porque tenía:

1. Cáncer.

2. Leucemia.

3. Miastenia gravis. (Que no sabíamos en qué consistía, pero era una enfermedad popular en series como *Doctor Kildare*, *Ben Casey* y *Marcus Welby*.)

4. Tuberculosis. (Improbable, porque no había tosido nunca, ni en lo peor del invierno.)

Me niego a sumar a esta lista, que pretendía tener un viso de seriedad, la interpretación de Lito. Según Lito, lo que Froi tenía era adicción a la paja, de lo cual su humor chancho era un claro síntoma.

Yo les pregunté —a todos menos a Lito, claro— si estaban diciendo lo que decían porque contaban con información, o simplemente especulaban. Como sospeché, se trataba de conjeturas. No tuve mejor idea que decir que se lo preguntaría a Froi de frente march, lo cual me valió ser escaldado por miradas de reproche. Según entendí, era improcedente preguntarle a un enfermo (de cáncer/leucemia/miastenia/tuberculosis/¿paja?) qué *cazzo* estaba pasándole.

Me propuse acompañarlo a la salida, para asegurarme de que llegase bien a su casa. Pero en la calle había un *remise* esperándolo. Durante los días que siguieron, Froi llegó y se fue de la escuela en el auto que el doctor Aramayo Chalar contrató a tal efecto.

Al día siguiente lo de Froi quedó incorporado al paisaje cotidiano —él tampoco hizo esfuerzos por sacarle el jugo a su situación dramática, lo admito— y la conversación volvió a ser monopolizada por la inminencia del Mundial.

Podías cruzar el patio en diagonal durante el recreo y pescar infinitas variantes de la misma charla. Se hablaba de la llegada de la televisión a color (en casa apostaron por un Sony Trinitron), de los deslumbrantes estadios nuevos de Mar del Plata, Mendoza y Córdoba —el Chateau Carreras, que visité años después durante un festival de rock—, de Platini y Paolo Rossi, de la flamante pelota Adidas Tango, de lo ñoño de la mascota elegida, ese gauchito diseñado por la factoría de García Ferré —el creador de personajes como Anteojito e Hijitus.

No conseguía fingir interés en ninguno de esos asuntos. Era como hojear las revistas de autos de mi tío, una vez despojadas de los suplementos eróticos. Y para empeorarlo todo, Froi —con quien podía conversar de otros temas— había elegido poner distancia. ¿Cómo no iba a estar fastidiado? Menos mal que contaba con Zerpa, que era mi última línea de defensa. A Zerpa el fútbol le importaba tan poco como a mí. Era un alivio intercambiar poemas o pasar una hora al teléfono comentando *Ram* de McCartney —tan menospreciado, qué injusticia—, en vez de hablar todo el tiempo de pelotas, pelotas, pelotas.

De la ceremonia de apertura del Mundial, a mediodía del jueves 1° de junio en el estadio Monumental, no recuerdo nada. Sé que hubo marchas militares, suelta de globos, coreografías a cargo de estudiantes de nuestra edad y discursos del presidente de la FIFA, João Havelange —que no parecía capaz de pronunciar el nombre de la entidad que dirigía, la llamaba *la FIFI*—, y de un Videla vestido de civil. Pero esto lo sé porque lo busqué, me informé. (A consecuencia de esa investigación, descubrí algo que casi me provoca un ACV. La pedorrísima marcha del Mundial —digna de un programa infantil

conducido por Carozo y Narizota— fue compuesta para la ocasión por... Ennio Morricone. El autor de bandas sonoras sublimes, como las de *Por un puñado de dólares, Novecento* y *Los intocables*. Quiero creer que la berretada que entregó fue una represalia sutil contra los militares que lo contrataron. *Dimmi di sì, maestro...*)

Pero es obvio que algo había prendido en mí, porque armé una velada en casa como sede de la visualización de un partido. Vinieron un montón de los compañeros de mi grupo —salvo Froi, aunque lo invité expresamente—, y desplacé la tele grande del dormitorio de mis viejos al comedor, donde cabíamos todos.

También recuerdo el agónico *match* contra Perú, que necesitábamos ganar sí o sí, y por amplia diferencia de goles, para pasar a la final. Este lo vi en casa de Brenda, acompañado por mis suegros. A medida que la selección obtenía el *score* soñado, el Hétor se desaforaba. No se despeinó porque era pelado, nomás. Gritaba como un descosido, o al menos todo lo que puede gritar alguien que vino al mundo con la voz de un *basso profondo.*

El partido de la final contra Holanda, que fue el 25 de junio, tampoco lo recuerdo. Quiero decir: no me acuerdo de dónde lo vi, ni la situación. (Habrá sido en casa. Mi familia era poco y nada futbolera, pero a esa altura habíamos abrazado la locura colectiva, como el resto del país.) Conservo imágenes, sí —los goles de Kempes, el capitán Passarella con la copa en alto—, pero se las debo más a las infinitas repeticiones que al hecho que percibí en directo.

De lo que me acuerdo es del quilombo que se armó después.

Todo el mundo salió a las calles. Mi familia y yo salvamos a pie la distancia que nos separaba de Rivadavia, donde se improvisó la celebración local. Estaba hasta las tetas de gente. Yo nunca había

visto una multitud semejante, y mucho menos experimentado qué se siente al incorporarse a algo así. Tampoco había visto a la avenida de ese modo: con el tránsito interrumpido por completo en ambas manos, atestada a escala infinita, mirases tanto en dirección a Flores como a Caballito —un gusano de carne humana, más largo que los de la novela *Duna*, de Frank Herbert.

La muchedumbre estaba más que feliz: estaba sacada. Cantando, saltando y gritando, abrazándose con vecinos pero también con desconocidos, agitando banderas y carteles y cintas celestes y blancas. Yo también salté y grité, claro. No podía perderme la oportunidad. Nunca antes había gritado en la calle. En las calles no se gritaba, a no ser que necesitases imponerte al ruido ambiente. El tono que primaba en público era atemperado y cordial, a no ser que dispusieses de la excusa de ser diariero, churrero o anunciar la compra-venta de muebles desde una chata con altoparlante.

Mi propia emoción era una novedad. Hasta entonces yo me consideraba un argentino formal, y gracias. Me sabía el himno y las canciones patrias, usaba escarapela cuando correspondía, tenía un documento que certificaba mi nacionalidad, pero nunca había sido fan de mi país. El tango y el folklore me dejaban frío. A excepción del sur cordillerano, los paisajes típicos me embolaban. Siempre me habían gustado cosas sueltas, esporádicas: la historia de San Martín, el *Martín Fierro*, las canciones de María Elena Walsh, *Mafalda*, Cortázar, Les Luthiers, el Juan Moreira de Leonardo Favio —lo más parecido que encontré, en versión criolla, a las películas épicas que me fascinaban. Pero, a juzgar por el resto de mis predilecciones, yo estaba más cerca de jugar de visitante que de local.

¿Era así que se sentía ser argentino: esa conexión invisible, casi telepática, con un mar de desconocidos que parecían estar pensando lo mismo que uno? ¿Era ese calor humano, la sensación de que tu familia se había multiplicado *ad infinitum*, como los panes y los peces del milagro? ¿Era el descubrimiento de que las calles que creías hostiles podían ser una extensión de tu casa, permitiendo que te sintieses cómodo y a gusto en cualquier parte?

Saludé a un compañero de Quinto C —cuyo apellido no sabía: apenas lo ubicaba de vista, pero nos estrechamos como hermanos —, y mis padres no protestaron cuando les comuniqué que seguiría mi camino. Estábamos en familia. ¿Qué podía pasar?

Me dejé llevar por la marea, hasta la intersección de Rivadavia y Malvinas. Mi esperanza era cruzarme con Brenda, que vivía a dos cuadras, sobre Juan Bautista Alberdi. Una vez allí me aparté de la corriente y abrí los ojos, tratando de ubicarla en la aglomeración.

Habré pasado así quince o veinte minutos, hasta que una voz se despegó del bullicio general. Al principio no le di bola, porque lo único que decía era: "¡Argentina, Argentina!", lo cual sonaba apropiado. El tema es que, primero, el tipo que así gritaba no paraba. Cuando uno corea una consigna —*dale campeón,* la célebre *chofer, chofer, apure ese motor*— la sostiene durante un tiempito y la suelta cuando el efecto decae. Pero este tipo seguía, infatigable: "¡Argentina, Argentina!" Y además su volumen y su intensidad iban *in crescendo*. Dos veces pensé: "Hasta acá llegó, se va a quedar sin cuerdas vocales", pero no. El tipo se superaba a sí mismo y gritaba más fuerte y más áspero, "¡Argentina, Argentina!"

Al final lo ubiqué, en medio de la multitud. Fue casi una decepción, el tipo no podía ser menos conspicuo: pelo empastado

por fijador, bigotito, pantalón de tela, pulóver sobre camisa blanca, treinta y largos —podría haber sido un profesor de la Buena Nueva. Se percibía que era muy blanco, pero estaba rojo de tanto gritar. Tenía el cuello tenso como encordado de violín. Y el resto del cuerpo también lo agarrotaba, sacudía los brazos al ritmo de cada "¡Ar-gen-tina!"

Empecé a preocuparme. Si el tipo seguía incrementando su intensidad, le iba a dar un bobazo. De hecho, lo que había sonado como reivindicación pasó a impresionarme de otro modo. No parecía que el tipo estuviese celebrando, decía "¡Argentina, Argentina!" como si sufriese. Gritaba "¡Argentina, Argentina!" del modo en que gritaría alguien que tiene el cuerpo cubierto por arañas pollito, o que metió la mano en una máquina que se la tritura, o que se está quemando. No era un "¡Argentina, Argentina!" festivo. Lo ladraba como ladraría alguien que dijese *sáquenme esto de encima*, *que me está matando*.

A ese hombre recordé tiempo después, cuando vi por primera vez *Alien*, la película de Ridley Scott. Esa noche mi explicación fue ciento por ciento racional: el tipo que gritaba "¡Argentina, Argentina!" sobre la avenida Rivadavia se parecía al actor John Hurt. Pero, para ser sincero, solo hice la conexión cuando llegó la escena en que al pobre John Hurt le sale el aliencito de las tripas. Porque John Hurt grita como energúmeno y yo pensé que se retorcía como el tipo enfervorizado de aquella tarde, repitiendo "¡Argentina, Argentina!" hasta hacerse trizas la garganta mientras sus amigos lo agarraban —eran sus amigos, imagino— y se lo llevaban entre cuatro, en vilo, por encima de las cabezas de la gente, en busca de un lugar tranquilo donde darle un té de tilo o un sopapo o algo más fuerte,

hasta que se ubicase y entendiese, por fin, que la ocasión demandaba un festejo, algo tipo: ¡viva Argentina, carajo!, y que por eso mismo no correspondía gritar en la calle como si un bicho te morfase por dentro.

38. Prode fatal

El final de todo comenzó un día cualunque, sin que mediase anuncio. No hubo portentos ni señales en el cielo. No lo vaticinaron tres brujas ni lo anticiparon sueños proféticos. (De mi parte, al menos. Tal vez lo soñó Felipa, pero perdí la oportunidad de consultar a Froi.)

Esa mañana sonó el timbre de uno de los recreos y piramos del aula sin mirar atrás. Rumbo al patio, movimientos automatizados por la costumbre.

La mayoría de nosotros no advirtió que cuatro compañeros quedaban rezagados. El primero fue Valerga, uno de los alumnos más aplicados. Otro fue Lucho Roca. (Tanto Valerga como Roca se movían en órbitas que me eran ajenas. No intercambié con ellos más de diez palabras en cinco años —aunque es probable que haya limpiado sus vómitos durante el campamento de Primero.) El tercero era el Bebe Malcolm, un flaquito rubión, cancherísimo, con el que tampoco había tenido nunca ni un sí ni un no. Y el cuarto era Zerpa, mi colega beatlemaníaco.

Los que completamos la marcha rumbo al patio no vimos lo que ocurría. Nos enteramos al volver del recreo.

En aquel momento nos pareció algo gracioso y a la vez pavote. En estricto espíritu de joda, Valerga, el Bebe y Zerpa le robaron los pantalones a Lucho Roca y lo encerraron dentro del aula. Eso fue lo que vimos al regresar: a Lucho, brazos en jarras y cagado de risa, su mitad superior vestida con blazer, camisa y corbata y su mitad inferior en calzoncillos, exhibiendo sus piernas peludas, rematadas por soquetes y mocasines.

Nosotros también nos cagamos de risa. El pantalón de Lucho apareció, se vistió y la rutina retomó su curso. La consecuencia más seria fue que perdimos tiempo de clase, porque costó recuperar la cordura y dejar de aguijonear a Lucho con chanzas.

En ese momento no advertimos dos cosas. Primero, que el espectáculo de Lucho casi *au naturel* —ejemplar zoológico en exhibición, dentro de la pecera del aula— generó un revuelo que también percibieron alumnos de otras divisiones, y por ende sus profesores.

Lo segundo fue que la clase siguiente, esa misma que la hilaridad complicó tanto, estuvo a cargo de Dorita, la profesora de Francés. Y Dorita —perdón por subrayar lo obvio, lectora, lector, pero lo prefiero a que la cuestión pase desapercibida— era una mujer.

En los días que siguieron, tanto Valerga como el Bebe y Zerpa juraron una y mil veces que no habían querido ofenderla en su condición de tal. Ni siquiera se podía demostrar —no sin mediar tortura, al menos, como se hacía con los herejes durante el Medioevo— que hubiesen sido conscientes de que la clase siguiente correspondía a Dorita. La joda era graciosa *per se*, nos hubiésemos cagado de risa igual si el curso hubiese quedado al mando del Cóndor. Y además no era que lo habían dejado en pelotas. Lucho

llevaba puesto un bóxer, particularmente colorido. Ese fue el disparador de parte de las bromas que se sucedieron. Lucho usaba calzoncillos en *technicolor*, que se parecían a los que fatigábamos cuando pibes y la mayoría había reemplazado, ya, por la monocromía de los calzones adultos.

Ese día no le dimos entidad a la cosa. Se trataba apenas de una anécdota a ser explotada en contextos sociales, cada vez que conviniese hacer reír a la gente. Se la conté a mi madre apenas llegué a casa, en la previa del almuerzo. No recuerdo que se espantase. Ni que me llamase a la cordura, explicándome que lo ocurrido había sido una falta grave. Más bien se rio conmigo y siguió cocinando o sirviendo o comiendo, mientras por dentro pensaba *qué pelotudos, estos pendejos*.

Pero al día siguiente la sopa comenzó a espesarse.

Por supuesto que intuíamos que habría una sanción. Los más prácticos de mis compañeros —Lito entre ellos— llegaron al extremo de confeccionar un Prode, para ver quién adivinaba el tenor exacto del castigo. El Prode era un juego de pronósticos deportivos, de gran popularidad desde el 72, que permitía ganar dinero a partir de los resultados del fútbol. Nuestro Prode, en cambio, no llamaba a tildar casilleros de local, visitante o empate sino las opciones que barajábamos como pena posible para los compañeros en desgracia. ¿Cinco amonestaciones? ¿Diez? ¿Quince? ¿Suspensión? ¿Expulsión?

Durante dos o tres días, aquel Prode desplazó al truco como el juego más popular.

Al comparar las boletas recibidas —fotocopias a partir del modelo original, completadas a mano— saltó a la vista algo previsible. La mayoría había apostado por las variantes menos drásticas. Era el

resultado más sensato. Tanto la víctima aparente, Lucho, como los victimarios, Valerga, el Bebe y Zerpa, eran alumnos correctos. (El Bebe era el más díscolo del lote, pero Valerga, insisto, ostentaba uno de los promedios más altos.) Además eran buena gente, y todo el mundo lo sabía, incluidas las autoridades. Ninguno tenía amonestaciones, su prontuario en materia disciplinaria estaba inmaculado. Por eso mismo la opción por el castigo leve era la más lógica. No se podía considerar a Valerga, al Bebe y a Zerpa como manzanas podridas. Simplemente se habían mandado un moco, uno solo y excepcional, que ni siquiera tuvo consecuencias lamentables. Dorita nunca llegó a ver los calzones de Lucho, porque ya había vuelto a vestirse cuando ella entró al aula.

Los autores del Prode incluyeron la expulsión por la misma razón que la generala le dedica a la doble el último casillero: porque aunque forma parte de lo posible es harto improbable, y por eso es lo primero que se tacha. Podés renunciar a la doble y aun así ganar el partido. Del mismo modo, el casillero *EXPULSIÓN* figuraba en nuestro Prode en último lugar, pero nadie lo había elegido. (O casi nadie.) El consenso era que los bromistas no merecían ir a la guillotina. Recibirían un rapapolvo o unas nalgadas metafóricas —estábamos a un tris de los exámenes de ingreso, las amonestaciones constituían susto suficiente—, pero nada más.

Por esa razón, cuando el profesor de turno difundió la sentencia, nos quedamos mudos. Urango había expulsado a Valerga, al Bebe y a Zerpa, a pocos meses de nuestro egreso. ¡A nada de nuestro viaje de fin de curso!

Nos miramos, incrédulos, sin saber qué decir. Creo que ni en medio de una prueba habíamos creado un silencio semejante. Que

duró poco, por cierto.

—Gané —dijo Lito—. Gané... *¡Gané!*

Empezó a reír a carcajadas. Tenía su copia de la boleta en la mano, la enseñaba para demostrar que no mentía. En efecto, había sido el único en tildar el casillero *EXPULSIÓN.* Calculó que si optaba por una sanción leve y ganaba, compartiría el premio con otros veinte, y no recibiría de la colecta que realizamos más que dos pesos; pero que, si se jugaba por una opción extrema y daba el batacazo, se quedaría con el pozo entero.

Siguió carcajeando mientras giraba sobre el eje de su silla, para que todos viésemos el casillero tildado. Hasta que advirtió que las caras que lo observaban no eran amigables.

Se puso serio, cerró el pico y guardó la boleta.

El episodio no daba para premios. Representaba puro castigo, para las víctimas directas pero también para el resto del curso.

39. *Sit*

Siguieron días de aturdimiento e impotencia. No comprendíamos la medida draconiana. Porque no existía proporción entre la ofensa y el castigo. Ese desequilibrio cuestionaba el tino de la decisión, una pena exorbitante pulverizaba la noción de justicia.

Debo haber ido a visitar a Zerpa, para contenerlo y hacerle sentir que no lo dejábamos solo. (Advertí entonces, también, que llevaba tiempo sin ir a su casa. En los últimos años, entre otras razones por mi dedicación a Brenda, habíamos dejado de frecuentarnos. Seguíamos cayéndonos en gracia, pero nos veíamos menos en términos sociales.)

El curso dedicó días enteros a debatir la cosa. Entendíamos la impropiedad de que una profesora encontrase a un moncho semidesnudo en el aula. Había que preservar la integridad de Dorita, por la que todos sentíamos respeto y muchos afecto: nadie lo discutía. Pero teníamos claro que la intención de los expulsados no había sido agredirla. Simplemente habían puesto a Lucho en un aprieto, en la esperanza de divertirse, viendo cómo intentaba zafar.

Porque ni siquiera se trataba de un caso de lo que hoy llamamos *bullying*. Esos cuatro —Lucho incluido— se llevaban bien. Había sido una joda entre amigos o casi amigos. Que además no había llegado

al último acto, porque, como ya dije, Dorita no alcanzó a reírse de los calzones en *technicolor*. ¿Y no estaba claro que, según prescribe la ley, un crimen en grado de tentativa no recibe la misma pena que un crimen consumado? En la escuela, la expulsión significaba la pena capital. ¿Qué hubiese hecho Urango, entonces, si Dorita se topaba con Lucho en paños menores? ¿Fusilar a los tres en el patio?

Barajamos posibilidades. La primera decisión fue pedir una reunión, con el objetivo de solicitar clemencia. Se hizo un esfuerzo sobrehumano para exponer razones y atenuantes, en el tono más respetuoso que pudimos conjurar. Se exaltaron las virtudes humanas y académicas de los expulsados, las dificultades que suponía un baldón semejante en la recta final hacia la universidad, la tristeza que entrañaba prescindir durante el viaje de graduación de amigos con los que habíamos compartido casi cinco años, algunos, y otros casi doce.

Urango nos dejó hablar, sin perder nunca la sonrisa giocondesca de su máscara profesional. Después dijo que la decisión ya había sido tomada y que era irreversible.

—Buenos días, señores —agregó, para que no cupiese duda de que la reunión había terminado.

Nos levantamos arrastrando sillas y salimos arrastrando pies. La impotencia era un chicle que se negaba a convertirse en globo.

La segunda decisión fue involucrar a nuestros padres. Los volvimos locos, hasta que aceptaron elegir representantes y visitar a Urango.

Los recibió una tarde. Los que aguardamos afuera, en la vereda, éramos una banda. Aquellos que ya fumaban, lo hicieron entonces por todos nosotros.

Volvieron enseguida, los viejos. Urango se había mostrado inflexible. El tipo estaba en su derecho de hacer lo que hizo, explicaron. Formaba parte de sus atribuciones, y contra eso no había nada que hacer. ¡No era un asunto que pudiésemos llevar a los tribunales! Para nuestros padres, la formalidad que habían cumplido agotaba el espinel de lo posible. Ya no quedaba otra cosa que hacer. La vida continuaba, teníamos mucho que considerar: el viaje a Mendoza, el futuro.

Los dejamos irse y nos quedamos rumiando.

Debimos haber pensado nuevas acciones. Pero lo cierto es que muchos asumimos que, incluso a nuestro pesar, los padres tenían razón. ¿Qué nos quedaba por intentar? (En esta circunstancia le pido, lectora, lector, que considere la situación enrarecida. Un país sin actividad política ni gremial. Donde las medidas de fuerza no existían. Prácticamente no habíamos sido testigos de huelga alguna, desde que dejamos de ser niños. El primer paro contra los militares tuvo lugar al año siguiente, en abril del 79. No es que consideramos una acción directa y nos echamos atrás, o por lo menos no lo recuerdo. Lo que pasaba era que algo así —una manifestación pública, o armar bardo dentro del colegio— escapaba del menú de nuestras opciones. No estábamos en condiciones de imaginarlo.)

Lo más osado que decidimos fue intentar una medida a la japonesa. Nos pusimos de acuerdo para un día añadir una cinta negra al uniforme, lo cual —pensábamos— irritaría al cancerbero de la moda bonanovista, que era el rector. Hablo de una banda a la altura del bíceps, como solía usarse cuando se declaraba duelo nacional. Pasó casi desapercibida, salvo por un profesor que osó

preguntar a qué se debía. Se lo explicamos, protestando la injusticia que nos inspiraba. Y el tipo respondió, lo más campante:

—Las cosas son como son. Y al que no le guste... ¡que se vaya!

Se hizo un silencio atolondrado. Al término del cual me gustaría imaginar que todos nos levantamos y salimos del aula, mientras sonaba una música triunfal.

No ocurrió nada parecido. El único que se levantó fue Maxi Espada, que no solo dejó el lugar, sino que cerró la puerta de un golpe. Durante días se dijo que le iban a encajar veinte amonestaciones. La amenaza nunca se llevó a cabo. Lo cual subraya con cuánta inteligencia actuaron las autoridades. De sancionar a Espada, nos hubiesen puesto en la necesidad de ir más allá, de subir la apuesta. Pero prefirieron pasar por magnánimos y así nos desinflaron.

La vida arrastraba y nosotros nos dejamos arrastrar. Había que considerar el viaje, el mundo nuevo que se abriría ante nosotros al despuntar el 79. Eso era lo inminente, lo importante.

Cuando Maxi Espada estalló, creí entenderlo. Lo sabía muy amigo de uno de los expulsados. Era lógico que estuviese dolido, que todavía sufriese la pérdida.

Pero yo también me consideraba amigo de Zerpa. El hecho de que últimamente no armásemos planes no significaba que el afecto hubiese mermado. Todavía lo apreciaba, todavía me concernía su bienestar.

Sin embargo, aquella mañana no me puse de pie y me fui, como demandaba la injusticia de la que un amigo había sido víctima.

Aquella mañana yo me quedé sentado.

40. Votos sagrados

Llevábamos dos años considerando el viaje que culminaría la experiencia escolar. Suena a demasiado tiempo dedicado a un tema así, pero no lo fue. Había que decidir dónde ir, contactarse con empresas de turismo, oír propuestas, optar por una y pagar cuotas —porque esos viajes siempre eran carísimos—, con margen para saldar la deuda antes de partir.

Por aquel entonces, lo común era viajar a Bariloche. Pero la ciudad era sinónimo de descontrol. Pesaba sobre aquel destino una leyenda negra, hecha de boliches nocturnos, alcohol y (Dios no lo permitiese) sexo y drogas. Aun así, el tironeo fue grande. Los Callejeros —el subgrupo que reunía a los más atorrantes— cinchaban por ir a Bariloche. El viaje de egresados debía ser una celebración, la coronación festiva de la secundaria, y ¿qué lugar encarnaba la diversión mejor que el corazón turístico de Río Negro?

Pero los del otro grupo abominábamos de Bariloche, porque lo creímos un antro del vicio. Y nos convencimos, o nos dejamos convencer, de que el viaje no debía ser frívolo de manera excluyente. Podíamos divertirnos, sí, pero también dedicar tiempo a empresas edificantes: excursiones a paisajes memorables, lugares históricos y

museos, por ejemplo. No todo era joda en esta vida. ¿Por qué perder la oportunidad de que el viaje fuese una instancia formativa?

Se sometió el dilema a votación. En la cual nuestro grupo se impuso. Sobre el final de Cuarto Año, ya nos habíamos convertido en el más numeroso del curso. Éramos mayoría, los más populares. (Yo estaba particularmente orgulloso del asunto. Nos habíamos fagocitado a Los Señores y creado algo nuevo, que merecía un nombre que aún no se me había ocurrido.) Y optamos por viajar a Mendoza, en vez de a Bariloche, en carácter de "viaje educativo".

(No pierda de vista, lectora, lector, la ingenuidad con que nos manejamos. Cuando echaron a Zerpa y Cía. no se nos ocurrió tomar medidas propias de la democracia, como una protesta o una huelga de blazers caídos, porque se trataba de herramientas desacreditadas —y porque nadie nos lo sugirió, tampoco. Ni siquiera nuestros padres. Pero cuando hubo que decidir el viaje, las autoridades no pusieron reparo al uso de un mecanismo representativo de la democracia: el voto secreto. Hoy considero que quizás no objetaron la elección porque estaban seguros del resultado. En cualquier caso, lo indiscutible es que ganamos los que preferíamos viajar a Mendoza... y que esa preferencia coincidía, cómo negarlo, con la voluntad del Colegio.)

La vida siguió y las cuotas que los padres pagaban por el viaje, también. Terminó el 77, pasaron las vacaciones, se reinició el ciclo lectivo, salimos campeones del mundo y Urango echó a tres compañeros para demostrar que nuestro destino estaba en sus manos.

Mientras tanto, la presión del Cóndor sobre mi persona no cejaba, o por lo menos así lo sentía yo. Ya había expresado su convicción de

que Dios me llamaba mediante invitación personalizada, confección de puño y letra. Pero hasta entonces yo no había respondido más que con mi silencio. Teóricamente, estaba reflexionando al respecto: eso era lo que había prometido. Y como el tiempo pasaba sin ofrecer novedades, el Cóndor debía pensar que, o bien yo reflexionaba tupido —ni un monje zen meditaba tanto—, o bien padecía de reflexión lenta, un estreñido mental.

Cada vez que teníamos clase de Catequesis o me lo cruzaba en el patio, temía que volviese a ponerme entre la espada y la pared. A veces, en pleno recreo, comenzaban a arderme las orejas y, al voltear hacia atrás, me cruzaba con su mirada de ave de presa. Y si no estaba él, había otro que lo reemplazaba en su turno de guardia: Urango, el padre Nacho, el hermano Pepe con su barba de rabino y su poncho sempiterno... El Cóndor debía haber divulgado que yo era candidato al bonanovismo. Me sentía como si llevase un blanco en la espalda.

Y para colmo, mi cerebro seguía preso de la misma niebla. Si no podía dedicarme a la escritura, y tampoco terminaba de hacerme a la idea de volverme cura, ¿qué sería de mi vida? ¿Qué argumento opondría a la persistencia del Cóndor: que había descubierto una súbita vocación por la medicina, la arquitectura, el derecho? No me imaginaba fingiendo pasión por ninguna de esas cosas. Lo que yo quería era contar historias.

Faltando un mes para Mendoza, Froi anunció que no viajaría. Todos asumieron que se bajaba a causa de su salud, y no hicieron preguntas. La presunción era que estaba gravemente enfermo. Alguien llegó a decir, incluso, que solo aspiraba a llegar a diciembre, para diplomarse y recibir los últimos ritos. (Su reticencia habitual,

potenciada durante el último año, había alumbrado nuevas hipótesis. Según la primera era hemofílico, y ya no hacía actividad física para no cortarse de la forma más boluda e irse en sangre. La segunda aventuraba que tenía osteogénesis imperfecta. Rehuía el contacto, para que ningún roce le rompiese un hueso de cristal.)

Pero a esa altura las hipótesis tremebundas ya no me convencían. Froi tenía un problema, sí, pero que no pasaba por su salud endeble. Me olía a que más bien se trataba de algo que le carcomía el alma, y que actuaba sobre su físico a consecuencia de esa angustia. ¿Pero qué podía ser? ¿Estaría preocupado por su madre, o viendo visiones como ella? Parecía improbable, porque habiéndome confesado lo de Felipa no le hubiese costado incluirse en la historia. ¿Estaría convirtiéndose en vampiro? ¿Entrenando secretamente para volverse fakir, o para practicar la invisibilidad a voluntad, como Hades pero sin casco?

El día en que anunció su deserción del viaje no dije nada. Pero al día siguiente, cuando sonó el timbre del primer recreo, lo encaré.

—Tenemos que hablar —le dije—. Ahora.

Nunca antes le había impuesto mi voluntad. Pero no pataleó. Eso sí, me pidió que nos apartásemos del mundanal ruido.

41. Repugnancias

Nos dirigimos a la escalera. En vez de subir a nuestro patio, lo invité a bajar. En el piso inferior estaba la capilla. A esa hora la zona quedaba desierta.

En mi ansiedad, aceleré el paso por la escalera zigzagueante y me di cuenta de que había perdido a Froi. Estaba sentado sobre los escalones: más arriba, en el tramo previo.

—Quedémonos acá —me pidió. Se cansaba demasiado rápido.

Me senté también, solo que más abajo, porque yo ya había doblado el codo de la escalera. Quedamos mirando en direcciones diferentes, separados por los barrales de metal que eran el eje de la construcción.

Desde abajo, a través de las ventanas abiertas del pasillo, llegaba el bullicio de los más pequeños. Desde lo alto caía llovizna, el murmullo de los estudiantes avanzados.

Le pregunté por qué no quería venir a Mendoza.

—Porque no es culpa de tu salud. Vos decidiste no ir —le dije.

Suspiró como hace la gente que ha visto y vivido mucho. Después apoyó la cabeza contra los barrales que separaban los tramos de la escalera, y empezó a hablar.

Llevaba ya un par de años —desde el 76, aproximadamente— padeciendo un malestar. Que empezó con alteraciones en su gusto y olfato. La comida había perdido el buen sabor, como si saliese de la cocina con las cenizas que San Francisco le esparcía encima. Al principio se lo atribuyó a Felipa, que venía de mal en peor. Pensó que su madre, que todavía se hacía cargo de alimentarlos, la chingaba con los condimentos. Pronto advirtió que hasta el agua sabía feo y que la Coca no tenía el mismo gusto.

Recién lo confesó a su padre cuando la situación se le tornó insoportable. Y el doctor Aramayo Chalar reaccionó como Froi había temido: pensó que tenía un tumor en la cabeza, y lo sometió a mil y un análisis.

Que salieron limpios. Froi estaba más sano que yo.

Un día, al despertar, percibió un olor insoportable. A basura podrida. Pensó que había muerto una alimaña —una rata, por ejemplo— debajo del parquet de su habitación, o alguno de los gatos. Cuando abrió la ventana para ventilar, descubrió que el hedor venía de afuera, donde era aún más fuerte.

Ya vestido para ir al Colegio, bajó a desayunar y le preguntó a su padre a qué se debía el olor.

Su padre le respondió que no olía nada raro.

A esa altura se había habituado a que la vida oliese así. La mayor parte del tiempo lo olvidaba, pero cada vez que respiraba hondo, sentía que se le quemaban los pelitos que tapizan el interior de la nariz —como si aspirase aire muy caliente.

(Confieso que, en ese punto del relato, hice el cálculo para establecer desde cuándo me lavaba los sobacos y desodorizaba seriamente. Necesitaba aventar la sospecha de que yo tenía algo

que ver con la *spuzza* que lo acosaba. De paso, calculé también la distancia entre los primeros síntomas y nuestra megabomba de mal olor, que podía haberle descuajeringado la pituitaria, o algo así. Pero no: entre una y otra cosa había demasiado tiempo de diferencia.)

Empezó a comer cada vez menos. Cuando todo te sabe a mierda y el ambiente huele a putrefacción, no hay apetito que valga. Y ahí sí se melló su organismo: bajó de peso, se puso anémico. Su padre amenazó con alimentarlo a la fuerza, internándolo de ser necesario. Froi se obligó a comer, pero nunca ingería lo que alguien de su estatura demandaba para conservar la salud; y cuando lo presionaron, comenzó a descomponerse en la mesa y a vomitar lo poco que había comido.

De ahí en más, le pasaban suero cada dos por tres.

Desde el tramo superior de la escalera, Froi se arremangó y metió su antebrazo derecho entre los barrotes. Estaba amoratado y lleno de marcas de pinchazos.

El doctor Aramayo Chalar estudió las novedades de la ciencia e interrogó a cuanta eminencia tenía a mano, decidido a encontrarle la vuelta al mal de Froi. Mientras tanto seguía haciéndole análisis, entre ellos estudios cada vez más exóticos. Pero nunca aparecía nada que no fuese consecuencia del desorden alimenticio. Tampoco había evidencia de un desquicio psiquiátrico, como surgió de las consultas a las que su padre se resignó.

—¿Y consulta psicológica? —pregunté.

—Mi padre *el dotor* no cree en la psicología.

—Hablen con el Cóndor. Seguro que tu viejo lo ve como cura, antes que psicólogo.

Froi me clavó un ojo celeste desde lo alto. Fue una mirada fría, un pececito atrapado en un cuenco de agua helada.

—A la hora de decidir a quién dejo entrar en mi cabeza —dijo al fin—, me he puesto muy selectivo.

Pienso en todas las cosas que pudieron ocurrírseme, pero no estaban a mi alcance. En aquel momento, por ejemplo, yo no estaba familiarizado con los síntomas de la depresión. No era el fenómeno habitual que es hoy. A fines de los 70 nadie se confesaba deprimido; en el peor de los casos se hablaba de un *surmenage*, que quedaba más fino y era patrimonio de los adultos. Tampoco era un tiempo donde se hablase de ataques de pánico, esa noción arribó después. Lo mismo corre para la anorexia y otros trastornos de la alimentación, que se volvieron moneda común en este siglo pero de los que nada se sabía —o se conversaba— antes.

Froi dijo que había terminado por aceptar su condición, y hasta por abrazarla.

—"El despojamiento total es el único camino que lleva a Dios".

—¿Y eso? —pregunté.

—San Francisco. Algo que Kazantzakis le hace decir en *El pobre de Asís.*

—Si te despojás de la comida y ni siquiera tomás agua, es obvio que te vas a ir con Dios de una.

Por lo menos lo hice sonreír. Froi sabía que yo bromeaba, que fingía no tomármelo en serio. Aproveché que había tolerado mi chanza para insistir con el tema central.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Mendoza? Va a ser un viaje educativo. En el peor de los casos, la comida y la bebida tendrán tanto sabor a culo allá como acá. Disfrutá de la compañía, al menos.

(Dije "compañía", para diluir mi interés en el marco general. Lo que yo quería era saber si lo entusiasmaba la idea de pasar unos días boludeando conmigo.)

Me dijo que su padre se oponía al viaje. Que su estado general era delicado y demandaba chequeos constantes.

—Pero en algo tenés razón —me dijo—. No es por eso que no voy. Si me comprometía a comer bien, capaz que lo convencía al viejo. Pero no quise. Desde que echaron a los pibes, todo lo que tiene que ver con el Colegio me resulta... irrespirable.

Dediqué unos segundos a metabolizar el adjetivo que Froi eligió. Y decidí que no tenía sentido objetar ni protestar. No había forma de excluirme de las generales de la ley. Yo entraba en el subconjunto matemático denominado "Todo lo que tiene que ver con el Colegio". Y aunque esa pertenencia me dolía, lo comprendía perfectamente. Aunque yo exceptuaba a cierta gente —empezando por el mismo Froi, y por Zerpa, y por tres o cuatro de los amigos del grupo—, me pasaba algo similar. A mí también se me había vuelto opresivo seguir allí, donde no primaba la razón ni la piedad sino la fuerza, el poder por el poder mismo.

Por eso no dije ni mu. Me levanté, subí la escalera —que nunca me pareció más empinada— y lo dejé atrás.

El día de la partida, el ómnibus de la compañía Río de la Plata nos fue a buscar a la escuela. Estacionó en la vereda de enfrente, del otro lado de Rivadavia. Zerpa fue a despedirnos. Lo recuerdo como si fuese hoy: puedo verlo allá abajo, a través de la ventanilla que me cupo en suerte. Se comportó como un lord. Pero a mí me partió el alma contemplarlo ahí, afuera del micro —en la calle. Zerpa debía estar con nosotros. Sin embargo, se lo había condenado al

ostracismo, marginado de la comunidad que compartió durante la mayor parte de su existencia. Y todo por la obcecación de Urango: la sobreactuación de su propia importancia, con la excusa de servir a un poder más alto.

Debí haberme puesto de pie, arengado a mis compañeros, recuperado mi equipaje y bajado del micro, negándome a viajar. Debí haber gritado que los expulsados merecían el viaje tanto como nosotros, y que si ellos no podían hacerlo, teníamos la obligación de rechazarlo.

Pero no hice nada de eso. Me callé y saludé con la mano por la ventanilla mientras el ómnibus se ponía en marcha, un gesto dirigido al pelotón de padres que nos despedían —dentro del cual estaban los míos, por supuesto—, pero sin ver a nadie que no fuese Zerpa.

Quiero creer, lectora, lector, que habrá hecho en su momento un viaje semejante, del que conserva infinidad de anécdotas. Yo recuerdo poco y nada. Ese viaje no dejó huella en mí. Lo bloqueé casi por completo. Podría decir que nuestro guía turístico repitió una y mil veces que, por dondequiera que circulábamos, habían pasado antes los huarpes, "indios pacíficos que se dedicaban a la agricultura". (Lo dijo tantas veces que la muletilla se me quedó grabada. Fue la característica más saliente de nuestro "viaje educativo".) Las fotos que saqué con mi primitiva cámara Kodak muestran escenarios vacíos y gente movida —un vacío perfecto.

El recuerdo vívido es el de mi primera borrachera. Que para colmo no obtuve a consecuencia de una juerga, durante la noche que fuimos a un boliche de pueblo. (De eso no visualizo más que luces de colores y una pista de baile desierta.) Me puse en pedo durante la visita diurna a una bodega, vaciando cada copa de vino que

despreciaron mis compañeros. Sí, eso es lo que hice entonces: yo, el muchachito de madurez superior a sus años, el tipo sobrio por definición, ¡el elegido de Dios!, me entregué a un frenesí que no podía explicar. Así me recuerdo: doblado al medio por un ataque al hígado fulminante y vomitando en una acequia.

¿Conoce usted o al menos oyó hablar del sistema de acequias de Mendoza? Me refiero a esos canales que separan la vereda de la calle y por los que circula el agua. Para mí serán siempre un rasgo urbanístico bendito. En su ubicuidad, salvaron a mis compañeros de la necesidad de procurarse una pala y levantar el contenido de mi vientre.

42. (No) Se equivocó la paloma

¿Fue tiempo perdido, el viaje?

En términos de almanaque, sí que lo fue. Hablo de las semanas que dediqué al desplazamiento a Mendoza; para, a mi regreso, caer presa de la enfermedad; y finalmente, sumirme en la catatonia que me inspiró la muerte de Froi. Pero esa fue la travesía de mi cuerpo, nomás. Durante aquellos días, mientras mi físico se dejaba llevar como los *crash test dummies* —los muñecos de las pruebas de choque—, mi alma se independizó. Emprendió su propio viaje, sin avisar ni pedir permiso.

Hizo bien. Porque esa demorada excursión le permitió vislumbrar algo parecido a la luz al final del túnel. Una tenue y todavía remota, pero real.

La chispa, lo admito, se encendió durante el viaje a Mendoza. Pero ocurrió en un contexto tan trivial, que en el momento no me di cuenta.

Una de esas noches Lito y yo nos pusimos a jugar al truco, de puro aburridos, en la galería del patio del hotel. Yo intuía que la cosa iba a terminar mal, porque cuando no mediaba guita Lito jugaba de modo irresponsable, como si su suerte no pudiese importar menos —era capaz de cantarte real envido con tres cartas de distinto palo

—, mientras que yo, que todo me lo tomaba en serio, lo hacía siempre de manera conservadora, y raramente mentía. (A lo que debería añadir: Lito jugaba para divertirse, en cambio yo detestaba perder en todos los órdenes de la vida —ni siquiera toleraba la derrota jugando al veo veo.)

A los diez minutos de arrancado el partido, Lito ya me había sacado varios fósforos de ventaja. (Porque así contábamos los puntos: con fósforos, quemados o vírgenes.) Empecé a sulfurarme. Cuando no le quedaba más remedio que mostrar sus cartas, yo descubría que me había mentido. Cuando le aceptaba el juego creyendo que seguía mintiendo, me reventaba con un naipe gordo. Cuando no me animaba a aceptar los desafíos que lanzaba a gritos, escondía sus cartas en el mazo y anotaba los puntos que me había sacado —y yo rabiaba aún más, pensando que había vuelto a embaucarme.

En cualquier otro momento, ante una paliza semejante hubiese aprovechado la primera excusa para protestar, levantarme e irme como tromba. (Mi *modus operandi*. Idéntico al de mi madre, dicho sea de paso. Lo que se hereda...) Pero se ve que ya había algo trabajándome por dentro, porque en vez de optar por el mutis dramático, me dio por hacer algo inusual.

Empecé a jugar como imaginaba que jugaría Lito si contase con mis cartas. Es decir: cambié de estrategia y me puse a hacer cualquiera, con total impunidad. Yo, que era incapaz de cantar envido si no tenía veintisiete o más, no solo se lo canté sino que, cuando lo duplicó —le agregó otro *envido* a mi *envido*—, le subí la apuesta a real envido... con una sota y un rey de oros. O sea con veinte puntos, prácticamente la puntuación mínima. Y Lito se achicó.

En la mano siguiente, le canté truco con un ancho falso, o sea con nada. Me replicó *quiero retruco* y yo le chanté *¡QUIERO VALE CUATRO!*, porque ya me había hecho calentar. Y se fue al mazo.

No voy a pretender que gané la partida. Lito me hizo moco, como siempre. Pero esas manos en las que me comporté de forma exótica removieron algo en mí. ¿Me habrán revelado que existía otra forma de encarar un desafío, por encima de la calculadora y angurrienta con que yo los enfrentaba? Lo que tengo claro es que detonaron la bomba que permitió a mi alma fugar de su prisión. Cosa que no advertí entonces, porque me fui a dormir masticando bronca. Sin embargo, la procesión siguió por dentro. (Mi abuela, la que le decía Clavícula a Calígula, también trastocaba este refrán. Ella decía: "La profesión va por dentro". Tardé en advertir que la frase que creó a partir del cliché tenía un sentido alternativo, digno de ser considerado.)

Volvimos de Mendoza un jueves, y esa misma tarde levanté fiebre y empecé a toser. No hubo sorpresa en mis padres. Debía haber chupado frío y dormido poco. Lo más probable era que esos síntomas condujeran a uno de mis episodios bronquiales, que se resolvían con reposo y un suministro regular de Ventolin. (Qué droga, el Ventolin. Si volviese a probar ese jarabe sería como regresar al pasado —una magdalena proustiana fabricada por Bagó, u otro laboratorio parecido.)

Pero la fiebre no cedió. Al día siguiente me quejé de dolor en el pecho. Por la tarde vino Mohr y dijo que necesitaba pruebas clínicas para cerciorarse —terminé haciéndome radiografías, me acuerdo— pero que, a su juicio, mi cuadro no era el tradicional. Para Mohr se trataba de una neumonía, y no precisamente de una leve.

Menos mal que todavía no me había dado por fumar.

El diagnóstico se confirmó. Lo cual me condenó a antibióticos, reposo y virtual aislamiento durante (al menos) quince días.

Cuando Mohr dio por terminada su segunda visita y se fue, me puse a llorar. La peste significaba medio mes que sumar al medio mes que llevaba sin ver a Brenda. Y ni siquiera podía abusar del teléfono. Como recordé al comienzo, lectora, lector, en aquellos tiempos solo existían los teléfonos fijos. El único que había en casa estaba en la habitación de mis padres. (Sobre la mesa de luz de mi madre, para ser exacto.) En la habitación que adopté de adolescente —a la que solo se accedía por el patio, subiendo una escalera— no había teléfono. Me ilusioné cuando me obligaron a mudarme al piso de abajo, porque no debía chupar frío cada vez que se me ocurriese mear. Pero me confinaron en mi vieja habitación de la infancia, desplazando a mis hermanos. Allí tampoco había teléfono, y solo me permitían levantarme para ir al baño.

Con el correr de los días me habilitaron movilidad y pude llamar a Brenda, aunque con límites, para que la cuenta de ENTel no se tornase impagable. Al principio, bebí de esas conversaciones como si fuesen agua en el desierto. Pero pasaron las semanas —Mohr agregó quince días más a mi convalecencia— y las charlas comenzaron a perder lustre. Sin la posibilidad de jugar con Brenda al pulpo Manotas, la cosa no era lo mismo. Tiempo después reescribí el consejo de la novela de Robert Serling que recordé en la escalinata del Italiano. Conocer a tu suegra para ver cómo envejecerá tu novia es lo de menos. Mi consejo sería —y sigue siendo—, lectora, lector: nunca te enamores de alguien cuya conversación no sea fascinante, aun cuando esté hablando de boludeces.

Las charlas con Brenda se acortaron de a poco y yo aproveché el sobrante para comunicarme con amigos. Entre ellos con Froi, aunque no tuve suerte. Marqué su número varias veces y no contestó nadie. Terminé preguntándole por él a Zerpa, pero justo entonces se nos cortó la comunicación y de ahí en adelante me dio ocupado. Y otra vez se lo pregunté a Alarcón, que no llegó a decirme nada, porque tuvo que salir corriendo para hacer no sé qué mandado.

Bajé varios kilos. Al principio me alegró: había perdido la grasa infantil de mi cara, que tanto me molestó siempre, y empezaba a parecerme a un modelo de El Greco. Pero la cosa siguió, hasta el punto de asustarme. Mohr dijo que era natural, que comiese lo que debía comer y que no me preocupase. Pero ¿cómo iba a quedarme tranquilo cuando, entre la facilidad para contarme las costillas y el pijama que se convirtió en mi uniforme, el espejo me devolvía a un prisionero de campo de concentración?

Llegado el momento, Mohr me dio el alta. Restaban apenas dos días de clases, antes de terminar Quinto. Lo recuerdo con precisión, por razones que pronto se harán evidentes.

Mi vieja tuvo que pinzar el pantalón gris para que no se me cayese. La camisa bailaba en el cuello y el blazer me quedaba grande, parecía el viejo Illia en la parrillita de Córdoba. Pero yo estaba contento. Chocho, bah. Volvía a la vida a tiempo para celebrar con mis compañeros el fin del camino común. Y para reencontrarme con Brenda, en la esperanza de que la rutina del pulpo Manotas devolviese algo de brasa a la relación.

Salí a la calle, que no pisaba desde hacía un mes y monedas, sintiéndome Kempes ante los holandeses. Y en vez de mandarme al

auto familiar, donde mi viejo esperaba al volante, hice un alto en la vereda. Necesitaba experimentar la gloria del momento. Respiré hondo sin que me doliese el pecho, como si ese aire fuese de pradera y no la mierda llena de humo del cruce entre Boyacá y Avellaneda.

Y justo en ese instante —esta clase de detalles no se pueden inventar, lectora, lector— cagó una paloma en mi solapa.

Dejó una larga chorreadera blanca, allí donde el blazer cubría mi corazón.

Pude haberlo interpretado como una señal de —literalmente— mierda, pero no. Estaba tan contento por mi resurrección que preferí reír. Lo interpreté como un mensaje del universo: *Bienvenido nuevamente a este lugar apestoso*. Eso sí, no me quedó otra que volver a casa y lavar la solapa, hasta que dejase de oler feo.

Mis viejos habían decidido llevarme al Colegio. Ellos también estaban felices: de mi recuperación y de la libertad que suponía ya no tenerme metido en casa 24/7 —la fragancia de todas las horas. Aun así llamó mi atención que no se contentasen con dejarme en la puerta. Mi viejo buscó estacionamiento, se ve que querían acompañarme hasta adentro.

Cuando llegamos, no me dejaron ir al tracto uterino, por donde ya entraba el resto del alumnado.

—Vamos por acá —dijo mi madre, señalando la puerta principal.

En el hall de entrada estaba el Cóndor. Que nos condujo a un saloncito que yo desconocía, donde solían recibir a los padres.

Fue ahí donde, custodiado por mis viejos, el Cóndor me dijo lo que ya sabía todo el mundo, menos yo.

Froi había muerto hacía dos semanas, en su habitación de la calle Santander, rodeado por su familia y por los gatos. Estuvo internado en un sanatorio, donde le pusieron una vía de suero y lo alimentaron a través de un tubo en la garganta. Hasta que doña Felipa se impuso y conminó a su marido a desconectarlo y dejarlo ir, que era lo que Froi quería. De otro modo, ¿por qué iba a negarse a comer por las suyas, decidido a despojarse de todo —hasta del más elemental sustento?

Llevaba diez días enterrado en el cementerio de Flores. No me lo habían dicho, para no poner en riesgo mi sanación.

43. Nunca es triste la verdad

No derramé una lágrima. Fue como si mi alma, sacando partido de su independencia, se hubiese preparado a mis espaldas para ese desenlace. Ni siquiera me emocioné cuando el Cóndor dijo que Froi me había legado un libro. (Que dejó en la Secretaría uno de su hermanos mayores.) En otro momento me hubiese ilusionado recibir una edición de Minotauro, pero intuí que la cosa venía por otro lado.

El libro estaba envuelto por un papel madera sin pegatinas, cintas ni moños —así nomás, como se arropa media docena de huevos— que decía mi nombre. Reconocí la letra de Froi. Era el libro que imaginaba que sería: *El pobre de Asís*. Lo abrí para ver si estaba dedicado o contenía una carta o mensaje. Solo encontré los subrayados que hizo durante la lectura. Uno de ellos me produjo el único escalofrío que experimenté. El hermano León le pedía a Francisco que no hablase de la muerte. Y Francisco respondía: "¿De qué otra cosa ha de hablar el hombre?"

Durante los días que siguieron, no hablé de la muerte ni de ningún otro tema. Aunque preocupados, mis padres respetaron el silencio.

No podría describir qué hice o pensé entonces. Esos días se esfumaron de mi memoria, como si los hubiese vivido en coma o el tiempo hubiese saltado hacia adelante. Lo que sí recuerdo es que

dos semanas más tarde, cuando las clases habían terminado para todos —incluyendo la primaria—, llamé al Colegio y pregunté por el Cóndor.

La muerte de Froi me brindó la excusa para borrarme a lo Casildo y eludir la cuestión de mi vocación religiosa. Con un panorama tan encarajinado, y sin obligación de pisar el Colegio, era improbable que el Cóndor me persiguiese. Sin embargo, la idea de desaparecer no cruzó por mi mente.

Yo quería hablar con él. Lo necesitaba.

Me propuso verlo al día siguiente, a las seis de la tarde.

Toqué timbre. La puerta se abrió gracias a la magia del portero eléctrico. Me mandé para el fondo sin cruzarme con nadie. Era raro, el Colegio, así de silencioso y desprovisto de pibes. Porque una escuela no es una instalación típica, como cualquier otro edificio grande, donde vive gente que lo somete a sus ritmos durante veinticuatro horas. Una escuela es, en todo caso, como un parque de diversiones o un museo: una vez concluido el horario de apertura, el lugar se marchita, se apaga —un organismo reducido a mero esqueleto.

En el pasillo opaco, no se oía otra cosa que el ruido de mis pasos.

Me había citado en un aula de Catequesis del edificio viejo. La puerta estaba abierta. Las sillas que llenaban la estancia —de esas que incluían una tapa-escritorio de fórmica para apoyar tu libro, cuaderno o carpeta— habían sido desplazadas, liberando el corazón del lugar.

El Cóndor ocupaba una de las dos que había en medio del aula, enfrentadas entre sí. Pantalón y suéter gris, corbata roja con broche dorado, mocasines: la pulcritud encarnada. Escribía en su agenda

con una lapicera de capuchón dorado. A un costado descansaba un libro de Jacques Maritain.

Mis nudillos probaron la solidez de la puerta. El Cóndor miró su reloj pulsera —sí, yo había llegado a la hora convenida— y me alentó a pasar.

Me senté en la silla designada. Quedamos cara a cara. Cerró la agenda, atrapando la lapicera como a una mariposa, y se cruzó de brazos.

Ni dije ni mu y me preguntó cómo estaba. Advertí que me había aferrado con las dos manos al borde de la mesita, como si temiese que la silla empezase a corcovear y me arrojase al suelo.

La única respuesta que se me ocurrió fue encogerme de hombros.

—Era un muchacho muy especial —dijo.

—Era un santo —dije yo.

No fue la réplica que esperaba. Dedicó segundos a sopesarla. No: definitivamente Froi, con su debilidad por el humor guarango, no cuajaba con los cánones de santidad que el Cóndor observaba.

—Nunca pude verlo bajo esa luz. ¿A qué te refieres, qué sabes tú que se nos pasó por alto?

Reprimí el deseo de encoger los hombros otra vez. No tenía intención de contar cosas de Froi. Mi amigo volvería a asolarme por las noches si compartía con el Cóndor algo de su intimidad.

La única opción que quedaba era exponer mi visión.

Le dije que en Froi se habían combinado la hipersensibilidad y una bondad esencial. (Esencial, aclaré, por oposición a bondad pacata o boluda. Yo no veía contradicción entre ser buena persona y hacer chistes sobre pajas y conchas.) Pero la desgracia de Froi era que le

había tocado cargar con ellas en el peor de los lugares, en el peor de los momentos.

El Cóndor preguntó qué quería decir.

Otro adulto fingiendo ignorancia. No pensaba facilitarme la tarea.

Le dije que en los últimos años habían pasado cosas turbias en el país. Y que la mayoría de la gente había optado por hacerse la boluda. (O *fingir demencia*, como se dice ahora.) Algo que a Froi y a mí nos pasmaba, porque era muy alevoso. Como que se derrumben edificios a tu alrededor y sigas esperando el bondi en la parada, imperturbable.

—Yo imagino que la cosa viene de lejos —dije—. Y que tiene que ver con que mucha gente... tal vez demasiada... se acostumbró a situaciones a las que no había que acostumbrarse. Por ejemplo, los gobiernos militares. En los países que admiramos no hay presidentes de uniforme, ¿o sí? Hablo también de los cuerpos muertos que aparecen por todas partes, como caídos del cielo. Porque, una vez que dejaste de indignarte, de protestar y de reclamar que se cumpla la ley... una vez que empezaste a tolerar lo intolerable... terminás por aceptar cualquier cosa. Y de repente empieza a parecer normal lo que no lo es. Porque esconder a un colega en el baúl de un auto no es normal. Y que de un día para el otro la Biblia Latinoamericana pase a ser veneno no es normal. Y que una lámina —un simple papel, una foto— se convierta en peligrosa no es normal.

El Cóndor miró en la dirección que yo señalaba. En la pared a su derecha se insinuaba la marca del póster del Che.

—Yo no tengo forma de explicar qué pasó... ni lo que sigue pasando, seguramente. Pero ni falta que hace. Cuando sos joven y conservás capacidad de asombro... el germen de la filosofía, me lo

enseñó un profesor... y crecés en un lugar donde todos caminan con el culo fruncido y cara de haber visto fantasmas, no puede tratarse de nada bueno.

Pero yo no había ido allí a hablar del país. Ni siquiera había ido a hablar de Froi, para ser sincero.

—Lo que yo creo —dije— es que Froi no quiso seguir pagando el precio de vivir acá. Era demasiado bueno para aceptar esta situación, para curtirse y seguir adelante. Y tampoco podía denunciar lo que ignoraba. No iba a salir a la calle a gritar: "¿Qué mierda está pasando, por qué nadie dice nada?" Aceptar un horror en silencio significa ser cómplice de ese horror, y Froi no estaba dispuesto. Ojo, que nunca hablamos del tema en estos términos. Todo lo que digo es especulación mía. Pero es lo que siento: que Froi, quizás hasta de forma inconsciente, decidió dar testimonio de lo intolerable de la situación, del único modo que encontró a su alcance. Y que el libro ese... el que me dejó... contribuyó a su decisión.

—¿El de San Francisco de Asís?

—No era muy creyente, Froi. Se habrá dado cuenta. Pero la actitud del santo lo conmovió en un nivel... *filosófico*, digamos. Eso de apostar por una vida en la pureza, incontaminada por las mierdas de este mundo: la guita, el oropel, el poder... Le encantó lo extremo de su opción, la decisión de despojarse de todo lo que olía mal. Pero claro, Francisco tenía respaldo. Contaba con la Iglesia, la fe, la oración, la comunión con el mundo natural. Froi no tenía de qué agarrarse. ¿A qué autoridad podía apelar? ¿Cómo iba a sostenerse, en un lugar donde no hay ni un adulto honesto?

El Cóndor entendió que yo lo incluía en ese combo, pero se lo bancó. Podría decir que ni se inmutó, porque su postura física no varió un milímetro. Pero algo había cambiado en su mirada. Me observaba de un modo que nunca antes había registrado.

—No voy a ir al seminario, ni a hacerme religioso —dije entonces —. Voy a ser periodista.

Ahora sí que se permitió acomodarse en la silla, y hasta sonreír.

—Vaya, vaya —dijo—. Agárrate, que hay curva.

Esa era otra de sus muletillas. Olvidé adelantarlo, sepa disculpar, lectora, lector.

—No te hacía adepto a los diarios y las noticias.

—No lo soy. Yo agarro *La Razón* para ver qué se estrena en el cine y leer la página de los chistes. Me gusta una tira que se llama "Hogar, dulce hogar". ¿La de Dagwood y Blondie?... No importa. Pero claro, para llegar a esas páginas, tengo que remontar otras. Y aunque no les preste atención, hay cosas que se te quedan grabadas. Noticias que, de tan repetidas, empiezan a sonar como alarmas. Cuerpos que aparecen en las orillas del río. La sospechosa frecuencia con que a los militares se les escapa gente, que termina muerta por la espalda.

El Cóndor estaba incómodo ahora. ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Hasta dónde podía confiar en él? Siempre había sido medio vigilantón, según los hermanos de Froi. ¿A quién le iría con el cuento de lo que yo estaba diciendo? ¿Llegaría a oídos de Urango? Debía ser la primera vez que pronunciaba la palabra "militares" dentro del Colegio, en cinco años de cursada —a excepción de su uso en la materia Historia, obviamente. Y si bien yo era un exalumno,

dependía de los papeles que expediría el Colegio para formalizar mi ingreso en la universidad.

Decidí que era tarde para hacerme el boludo.

—Descubrí que nada me interesa más que la verdad —dije.

El Cóndor llenó su vientre de aire. Que retuvo, al menos hasta que decidió volver a hablar.

—... Está muy bien. Muy bien. Pero, por las dudas, no pierdas de vista que las verdades humanas son relativas. Si de veras te interesa esa noción, la única verdad absoluta...

—... es la revelada, ya sé. Pero esa verdad no me necesita. Tiene el respaldo de una corporación, millones de bocas de expendio y protección estatal. Yo me refiero a verdades más humildes, pero también necesarias. Que están por todas partes, ¿eh? No hace falta ser Sherlock para descubrirlas. Lo que se necesita es alguien como el pibe del cuento de Andersen. Ese que grita lo que es evidente, pero que los adultos fingen no ver.

Dicho esto, experimenté un leve estremecimiento. No recordaba haberle hablado así a un mayor, y mucho menos a uno que respetaba. Tal vez por eso, el Cóndor contraatacó.

—Mark Twain escribió: "Si no lees el diario, estás desinformado. Pero si lees el diario, estás mal informado".

—También escribió: "Ante la duda, decí la verdad. Confundirá a tus enemigos y deslumbrará a tus amigos".

Yo había releído a Twain, después de que el Cóndor me sorprendió en el patio. Merecido lo tenía, por creer que podía batirme en mi terreno. Usar a un escritor en mi contra: qué presuntuoso.

Debo dar cuenta, aquí, de que en esa instancia el Cóndor decidió expresar su preocupación por mí.

—Ser periodista en estos tiempos no es fácil —dijo.

—Ya lo sé. Pero cuento con una ventaja que Froi no tenía. Yo no soy ningún santo.

Se tomó unos segundos para pensar. Había entrelazado las manos y golpeteaba sus labios con la punta de los dedos. Me cuestioné qué estrategia usaría para retomar la ofensiva. Para mi desconcierto, preguntó dónde pensaba estudiar, a qué periodistas admiraba, si conocía gente en los medios y otras cosas que indicaban que había dado por buena mi decisión.

Yo contesté con las precisiones de que disponía y disimulé las vaguedades, porque se trataba de una decisión que todavía tenía la consistencia de un moco. (Algunos de sus ribetes eran disparatados, incluso.) Pero el Cóndor no me contrarió ni hurgó con la intención de dejarme expuesto. Al cabo de un rato se puso de pie y me tendió la mano.

—Enhorabuena. Que sea con felicidad —me dijo.

El cielo se tornasolaba sobre Rivadavia. Volví a casa levitando.

No podía creer que la charla se hubiese resuelto con esa facilidad. Me había quitado de encima un peso fenomenal, digno del Atlas mitológico. Con el tiempo valoré que el Cóndor aceptase la derrota con gracia; y, más tarde aún, comprendí que además fue generoso. Porque estaba en condiciones de ajustar el torniquete, de desequilibrarme para probar que no había perdido poder; y sin embargo, respetó mi decisión.

En cuestión de horas se me abalanzaron la Navidad y el Año Nuevo y las vacaciones, las primeras que mis compañeros y yo pasaríamos pensando en un futuro que se relacionaría con cada uno por separado.

Muchos turisteábamos cuando recibimos la noticia. Al promediar enero, uno de los autos de la congregación partió hacia al sur. Al volante iba el petiso Villazón, que era religioso y había sido nuestro profesor de Inglés durante los primeros años. La idea era viajar a Comodoro, donde se alzaba otro de los colegios de la Buena Nueva. Los detalles nunca se aclararon, pero lo que se supo fue que Villazón perdió el control en la ruta y que el vehículo empezó a dar tumbos.

Él se salvó. Su copiloto no. El Cóndor salió despedido y se partió el cuello.

Hechos como estos tampoco puede atribuírselos el escritor, lectora, lector, ni culpar de ellos a su imaginación. Simplemente son.

44. El Desobediente

Velaron al Cóndor en el colegio. Mucha gente seguía de vacaciones, pero aun así la ceremonia convocó a una multitud: alumnos, exalumnos, padres. Formaban fila en silencio hasta llegar al cajón y allí se despedían, cerrando el expediente con la señal de la cruz.

El cajón estaba cerrado. No hacía falta preguntar por qué. A un costado montaba guardia ese cirio que me llamó la atención desde que entré al Colegio, porque parecía un lápiz gigante.

No recé nada en particular, ni fingí dirigirle la palabra. Simplemente me permití sentir. Y lo que sentí entonces fue pena y alivio. Pena, porque había sido un tipo inteligente: digno adversario, que presionó hasta atormentarme pero me dejó ser. Y alivio, porque había resuelto el entuerto a tiempo. Si se hubiese pegado el palo antes, me habría sentido peor, culpable de haber pensado en él hasta último momento como alguien que me ofuscaba y a quien, de un modo u otro, temía.

Ese enero del 79 no experimenté culpa, solo tristeza. Si se tomaba en serio la frase de Twain con que me sorprendió, debió haber estado listo para morir. La prueba de que saldamos lo nuestro fue que nunca visitó mis pesadillas. Porque las cosas que me angustian

y cuesta resolver suelen presentarse de ese modo en mi vida. Durante mucho tiempo me atormentó soñar que seguía trabajando en *Clarín*, aunque —gracias a Dios— me habían echado años atrás.

Se preguntará usted: y después de todo eso, que pasó hace tanto, ¿qué ocurrió?

Estudié en la Universidad de Lomas de Zamora, única de las públicas donde existía Periodismo como carrera. (Todavía no habían creado Comunicación en la UBA, la Universidad de Buenos Aires. Para los jerarcas de la dictadura, la información fidedigna era tan deseable como cortarse las uñas con un serrucho.)

En Lomas había clases nocturnas, exclusivamente. Tomaba cuatro bondis después de la caída del sol —cuando no más, porque a veces tenía una clase en Temperley y otra en Adrogué— y llegaba de vuelta a casa a la hora de las brujas. Pero me lo banqué. A regañadientes, eso sí, hasta que conseguí trabajo y empecé a progresar. Y seguí apechugando entonces, aun cuando la fortuna me sonreía. Porque nunca había querido ser periodista, y tampoco quise serlo cuando me convertí en uno.

¿Cuál fue la razón, pues, por la que tomé esa decisión? Le juro, lectora, lector, que tardé décadas en entenderlo.

Cuando mis padres dijeron que escribiendo moriría de hambre y me emplazaron a elegir otra cosa, lo primero que pensé fue: ¿en qué carrera se gana dinero escribiendo? Podía disparar para el lado de la publicidad, por ejemplo. Pero me sonó poco sexy eso de gastar neuronas para vender basura a incautos. Podía estudiar Letras y aprovechar el título para ser docente. Pero yo quería escribir, no practicar autopsias. La experiencia junto al Pato me curó de espanto.

¿Cuál era la gracia de diseccionar textos para aprender cómo son por dentro, si así podían morir en tus manos?

Entonces pensé en el periodismo. ¿No se trataba de escribir historias, también? La diferencia era que, en lugar de imaginar, debía tomarlas de la realidad y respetar los hechos. Lo cual suponía un trabajo extra: salir a la calle, hablar con gente, procurar documentos. Todo lo cual me parecía un plomazo. Pero en aquel momento privilegié las semejanzas por encima de las diferencias.

¿Cambió mi actitud a partir de entonces? ¿Empecé a leer otras secciones del diario, a ver noticieros, a parar la oreja ante la radio? Muy lentamente. La facultad no colaboraba, sus autoridades de la era militar no alentaban la curiosidad. Nunca nos instaron a patear la calle, a preguntar, a interesarnos por lo que pasaba: preferían atosigarnos con teoría. (Mucha lingüística y poca realidad.) Pero en tercer año conseguí trabajo, y ese engarzó con otro, y el progreso pareció justificar mi decisión. Aunque las tareas no podían interesarme menos, cobraba un sueldo. Y el dinero concedía independencia, que cotizaba alto entre mis prioridades.

Pronto comencé a escribir sobre cosas que sí me interesaban: cine, discos, libros, cómics, televisión. Me fue cada vez mejor, viajé por el mundo, entrevisté a Arthur Miller y a Madonna, a Woody Allen y a Mick Jagger, a Martin Scorsese y a Liza Minnelli. (Hasta a Paul McCartney entrevisté, querido Zerpa. ¿Podés creerlo? Tomamos té, preparado por las manos de *the lovely* Linda, mientras charlábamos en el camarín de un estadio de Tokio.)

Pero nunca dejé de pensar que eso no era lo mío. El periodismo proveía sustento, mientras me preparaba para escribir mi novela: eso era todo lo que le pedía. Funcionó como la mentira de la que me

serví para ganar dos partidos de truco: el que entablé contra el Cóndor, que me tentaba a formular votos de obediencia, y el que emprendí contra mis padres, que querían cortarme el chorro pero a la vez me sometían mediante el dinero.

El periodismo fue el vale cuatro que canté a pesar de que no tenía cartas para refrendarlo, con tal de imponerme a la adversidad.

Lo paradójico fue que, cuando al fin me senté a hacer lo que siempre había deseado —escribir una historia que fuese mía, que dependiese de mi creatividad y no de salir a la calle, hablar con gente y procurar documentos—, descubrí que todos los argumentos que se me ocurrían requerían del andamiaje de una investigación. No me quedó otra que quitar el polvo a las herramientas que había usado a desgano, durante mi desempeño como periodista.

Recién entonces comencé a sentirme pleno, y me acostumbré a ser feliz aunque fuese de modo intermitente, como guirnalda de Navidad: cuando la ficción me ayudó a abrirme al mundo real, a encontrarle la vuelta —a identificar su propia narrativa y a reconocer su belleza.

Todavía me explayo sobre obras de arte que me interpelan, y escribo novelas que cuentan cosas que no son realistas. (No siempre, al menos.) Aunque no me hice rico como Lennon, me gané la vida contando historias. Y ya no vivo en una burbuja ni respiro una atmósfera artificial.

Tardé décadas en salir de ese capullo. Era un lugar cómodo y seguro. Y el contexto no colaboraba con la honestidad. Los argentinos —empezando por nuestros profesores, tutores, padres— habían aceptado que se los sumergiese en un mar de falsedades y compromisos éticos. Allí nacieron sus descendientes y sus discípulos:

en el fondo del océano oscuro, respirando de una botella llena de aire prefabricado y creyendo que eso era normal. Si algo se esperaba de nosotros era que diésemos aquella realidad por buena. Que al igual que nuestros mayores, abrazásemos la complicidad —esa forma antinatural de vivir—, a cambio de la supervivencia, que dependía del suministro de oxígeno embotellado.

Conozco a mucha gente que sigue allá abajo. Pienso en algunos excompañeros del grupo que nunca bauticé, pero que debió haberse llamado: Los Obedientes. El resto decidió alcanzar la superficie. Es verdad que, para mantenernos a flote, debimos caminar sobre cadáveres, como el protagonista de mi cuento. Pero hemos vivido honrando ese sacrificio.

Eso es algo que comprendí ahora, durante la enésima revisión de este texto. Como le dije antes (si desconfía, fíjese en el capítulo 10), "uno siempre cree que cuenta algo por cierta razón, hasta que el tiempo revela que en realidad la escribió por otra".

Esto que sigue es lo que acabo de descubrir.

45. *Inferno*

A mediados de diciembre de 1983, Raúl Alfonsín —primer presidente democrático de mi vida consciente— creó la Conadep: Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Con información de las organizaciones de derechos humanos, a la que sumó una agencia propia, la Conadep reunió 50.000 páginas que documentaban la violencia del régimen militar. (No es un error de tipeo, no: dije *50.000 páginas*.) A partir de esa evidencia produjo un informe que, con el título de *Nunca más*, publicó la Universidad de Buenos Aires. Escribo esto cuando acaban de cumplirse cuarenta años de esa edición. Es el tiempo que tardé en comprender que ningún libro de la cultura argentina influyó sobre mi narrativa como el *Nunca más*. Por encima de Arlt y de Borges, de Cortázar y de Piglia.

Durante 1984 a causa del informe, y también en el 85, debido al juicio entablado a las juntas, cayó sobre la Argentina una lluvia negra e inmunda, para la que no existió reparo: los datos del horror que los represores habían desatado. En su mayor parte se los consignaba con prosa seca y burocrática, la precisión del notario. Pero, cuando hablaban los sobrevivientes, se los citaba en primera

persona. Es decir, se permitía que sonase la voz de aquellos que experimentaron el horror y vivieron para contarlo.

Me pregunto si usted, lectora, lector, habrá leído el *Nunca más*, o al menos picoteado entre sus páginas. Es una versión *non fiction* del *Inferno* de Dante, trasladado a la Argentina de los 70 —una obra maestra de la desolación.

El ejemplar que conservo está subrayado, porque soy de los que marcan los libros que los marcan. En aquel momento destaqué pasajes que serían la envidia de Poe, Lovecraft, Shirley Jackson y Stephen King. Releo el *Nunca más* y advierto que pasé por alto párrafos que describen atrocidades peores. La única explicación que atino a darme es que solo resalté los espantos que en el 84, a mis 22 años, conseguí metabolizar.

El *Nunca más* describe las iniquidades que miles de empleados del Estado —porque eso es lo que son, a fin de cuentas, militares y policías— hicieron a infinidad de argentinos mientras el resto, parafraseando al Lennon de "Beautiful Boy", estaba entretenido haciendo otros planes. Me refiero a crueldades que desafían la imaginación, y que practicaban a diario, con el desapego de los oficinistas que llenan formularios y encajan sellos, para después volver a su casa a cenar, coger y dormir.

Y cuando hablo de impiedad, no estoy exagerando.

Hablo de gente que torturó a un hombre sin piernas, colgándolo de los brazos y dejándolo caer sobre sus muñones.

Gente con la que te cruzabas en el almacén, sin sospechar que horas atrás había metido un tubo en el culo de un tipo encadenado y dentro del tubo una rata, para que se cebase en las vísceras de la víctima.

Gente que experimentaba con la aplicación de corriente eléctrica sobre los cuerpos. Les colocaban "el casco de la muerte". Les hacían tragar un rosario de electrodos, para que se quemasen por dentro. Encerraban un gato entre sus ropas para que, al sentir la descarga, el pobre animal destrozase carne ajena con sus garras.

Gente que violaba a sus víctimas indefensas pero, no satisfecha con eso, las liberaba de ataduras para trasladarles la responsabilidad, y que ellas mismas eligiesen si entregarse al abuso o morir.

Gente que hambreaba a sus prisioneros y que finalmente, cuando se dignaba a alimentarlos, servía sopa en platos playos y no proporcionaba cucharas, sino tenedores.

Gente cuyas salvajadas mataban a un niño de doce años de un paro cardíaco. Ese fue el caso de Marcelo Barbagallo, testigo del secuestro de sus padres y hermana. El crío vivía esperando su regreso, se apostaba durante horas en la ventana de la casa, en silencio impenetrable. Hasta que un día no despertó más. Su corazón, literalmente, se rompió.

Tanto en el 84 como ahora hubo momentos en los cuales, perdido en la selva oscura de esas páginas, creí que leía un libro maldito: un compendio de prácticas satánicas del Medioevo, o una versión argenta del *Necronomicon*. Un pasaje reproduce un listado de cosas que los represores robaron a una víctima. La enumeración podría formar parte de un relato de Borges: "Una edición antigua del *Quijote de la Mancha*, una Biblia del año 1400 escrita en latín, un diccionario bilingüe de 7000 páginas, una colección de *Caras y Caretas* del siglo XIX, una fusta inglesa antigua con virola de plata trabajada, un rifle Máuser de la Guerra Argentino-Paraguaya".

Otra lista hace el doctor Norberto Liwski, en este caso de las torturas a que se lo sometió. Sus victimarios sabían que no había cometido crimen alguno, más que ser opositor al régimen y mostrarse generoso con los desafortunados. ("¡Se acabaron los padrecitos de los pobres!", le gritaban.) Por eso mismo lo picanearon, apalearon, colgaron de ganchos, estiraron en un potro, le mostraron la bombacha ensangrentada de su mujer, lo quemaron, despellejaron la planta de sus pies, lo sodomizaron con un objeto metálico y le retorcieron los huevos interminablemente. El tono despojado y casi ingenuo del relato de Liwski —cuyo fraseo es francamente borgeano— parece pertenecer al dominio de lo literario: "Recordé que, cuando estudiaba medicina, en el libro de texto, el famosísimo Housay, había una fotografía en la cual un hombre, por el enorme tamaño que habían adquirido sus testículos, los llevaba cargados en una carretilla. El tamaño de los míos era similar a aquel, y su color de un azul negruzco intenso".

También hay que acreditar la inventiva dedicada a disponer de los cadáveres: fosas comunes, piras, barriles de nafta sellados, cuerpos dinamitados, prisioneros a los que se arrojaba desde aviones al río profundo, con el objetivo de que se perdiesen y así discutir la existencia del crimen —para eso se los *desaparecía*.

De todas estas cosas (y lo que referí no es ni el uno por ciento de lo que hicieron) nos enteramos después, cuando el régimen cayó. Fue un test para la cordura. Algo parecido a lo de Neo en *The Matrix*, cuando comprende que lo que creía verdad era una simulación, y que en realidad vivía explotado como un esclavo. El shock llevó al rojo nuestros circuitos. Algunos, me temo, quedaron inutilizados. Difícil salir intacto de la revelación de que, mientras vos

pelotudeabas, del otro lado de tu medianera se reeditaba la Inquisición a escala industrial.

Hasta que recuperamos la funcionalidad esencial, claro. Porque ningún estado de ánimo se sostiene en el tiempo, pero también porque el consumismo enseña que la mejor manera de olvidar una película escalofriante es ver *otra* película, preferentemente graciosa o liviana.

Para purgar la culpa de nuestra ceguera, durante los 80 nos sometimos a un montón de películas sobre la dictadura. Hasta que decidimos que ya habíamos sufrido lo suficiente y dimos vuelta la página. Era hora de mirar hacia adelante, de darle oportunidad a otros géneros cinematográficos. Ese fue un error que seguimos pagando. Todavía hoy nos creemos metidos en una comedia costumbrista con toques de grotesco, cuando nuestra realidad se parece más a *La masacre de Texas*. (Cuyo título literal es, con rigor de orfebrería, *La masacre con motosierra de Texas*.)

Yo también creí que había superado el trauma, hasta que entendí que no. Como le digo, he descubierto que el *Nunca más* es el sol radiactivo alrededor del cual orbita mi literatura. Mi primera novela fue una ucronía, como *El hombre en el castillo*, donde imaginaba una Argentina en la que no ocurría el genocidio. A partir de allí, sin importar el género que acometiese —policial, ciencia ficción, fantástico, tragicomedia, melodrama, terror—, todas mis novelas se articularon en torno a la violencia que describe.

Incluyendo esta a la cual presta sus ojos, lectora, lector.

Hace no demasiado escribí una novela sobre el periodista y narrador Rodolfo Walsh. Es un libro que puede leerse en tándem con su obra más conocida, *Operación masacre*, porque cuenta lo mismo,

pero desde otro ángulo. Esta narración que está por culminar puede leerse en paralelo —porque lo complementa— con el *Nunca más*. Cuenta cómo era la vida que llevamos adelante con los ojos vendados, mientras se cometían los crímenes de masas que el informe enuncia; y cuenta además lo que algunos percibimos, a pesar de que se nos forzaba a vivir tabicados. Porque es cierto que la información no estaba a nuestro alcance, tanto como lo es que un sordo no puede oír. Pero los sordos perciben las vibraciones que detonan los ruidos y la música. Y yo percibí vibraciones a mediados de los 70, cuando aún no sabía cómo interpretarlas.

¿Puede un escritor ser explícito respecto del tema que lo obsesiona? Muchos colegas fruncirían el ceño. Se dice que lo nuestro es el arte de la alusión, de la mirada indirecta. La literatura no suplanta la realidad, solo levanta un espejo deformante que la recorta y congela. Y, al convertirse en libro, esa parcela de la experiencia permite que la pensemos y repensemos *ad infinitum*. Esa es la maravilla de este arte: produce placas que permiten investigar una muestra de vida, en el microscopio de nuestra mente.

Pero, aun a riesgo de incumplir con la etiqueta de la literatura, necesito ser tan cándido aquí como al comienzo. Si algo acabo de entender es que, de un modo u otro, todas mis novelas se preguntan lo mismo. Cómo, y en qué medida, sobrevivimos a la dictadura. Qué porción de humanidad perdimos durante ese fuego, a pesar de que el espejo nos mienta intactos. Y qué parte de la experiencia continuamos sin comprender, y por ende sin metabolizar. Respuestas que todavía necesitamos, ahora que el universo ha vuelto a vibrar como en los 70.

Otra forma de interpretar esta historia sería como una solicitud de misericordia: mi pedido de disculpas a Zerpa por lo que hice, o más bien lo que no hice, a fines del 78. Uno escribe para redimirse y para mejorar, aun cuando el texto que prepara sea una ficción; y quien lee lo hace en primer término para entretenerse, porque, si uno no se divierte, ¿para qué jugar? (Esto lo aprendí con Lito, aquella noche en Mendoza.) Pero el entretenimiento no excluye la posibilidad de que la evolución del escritor tire un centro a los lectores, balizando el camino.

Ojalá sea este el caso. Y aunque no lo sea, lo que corresponde ahora —todo libro debería incluir algo así en sus últimas páginas— es el agradecimiento, lectora, lector, por haberme acompañado. Significa que me dedicó horas de su vida, aun sin conocerme.

Espero que ese tiempo no haya sido un desperdicio.

46. No, mamá

Una noche —yo debería tener siete u ocho años— mi madre me sorprendió. En vez de presionar para que lavase mis dientes y me fuese a dormir, me invitó a sentarme al pie de su cama y a compartir una película por la tele. Debo haber dado un salto mortal. ¡Acostarme tarde un día de semana! ¡Ver una película hasta la medianoche! Si proponía vulnerar uno de los límites que ella misma había impuesto, debía tratarse de una circunstancia excepcional.

La película era una que ella sabía de memoria. (Un tanto vieja, por algo la daban en la televisión.) Pero, precisamente porque le parecía muy bella y la había amado mucho, quería que yo la viese también.

Era española y se llamaba *Marcelino, pan y vino*.

¿Habré sentido resquemores esa noche? Todavía ardía la crítica por haberme dormido durante *La novicia rebelde*. ¿Me estaba poniendo a prueba? De lo que puedo dar fe es de que permanecí despierto. Es probable, también, que no haya pegado un ojo hasta que amaneció.

Marcelino, pan y vino fue filmada durante el franquismo, y se convirtió en un éxito. Cuenta la historia de un huérfano que va a vivir a un convento franciscano. (Un crío que, por cierto, se me parecía bastante —el mismo flequillo— y debía tener una edad

similar.) Cierto día, jugando en un altillo, Marcelino descubre la imagen de un Jesús crucificado, a escala humana. Como se trata de un niño de buen corazón y ve demacrado al pobre Cristo, le ofrece un trozo de pan. Jesús desclava una de sus manos y acepta la ofrenda. A la visita siguiente Marcelino acude con más pan y una copa de vino, y Jesús baja de la cruz para comer y beber.

Yo estaba asustado, a esa altura. El Jesús de madera era tétrico. La escena donde su mano empieza a moverse me puso los pelos de punta. Pero la música y la sonrisa de mi madre sugerían que mi reacción no era la adecuada. Algo andaba mal. A Marcelino no le daba miedo ese gólem rígido que hablaba. Debía controlarme. No quería decepcionar a mi mamá, no otra vez. Seguramente todo se arreglaría al final.

El final era más horrible aún. Jesús le decía a Marcelino que había sido un niño bueno y que le concedería un deseo. Marcelino pedía ver a su madre, a quien por supuesto extrañaba. Entonces Jesús lo abrazaba... y lo mataba. Así como me oye, lectora, lector. Lo asesinaba, del mismo modo en que el dolor infligido por los represores mató a su casi homónimo, el Marcelito Barbagallo del *Nunca más*. Cuando llegan los frailes, encuentran muerto a Marcelino en una silla, al pie de la cruz, mientras las campanas suenan a victoria y se habla de un milagro. ¿Cuál era el presunto milagro: haberse cargado a un crío? ¡Milagro hubiese sido resucitar a su progenitora, no matar al pibe!

—¿Te gustó? —preguntó mi madre. Fumaba el último Jockey de la noche. El televisor seguía emitiendo música de gloria.

Reclamé ir a la cama, frotándome los ojos.

La película perduró en mis pesadillas, como otras experiencias que me costó desbrozar. Debo decir que nunca hasta hoy —cuando volví a ver la película después de 55 años, porque quería ser honesto con usted, lectora, lector— había entendido que *Marcelino* funcionó como el *big bang* de mi historia. Hasta ese instante yo había sido un anexo de mis padres, el odre vacío que esa pareja llenó con sus deseos, valores, aprensiones e ideas. Pero el shock de esa visión —descubrir que lo que yo percibía estaba en las antípodas de lo que mamá veía— detonó el nacimiento de mi individualidad, que no deja de expandirse desde entonces.

Esa fue la primera vez que pensé: *No, mamá.* Lo que a vos te parece bello, yo lo encuentro atroz. *No, mamá*. Si para vos ser bueno es resignarse a ser sacrificado, yo no quiero serlo. *No, mamá*. Los poderes a los que prestás obediencia a mí me sublevan.

En germen, aquella noche lo explica todo, o casi. Empezando por mi experiencia del 76 en adelante, esa disonancia entre la normalidad que la sociedad actuaba y los horrores que mi alma intuía —tan parecida a la diferencia entre lo que mi madre veía en *Marcelino* y lo que vi yo.

No encuentro mejor modo de explicar mi malestar de esos años, la constante y dolorosa sensación de percibir algo que nadie más —*casi* nadie, querido Froi: no te enojes— estaba viendo.

A diferencia de mi madre, ya no volví a confundir a un asesino con un salvador.

47. La peregrinación al santo erotómano

De Froi tampoco me olvidé.

Al principio pensé que habíamos sido arrojados a una situación que Froi no estaba en condiciones de sobrevivir, ni física ni anímicamente.

Cuando yo tenía cuatro años me pasó algo parangonable. Me metieron en un jardín de infantes, el Instituto Terrero, donde además iban a enseñarme a nadar. Y el primer día de clases el profesor, fastidiado por mis resquemores, decidió tirarme al agua en la parte honda. (Debe haber cursado Pedagogía en la Universidad de Torquemada.) Si me hubiese ido al fondo como plomada me habría rescatado, obvio, pero el turro se salió con la suya. Empecé a dar brazadas y patalear como un poseso, y me mantuve a flote. Por eso pensé que la metáfora podía ser útil: Froi y yo habíamos sido arrojados a aguas negras y heladas, pero solo yo —con experiencia en la materia— había conseguido no ahogarme.

No tardé en desechar la idea, porque descubrí que era injusta. Le quitaba iniciativa a Froi, que no se hundió por incapacidad sino por decisión clara y consciente. Desde entonces lo encuentro parecido al Bartleby de Herman Melville, el escribiente que a cada requerimiento respondía: “Preferiría no hacerlo”.

Porque Froi no fue una víctima, no. Fue la primera persona a la que vi hacer uso pleno de su libertad. Bien pudo haber optado por una vida sin sobresaltos: ir a la facultad, formar una familia, desarrollarse como profesional. La sociedad le ofreció el oro y el moro, como a todos los egresados de la promoción 78 del Colegio de la Buena Nueva, ese semillero de —lo dice su himno— hombres de pro. Pero prefirió no condonar con su presencia la complicidad por omisión.

Quizás tuvo claro que no estaba en condiciones de sobrellevar la hipocresía sin pudrirse por dentro, y por eso cortó por lo sano. A fines de los 70, no existían perspectivas de averiguar lo que ocurría, y muchísimo menos de obtener justicia. Éramos prisioneros de la realidad: menores de edad, ignorantes del genocidio que los militares perpetraban a metros de distancia, desprovistos de todo derecho que no fuese el de obedecer. Pero esa impotencia no disuadió a Froi de hacer uso de una posibilidad que —lo sabía— nadie estaba en condiciones de arrebatarle: "Si todo lo demás falla —dice la Julieta shakespeariana, en la Escena 5 del Tercer Acto—, todavía tengo el poder de morir".

Nunca dejé de percibir a Froi como una compañía. A veces siento que absorbí sus restos, como el Marel-Rambar de mi cuento. En alguna ocasión me he preguntado si cierta idea que emergía en mi cabeza no le pertenecía.

Muy de tanto en tanto voy a visitarlo al cementerio. Habrán sido seis veces en cuarenta y pico de años: no es para sacar pecho, pero podría ser peor. La primera vez fui con indicaciones que facilitó el Pato Gómez y anoté en una libreta. Cuando quise volver, años más tarde, la libreta había ingresado en la Dimensión Desconocida y el

Pato había vuelto a España. Me la jugué igual, confiando en mi memoria. Y me perdí. Hasta que recordé mi experiencia en el cementerio de Père-Lachaise, a fines del 86.

Durante mi primera visita a Europa y específicamente a París, quise conocer la tumba de Jim Morrison. Pregunté en una de las puertas y me dijeron algo que dado mi francés precario —hasta entonces, no había oído hablar en ese idioma más que a Dorita y a los actores de películas galas— no entendí bien. ¿Me habían dicho Calle Sexta, o Décimo sexta, o Sexagésima? Me extravié en una zona llena de curvas y rotondas. Hasta que entendí que no tenía sentido perseguir un número equívoco. Todo el cementerio estaba lleno de pintadas hechas por fans, con flechas que marcaban el camino hacia lo que llamaban Morrison Avenue.

Durante mi segunda visita al cementerio de Flores, tuve la perspicacia de atender a los signos. No buscaba pintadas, porque Froi carecía de fans humanos como el cantante de The Doors. Pero le conocía otro tipo de fans y registré su presencia enseguida.

Busqué el sitio donde abundaban los gatos y llegué sin dilaciones. A esta altura me sé el lugar de memoria, pero cada vez que voy le presto atención a esos bichos, que marcan el camino. Apuesto a que si usted va de visita, lectora, lector, lo ubicará también. A nadie le viene mal presentar sus respetos a san Froilán Aramayo Chalar, el santo erotómano. No pondré por escrito que concede deseos, pero a juzgar por lo que fue mi vida desde entonces, contar con su benevolencia es un lujo.

48. Fin de partida

La tarde que vi al Cóndor por última vez, se ofreció a acompañarme hasta la puerta. Pero decliné el convite.

—Conozco el camino —le dije.

Como a mi llegada, no había nadie en el hall. Me asomé al pasillo que conducía a la Secretaría. Despejado. ¿Podría contar con que Ele, terminadas las clases, relajaría las medidas de seguridad que observaba durante el año lectivo?

La puerta de la Secretaría estaba abierta. El corazón me pegó un puñetazo. ¿Debía interpretar mi suerte como un signo?

El Señor Huesos montaba guardia en su puesto de siempre.

Le pregunté si quería venir conmigo.

Me devolvió una sonrisa de dientes color maíz.

Lo comprometí a no hacer escándalo. El pasillo y el hall seguían desiertos. Empujé hasta el inicio de los escalones y una vez allí lo cargué hasta la calle.

Alguien debe haber visto al pendejo que cruzó Rivadavia esa tarde, a mitad de cuadra, empujando a un esqueleto que avanzaba sobre ruedas. Pero nadie me detuvo ni hizo preguntas incómodas. (No había policías a la vista.) De todos modos me mandé a Martín de

Gainza y fui hasta Boyacá por Yerbal, donde el tránsito humano y vehicular era más ligero.

El Señor Huesos pasó unas horas en el consultorio de mi padre, que esa tarde no atendía. A las once de la noche mi viejo roncaba ya. La única luz de su habitación era la del televisor, que mi madre escuchaba a bajo volumen. Preferí esa banda sonora al silencio que reinaría después, porque no confiaba del todo en la discreción del Señor Huesos. A quien subí en cámara lenta, por la escalera que conectaba con mi habitación, para que no le diese por vociferar su visita.

Lo acomodé en mi piecita, entre la biblioteca y el escritorio, y lo cubrí con abrigos y sombreros. Estaría a salvo allí, porque mis padres no visitaban esas alturas. Si me tomaba el trabajo de bajar las sábanas y la ropa usada para su lavado, podían pasar años antes de que mi madre subiese.

Y así fue como adopté al Señor Huesos. Puedo confesarlo ahora, porque se trata de un crimen prescripto. Me ha valido discusiones a lo largo de los años, en particular con sucesivas compañeras. Pero mis hijas e hijos lo consideraron siempre uno de la familia, llegando a disputarme su atención. (Las chicas gustaban de ponerle atuendos llamativos, hasta el punto de cuestionar su género. ¿De qué documento disponía yo que estableciese que se trataba de un Señor Huesos y no de una Señora?)

Pueden pasar meses en los que olvido que sigue aquí. Pero hay veces en las que me descubro hablando solo en mi estudio —cosa que se da más a menudo, cada año—, para recordar a continuación que uno no habla solo cuando existe alguien que lo está escuchando. A todo novelista le ocurre algo parecido. Escribir una

historia es conversar con alguien que no está a nuestro lado en términos materiales, pero que eventualmente, si hay suerte, escuchará lo que contamos.

De tanto en tanto me acerco al Señor Huesos, lo saludo y modernizo su *look*. (En este momento luce gafas oscuras, que lo asemejan al Neo de *The Matrix*.) Le pregunto si no extraña el sol, si no le da vergüenza ser tan pasota, si tiene línea directa con Froi, si estoy viviendo con la intensidad adecuada, si no se jugaría un truquito.

Arruga siempre. Hace bien en temerme. Ahora sé hacerme valer, más allá de las cartas que caigan en mis manos.

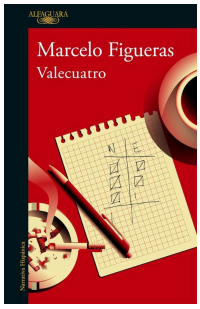
Que la vida cante lo que le plazca. Yo tengo claro qué le voy a gritar.

Agradecimientos

Cuando termino una novela, me gusta pensar en la gente que me hizo bien y me ayudó a seguir adelante durante su escritura. En esa lista no deberían faltar los siguientes nombres: Indio y Virginia, Horacio Verbitsky, Cristina Fernández de Kirchner, Máximo Kirchner, Axel Kicillof, Jesica Rey, Nicolás Kreplak, Wado de Pedro, Roberto Martínez, Daniel Rosso, Charly Escalante, las y los laburantes de Radio Provincia, las y los oyentes de *Big Bang*, Daniel Tognetti, Pablo Ramos, César González, Rodrigo Lugones, Diego Tomasi, Augusto Costhanzo, Miguel Rep, Pedro Saborido, Horacio Altuna, José Muñoz, Leo Oyola, Sebastián Fernández (Rinconet), Marcelo *Gillespi* Rodríguez, Miri Molero, Sergio Wischñevsky, Claudio Martínez, Woody González, Alberto Kornblihtt, Elsa Drucaroff, Alejandro Horowicz, Graciana Peñafort, Miriam Sosa, Sofía Polimeni, Irene Polimeni Sosa, Marcelo Piñeyro, Pedro Prada, Adolfo Aristarain, Cecilia Roth, Isabel de Sebastián, Guillermo Saccomanno, Cintia Ini, Sergio Zabalza, Abel Langer, Julio Tapia, Silvina Senn, Gaspar Benegas y Valentina Cooke, Fabián Palmada, Celsa Mel Gowland, Marcelo *Jirafa* Fernández, Nelson Periotti, Charo Larisgoitía y el resto de la banda de *Sinceramente*, Mariano Cabral, Diego Bermúdez y Sebastián Tabárez.

A toda la cría, mi felicidad viva: Agustina, Oriana, Milena, Bruno y Oliverio. A mi nieto Arthur y a mi yerno Alex. A mi compañera Flavia, que es de fierro. (Por suerte, no en todas partes.)

Si contás con gente como esta, siempre vas a cantar vale cuatro.



«Hablo de una partida cuyo resultado conozco, porque estuve entre quienes la jugaron. No revelaré el final pero diré, sí, que no involucra tan solo muertes simbólicas».

La juventud —y en particular, la adolescencia— es un tiempo explosivo, exuberante. «La sensación de que uno durará para siempre, más que el mar, la Tierra y la totalidad de los hombres», decía Joseph Conrad. Pero ser pibe durante una dictadura, como la de los 70 en la Argentina, supone un juego diferente. Que demanda no solo coraje, sino una dosis de picardía.

El narrador de *Valecuatro* cursa la escuela secundaria cuando irrumpe la dictadura; sin embargo, nada cambia. Todo sigue pareciendo normal. Hasta que percibe el terror que desborda el escenario de cartón piedra que montó el poder. Y descubre que, además de los desafíos que acucian a cada adolescente —su lugar en la sociedad, el sexo, el amor, una realidad tan injusta que subleva

—, su situación entraña otros peligros. Para el cuerpo, sí, pero sobre todo para el alma.

Con humor y sensibilidad, la nueva novela de Marcelo Figueras se pregunta qué pasa cuando el mundo se pone espantoso y, en vez de «fingir demencia», todos fingen normalidad. En esa emergencia, aunque toquen cartas malas, no queda otra que encontrar un modo de ganar la partida.



MARCELO FIGUERAS

(Buenos Aires, 1962) escribió las novelas *El muchacho peronista*, *El espía del tiempo*, *Kamchatka*, *La batalla del calentamiento*, *Aquarium*, *El rey de los espinos*, *El negro corazón del crimen* y *Todos los demonios están aquí*. En 2019 publicó el libro del Indio Solari *Recuerdos que mienten un poco*. *Memorias*. *En conversaciones con Marcelo Figueras*. Sus obras han sido traducidas a una veintena de idiomas, entre ellos, el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el holandés, el polaco, el hebreo y el ruso. Como periodista, entrevistó a Woody Allen, Paul McCartney, Arthur Miller, Madonna, Mick Jagger, Martin Scorsese, entre otras personalidades, además de cubrir la segunda intifada entre Israel y Palestina para la revista española *Planeta Humano*. Escribió junto con Marcelo Piñeyro los guiones de *Plata quemada* (Premio Goya a la mejor película de habla hispana) y *Las viudas de los jueves*. También es autor de los guiones de *Kamchatka* (mejor guion del Festival de La Habana, y película

seleccionada para representar a la Argentina en los Oscar) y *Rosario Tijeras*. Trabaja como periodista en distintos medios.

Foto del autor: © Alejandra López

Otros títulos de Marcelo Figueras en

penguinlibros.com



Figueras, Marcelo
Valecuatro / Marcelo Figueras. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2025.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-195-7

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Ana Clara Chimento
© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

© 2025, Marcelo Figueras

Edición en formato digital: abril de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-631-301-195-7

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Valecuatro
Epígrafe
La primera
1. El reo se enfrenta a su sentencia
2. La buena nueva del clérigo virtual
3. El pasado, Perón y una pija
4. Entra el elenco docente
5. Fusilado por los tiempos verbales
6. Agarro la pala
7. El ser del umbral
8. Las películas mienten siempre
9. Pato flambeado
10. Contar el cuento
11. El Señor Huesos
12. Fabricamos bombas
13. De los rituales de cortejo en la exótica región de Caballito
14. Ser rana
15. Re, sol
16. El truco más grande
17. El fin de la infancia
La segunda
18. Borrón y cuenta nueva
19. En el baile
20. Todo lo que usted siempre quiso saber sobre el sexo, explicado por un cura
21. El Evangelio beat
22. El quilombo, la normalidad y viceversa
23. Faltas

24. El hombre en su castillo
25. La ciudad sumergida
26. Tijeras
27. Pasa el Cóndor
28. *Strip-tease* en hora de clase
29. Clac clac clac
30. Rapsodia antiazul
31. Mi antiadolescencia
32. Yo exploto
33. Sufro, luego existo
34. ¿Se puede ser católico y muy turro a la vez?

La tercera

35. El negocio del cielo
36. Doña Felipa, la hechicera
37. Argentina, Argentina
38. Prode fatal
39. *Sit*
40. Votos sagrados
41. Repugnancias
42. (No) Se equivocó la paloma
43. Nunca es triste la verdad
44. El Desobediente
45. *Inferno*
46. No, mamá
47. La peregrinación al santo erotómano
48. Fin de partida

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos de Marcelo Figueras

Créditos

Table of Contents

Valecuatro
Epígrafe
La primera
- 1. El reo se enfrenta a su sentencia
- 2. La buena nueva del clérigo virtual
- 3. El pasado, Perón y una pija
- 4. Entra el elenco docente
- 5. Fusilado por los tiempos verbales
- 6. Agarro la pala
- 7. El ser del umbral
- 8. Las películas mienten siempre
- 9. Pato flambeado
- 10. Contar el cuento
- 11. El Señor Huesos
- 12. Fabricamos bombas
- 13. De los rituales de cortejo en la exótica región de Caballito
- 14. Ser rana
- 15. Re, sol
- 16. El truco más grande
- 17. El fin de la infancia

La segunda
- 18. Borrón y cuenta nueva
- 19. En el baile
- 20. Todo lo que usted siempre quiso saber sobre el sexo, explicado por un cura
- 21. El Evangelio beat
- 22. El quilombo, la normalidad y viceversa
- 23. Faltas
- 24. El hombre en su castillo
- 25. La ciudad sumergida
- 26. Tijeras

27. Pasa el Cóndor
28. Strip-tease en hora de clase
29. Clac clac clac
30. Rapsodia antiazul
31. Mi antiadolescencia
32. Yo exploto
33. Sufro, luego existo
34. ¿Se puede ser católico y muy turro a la vez?

La tercera

35. El negocio del cielo
36. Doña Felipa, la hechicera
37. Argentina, Argentina
38. Prode fatal
39. Sit
40. Votos sagrados
41. Repugnancias
42. (No) Se equivocó la paloma
43. Nunca es triste la verdad
44. El Desobediente
45. Inferno
46. No, mamá
47. La peregrinación al santo erotómano
48. Fin de partida

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos de Marcelo Figueras
Créditos